

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Nvbre.-Dcbre. 1959 ★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ✱ Precio 140 frs. - N° 767-71 y 72

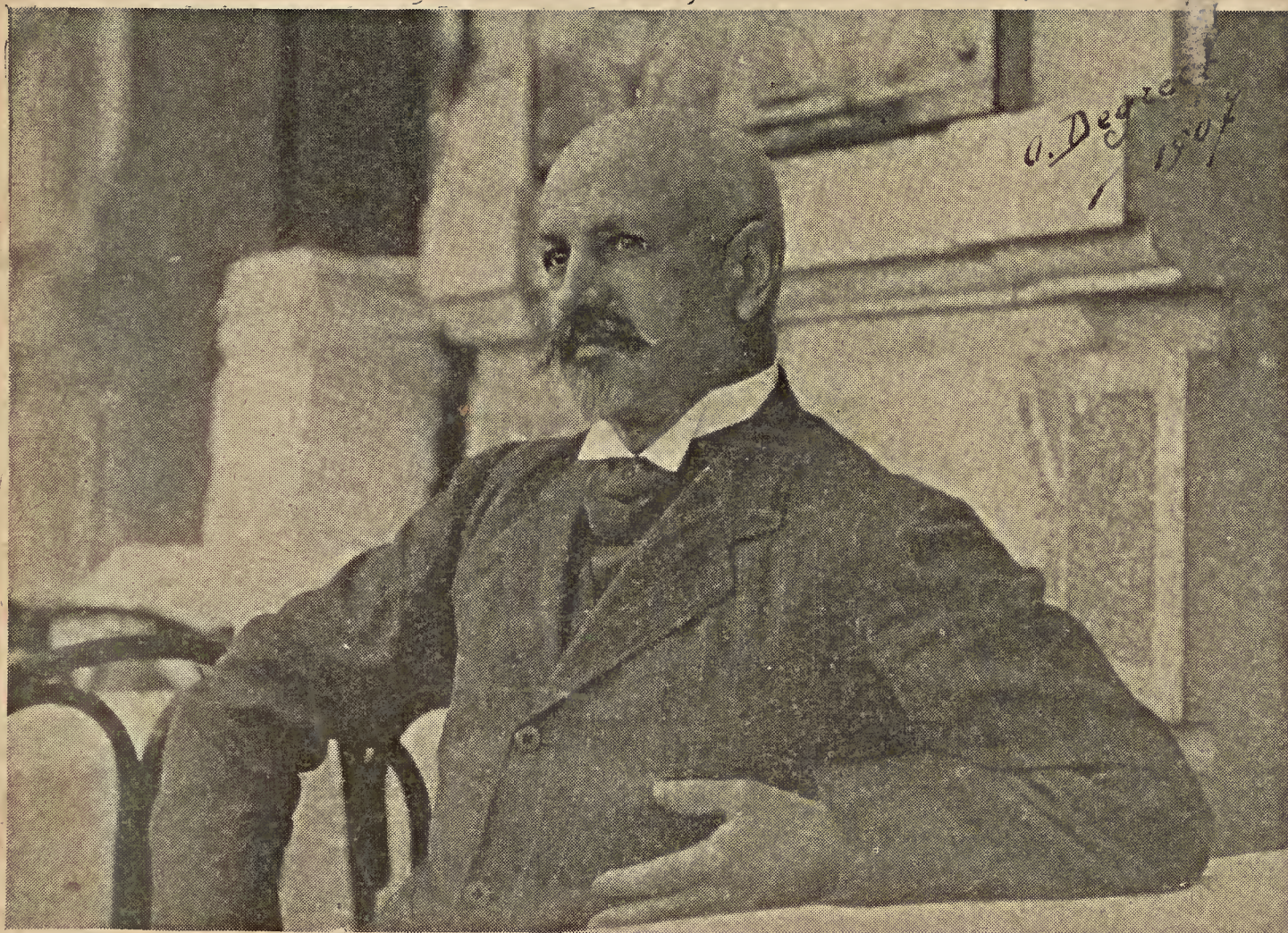
10 de enero de 1859

FRANCISCO

FERRER

13 de octubre de 1909

GUARDIA



L
A

A
N
G
U
S
T
I
A

- París, 11 de septiembre de 1909.

Mi querido Naquet: Me dirijo a los españoles como hombres leales y dignos, me dirijo a los que, entre ellos, son sinceros católicos, como a los que proclaman la libertad de pensamiento, y a todos les ruego que me escuchen.

Y les digo: Si Francisco Ferrer fuera condenado por un tribunal, sea civil, sea militar, se diría en el mundo entero que sus jueces no fueron libres y que por orden superior sacrificaron la justicia a los rencores del partido, que no perdona a Ferrer el haber consagrado su vida a la instrucción de la juventud.

Porque todo el mundo lo sabe: el crimen de Ferrer consiste en haber fundado escuelas. Si le condenan, será por esto. Mas vosotros, españoles, no consentiréis tanta vergüenza.

La cabeza de Ferrer se halla bajo la salvaguardia del noble pueblo español.

Salud y fraternidad. ANATOLIO FRANCE (intelectual).

- Abadía de Saint-Waudrille (Sena Inferior), 12 de septiembre de 1909.

Señor:

En su carta dirigida a Naquet y en su mensaje al pueblo español, Anatolio France plantea admirablemente el problema Ferrer. Permitidme que una mi voz a la del hombre que entre nosotros es la más alta y noble representación de la conciencia humana. MAETERLINCK (intelectual).

- La protesta de París contra la ejecución de Ferrer es obra de los apaches. JUAN LA CIERVA (ministro de Alfonso XIII).

La enseñanza libre condenada

Falto de tropas, el gobierno de Antonio Maura, con La Cierva ministro de la Gobernación, declaró la movilización de reservistas para enviarlos a la guerra de Marruecos. Estos afectados, estrictamente obreros (1), en mayor parte ya habían constituido hogar y tenían prole. No obstante, por orden del Gobierno estaban obligados a abandonar el trabajo con el cual ganaban su pan y el de los suyos; tenían que dejar madres y esposas en el desespero y los hijos en abandono para tomar barco con destino a la muerte. La impopularidad de la aventura de Marruecos fue total en España, especialmente en los medios populares, únicos en tener que sufrir las consecuencias de una dura lucha provocada por la falta de tacto del Gobierno. En Madrid hubo huelga general con repetidos intentos de paralizar la circulación de los trenes, a cuyas vías se arrojaban centenares de mujeres para impedir la salida de convoyes. El 24 en Tarrasa una manifestación compuesta por más de tres mil mujeres invadió la estación del Norte paralizándola la circulación y desarmando a la tropa enviada para reprimirlas. En Zaragoza hubo desórdenes antiguerreros. En Barcelona el dolor de las familias proletarias era grande, no siendo difícil hallar fotografías de la época señalando la triste impresión de una hilera de soldados camino del puerto acompañados de mujeres con niños en brazos.

A todo esto se añadió, el día 25, la noticia bomba del desastre del Barranco del Lobo, en cuya profundidad sin salida los moros rebeldes dieron muerte a más de tres mil soldados españoles sin defensa. Por error táctico o de cartografía, el Estado Mayor del general Marina enfocó la columna del general Pinto hacia esa arruga del monte Gurugú que no ofrecía salida alguna. Resultado, que las tribus rebeldes dispararon piedras y balazos a voluntad y sin riesgo contra miles de infelices caídos por incapacidad del mando en aquella horrible boca de lobo, o barranco del idem.

La impresión que esta injustificable cuan sangrienta derrota causó en la población civil española no es para descrita. Seguras de la muerte de sus deudos si no impedían que fuesen embarcados, las mujeres barcelonesas tomaron los muelles del puerto de Barcelona por asalto con la idea manifiesta de arrebatarse a sus maridos, hijos o hermanos de la férula de los superiores. Previsoras, las autoridades no confiaban fusil a los reservistas sino a la llegada de éstos a Melilla, pues de habérselos entre-

(1) De tiempo viejo hasta el año 1912, los ricos podían librarse del servicio militar, en paz como en guerra, previo abono de 1.500 pesetas al Gobierno.

El día 9 de julio de 1909 un grupo de moros merodeadores sorprendió a trabajadores españoles ocupados en el tendido de una línea férrea para la explotación de las minas del Rif, de propiedad franco-alemana-española. El gobernador militar de Melilla, general Marina, emprendió una operación militar en regla para castigar a la población rifeña. Soliviantada, ésta respondió con ataques de cierta envergadura degenerando, las habituales escaramuzas en ese terreno ocupado, en guerra formal y sangrienta.

gado en Barcelona la rebeldía hubiese estallado con una fuerza insospechada. Malévolas, las damas clericales subían a las naves cargadas de soldados ofreciéndoles medallas y escapularios a guisa de consuelo, cosas esas que en un instante cubrieron las aguas tranquilas de aquel rincón de puerto. Intemperante, la guardia civil dió sus tres característicos toques de despeje, procediendo al ataque de la multitud —mujeres, lo hemos dicho— empeñada en no ceder terreno.

Envenenadas así las cosas, ocurrió lo que había de ocurrir: que en la pelea hubo muchos heridos y, además, un teniente de la guardia civil muerto. Exclamaciones de protesta y de indignación repercutían por todo el ámbito ciudadano, y gritos (característicos ya en Zaragoza, Madrid y Tarrasa, principalmente) se sucedían cada vez más amenazadores: «¡Muera Comillas! ¡Que vayan los ricos a la guerra! ¡No nos importan los intereses de los jesuitas!»

Como era de prever, en Barcelona los hombres se agregaron a la protesta. En las calles se disparaban ya tiros. Virtualmente el 25 el pueblo estaba en la calle frente a la Monarquía, sin que los jefes republicanos se hicieran visibles. ¡Nadie había pensado en revolución ni jefes revolucionarios aparecían! Fue la insigne torpeza de los gobernantes añadida a la ignominia de un ejército «sólo para pobres» lo que provocó ese espontáneo movimiento de desespero, llegado al paroxismo cuando se conoció la noticia de los tres mil muertos del Barranco del Lobo. Después las propagandas derechistas vulnerarían la verdad, y con más motivo e impunidad en estas fechas por gozar de todas las prerrogativas publicitarias mientras la parte liberal no puede manifestarse. Esa es una de las virtudes del totalitarismo.

Para recoger el ambiente de la calle la organización Solidaridad Obrera en la noche del 25 al 26 de julio celebró sesión secreta decidiendo declarar la huelga general. Acto seguido los obreros aplicaron su ímpetu protestatario atacando a las fuerzas armadas voluntarias (Guardia Civil y Cuerpo de Seguridad), eternas enemigas de los anhelos populares. A la tropa no la hostigaron, correspondiendo

los soldados a la actitud respetuosa de los revolucionarios. Por su parte, jefes y oficiales acataron la neutralidad de sus «subordinados» por miedo a que hicieran causa común con el pueblo.

Según testimonio ocular de Anselmo Lorenzo, en media hora Barcelona quedó interceptada por cientos de barricadas desde las alturas de Gracia al puerto y desde Collblanch al Bogatell, que es tanto como trazar una cruz sobre el plano de la capital catalana. La lucha se mantuvo enconada y sangrienta durante seis días, es decir, del 26 al 31, quedando la población bajo el dominio del pueblo. Y como obedeciendo a la enemiga tradicional de los trabajadores contra la Inquisición que tanto y tan dramáticamente afectó al destino histórico de España (institución criminal que frecuentemente las derechas políticas reviven en la península), templos y conventos católicos fueron entregados a las llamas sin sacrificio de servidores de la Iglesia. Se ha dicho lo contrario y se ha mentido. El grito clásico de los incendiarios dirigido a monjas y frailes era el de «Sortiu, que voleu cremar!» (Salid, que vamos a incendiar). En diversas ocasiones los propios revolucionarios acompañaron a las monjas a sitio seguro, y cuando ellos se enfrentaron con el Asilo de San Juan de Dios para niños inválidos y deformes, al darse cuenta del carácter de la casa trajeron a la misma cuantos viveres encontraban en los conventos asaltados.

Como se indica, tanto la huelga general como la revolución estaban ya en el arroyo cuando Solidaridad Obrera dió un cauce al acontecimiento. Jefe, según la moral aceptada por los anarquistas que animaban las barricadas, no hubo ninguno, y político menos, puesto que las personalidades del Partido Radical (el más demagogo de la época) se escondieron lo más posible para evitar compromisos. De Ferrer Guardia los revolucionarios no tuvieron noticia ni lo necesitaron para empujar los dramáticos acontecimientos. Es más: la multitud airada de aquellos días desconocía incluso al maestro de la Escuela Moderna, cosa que no hubiera sido si Ferrer hubiese frecuentado la acción rebelde y hubiera dirigido personalmente —como falsamente se afirmó en el con-

sejo de guerra— incendios de templos y conventos.

Lo que se puede afirmar por responder a la veracidad de los hechos es que, de no haber quedado la revolución en culpable abandono, el poder reaccionario no hubiese triunfado. Virtualmente Barcelona, Sabadell, Tarrasa, Manresa, Palamós y San Feliu de Guixols, o mejor, las provincias de Barcelona y Gerona, estaban en poder de la insurgencia antimilitarista. Precisó que el resto de España abdicara para que todo el aparato represor de la Monarquía se abatiera sobre Cataluña obteniendo campo libre para ejercer venganza despiadada merced a la cual debía sucumbir Francisco Ferrer Guardia por el delito de haber fundado la Escuela Moderna.

Hoy, cumplidos cincuenta años del fusilamiento del maestro, su importancia de mártir y pedagogo se ha acrecentado enormemente, pudiéndose decir, a los efectos de la fama, que el acto de barbarie que tuvo por escenario el castillo de Montjuich ha eternizado la salud moral del fundador y de su obra. Sin duda alguna Ferrer Guardia, de no haber sido violentamente exterminado, habría perecido a los setenta u a los ochenta años de edad víctima de una enfermedad cualquiera, circunstancia que no proporciona mérito a las personas. Rebasando odio e ignorancia, unos malos jueces lo condenaron y ajusticiaron (?) y ahora, a un siglo de su origen, el nombre de Ferrer Guardia permanece en la memoria de la humanidad progresista y sirve para agitar rabiamente el nido de avispa que dejaron en herencia falangista los tenebrosos Maura y La Cierva.

En cuanto a la Escuela Moderna, en España continúa fusilada. Conectados con el porvenir, día llegará en que la E. M. resurgirá de entre sus cenizas como el Fénix... de la leyenda positiva.



La ejecución de Francisco Ferrer

El 9 de octubre de 1909 un consejo de guerra en Barcelona condenó a muerte a Francisco Ferrer, el fundador de la *Escuela moderna*, como supuesto promotor de la rebelión de julio en Cataluña. Aunque los pormenores de ese repugnante crimen judicial sólo eran conocidos parcialmente en el extranjero entonces, todo el que no estaba desesperadamente deslumbrado por las ideas clericales, sintió que la monarquía española había planeado en este caso un asesinato judicial a sangre fría y quiso aprovechar la ocasión favorable para destruir la labor cultural de Ferrer, que era como una espina en los ojos para la iglesia y la reacción social desde hacía tiempo. Si se hubiese tenido realmente pruebas palpables de la culpabilidad de Ferrer, no se lo habría llevado a un consejo de guerra y no se le habría imposibilitado toda defensa efectiva. El hecho de querer ejecutar la sentencia a toda prisa, dos días antes de la apertura de las Cortes, pues se temía con razón grandes demostraciones contra el asesinato proyectado, mostró claramente que el gobierno conservador de Maura tuvo desde el comienzo el firme propósito de poner a la representación popular ante un hecho consumado.

La sentencia de muerte desencadenó inmediatamente una tempestad de indignación en todo el mundo civilizado. Desde los sucesos terribles de la fortaleza de Montjuich en el año 1896, el gobierno español había perdido en el extranjero todo crédito moral. La funesta resurrección de la Inquisición a fines del siglo XIX, había dejado entonces tal impresión que se creía capaces de toda infamia a los representantes de la monarquía clerical de España. En cuanto se conoció la sentencia contra Ferrer, se produjeron en París, Londres, Roma, Lisboa, Bruselas, Amsterdam, Berlín, Viena, Ginebra, Buenos Aires, Montevideo y muchas otras grandes ciudades, poderosas demostraciones para salvarle la vida. Hombres y mujeres de todas las capas sociales; representantes de grandes partidos políticos y de sindicatos; sabios, escritores, artistas y pedagogos como Anatole France, Charles Albert, Máximo Gorki, Georg Brandes, Maurice Maeterlinck, J. Mesnil, Pedro Kropotkin, Ernest Haeckel, G. Sergi, E. Faure, Jean Jaurès, F. de Pressensé, P. Gille, Keir Hardie, G. de Greef, Grandjouan, A. Naquet, C. A. Laisant, A. Cipriani, E. Merle, Domela-Nieuwenhuis, Sebastián Faure, Jean Grave, Ch. Malato, Madame Severine, P. Guillard, R. G. Cunningham Graham y cien otros levantaron su voz de una protesta unánime. Ciento cincuenta y dos de los profesores más



conocidos de Francia, representantes de todas las facultades y de la mayor parte de las universidades del país, se dirigieron al presidente de ministros Maura y le pidieron que pusiera a Ferrer a disposición de un tribunal civil, donde tuviese la posibilidad de una verdadera defensa. Organizaciones de fama mundial como la *Ligue des Droits de l'Homme*, la *Confédération Générale du Travail* y el *Comité de Defense des Victimes de la Répression Espagnole* en Francia,

cuerpo de mil agentes para defender al embajador y a su personal contra los ataques. Los chóferes de la organización parisién del automóvil hicieron una manifestación singular. En cada automóvil asociado se leía en grandes letras: «En Montjuich son fusilados diariamente seres humanos. ¡Los curas exigen la cabeza de Ferrer! ¡La prensa española está amordazada!»

Como siempre en tales oportunidades, también esta vez fué París

por Rodolfo ROCKER

el *Independent Labour Party*, la *Fabian Society*, la *Rationalist Press Association* y la *International Arbitration and Peace Association* en Inglaterra, la *Société des Libres Penseurs* y la *Ligue des Droits de l'Homme* en Bélgica, el *Alba dei liberi* en Italia y los partidos socialistas de Francia, Alemania, Austria, Bélgica e Italia se propusieron de inmediato arrancar a Ferrer de manos de sus verdugos. Toda la prensa liberal y socialista de todos los matices en Europa y América siguió ese ejemplo. Hasta en España misma, con excepción de Cataluña, donde el estado de sitio hacía imposible toda manifestación pública, protestaron valientemente contra la ejecución de la sentencia hombres valerosos de todas las clases sociales y la mayor parte de los diarios que no estaban al servicio de la reacción clerical.

SENSACION EN PARIS

Me encontraba justamente en París, donde los compañeros habían organizado algunas conferencias a mi cargo, cuando llegó la noticia de la condena a muerte. La misma noche se produjeron numerosas demostraciones callejeras que adquirieron cada vez mayor magnitud en los días siguientes. En la *Place de la Bastille*, en el *Jardin Luxembourg* y especialmente en la *Place de la Concorde* se reunieron todas las noches enormes masas humanas para expresar su indignación. Costó bastante a la policía impedir el paso de los manifestantes hacia el consulado español y tuvo que disponer de un

único en su especie. El cálido aliento de su pasado revolucionario se hizo sentir nuevamente en esa ciudad y cautivó a todos. Hay que haber visto a París en tales días para conocer exactamente el alma inquieta y apasionada de su población.

El 10 de octubre tuvo lugar en la gran sala *Sociétés Savantes* un poderoso mitin de protesta, donde aparecieron como oradores Naquet, Malato, Faure, de Marmande, Yvetot y otros representantes del proletariado parisién. Como yo estaba libre aquella noche, no quise perder la ocasión naturalmente, de asistir a esa demostración. Apenas entré en la sala, se acercaron a mí algunos compañeros alemanes y franceses que estaban informados de mi presencia y me saludaron satisfechos. Me dijeron que la noche siguiente tendría lugar en el salón *L'Egalitaire* un acto internacional de protesta en donde habría oradores de diversas nacionalidades. Sólo faltaba un orador alemán y se consideraba por tanto que me pondría a disposición de los organizadores. Claro está, no vacilé un momento, aunque sospeché de inmediato que el asunto no tendría para mí probablemente buen desenlace. Por mediación de la *Ligue des Droits de l'Homme* se me había permitido dos años antes regresar a Francia. Pero el gobierno no había anulado oficialmente mi expulsión. Mi caso estaba, por tanto, enteramente en manos de la policía política, que, sin tener necesidad de consultar al gobierno, podía volver a suprimir en todo

instante mi permiso de permanencia, si era de opinión que participaba en *desórdenes públicos*. Nadie podía naturalmente prever lo que la policía entendería por eso.

Desde entonces había estado cinco o seis veces en París, dando conferencias ante un público alemán y judío sobre asuntos puramente literarios o históricos. La prudencia me obligaba a esa prevención. La posibilidad de llegar a París dos o tres veces por año era para mí un descanso espiritual que no quería malograr, pues amaba a esa gran ciudad única con todo el fervor de los que fueron alcanzados por su espíritu. Hasta entonces no había tenido nunca el menor inconveniente. También esta vez había ido bien hasta allí. Había dado ya dos conferencias, la primera sobre la *concepción social del mundo en Tolstói*, la segunda sobre *Francisco Goya como artista y rebelde*. La tercera y última conferencia sobre el *motivo social en el Anillo de los Nibelungos de Wagner* debía tener lugar dos días después; pero ya no fué posible.

EL MITIN DE LOS EXTRANJEROS

El acto de protesta en el *Egalitaire*, como todas las demostraciones de aquellos días agitados, fué un gran éxito. La espaciosa sala estaba repleta y tuvo que ser cerrada antes del comienzo del acto. R. de Marmande habló como representante del *Comité de Defense Sociale* y H. Thuiller en nombre de los *Sindicatos unidos del Departamento del Sena*. Los demás oradores pertenecían a las más diversas naciones. A. Cipriani habló en italiano, A. Gas en español, Ch. Cornelissen en holandés, Molnar en húngaro, Roth en inglés, Hayno en checo y yo en alemán. El estado de ánimo de la concurrencia era muy vivo y adecuado al momento que se vivía, lo mismo que las expresiones de los oradores, que no ocultaban los sentimientos que les embargaban y describieron como merecían los crímenes del régimen de los verdugos españoles. Pero no se produjeron incidentes de ninguna clase, como ocurría entonces tan a menudo, cuando al terminar los actos se improvisaban grandes demostraciones callejeras que llevaban no raramente a encuentros con la policía.

A la mañana siguiente, a las seis, fui despertado del sueño en el hotel por repetidos llamados a la puerta. Salté de la cama para ver qué ocurría. Ante mí se encontraban dos señores que se legitimaron como representantes de la policía y me explicaron cortésmente que tenían orden de llevarme hasta la *Préfecture de Police*. Pregunté el motivo, pero no pudieron o no quisieron darme informes. Se me llevó a una habitación donde

me fué servido un ligero desayuno. Cuatro horas más tarde fui conducido ante un funcionario superior, que me notificó que debía salir de Francia en el plazo de veinticuatro horas.

Le pregunté la causa a que debía mi nueva expulsión. Me respondió que la culpa era de mi propia irreflexión. «Si no se hubiese mezclado en asuntos franceses, señor Rucker», dijo en tono deploratorio, «nadie le hubiese dicho nada». Le requirí si eran asuntos franceses los crímenes del gobierno español y el asesinato judicial de Ferrer, friamente planeado. Movió los hombros y dijo que no le competía juzgar al respecto y que, como funcionario, no hacía más que cumplir con su deber. Con eso estaba dicho todo, naturalmente. En el funesto engranaje de la burocracia, nadie tiene una responsabilidad personal y cada cual cumple simplemente las funciones de la máquina, hasta que uno mismo se vuelve máquina. Sin embargo me quedó una cierta satisfacción. Cuando fui expulsado de Francia en 1894, como tantos otros en aquel tiempo difícil, fué el gobierno archirreaccionario de Dupuis el que decidió mi destierro. Pero esta vez tuve la satisfacción de recibir el salvoconducto de un gobierno a cuyo frente se hallaba el conocido socialista Briand. Fué, sin embargo, un consuelo.

LA VERDAD SOBRE EL FUSILAMIENTO DE FERRER

El 14 de octubre por la noche llegué de regreso a Londres. El día antes publicaron los periódicos la noticia de que Ferrer había sido fusilado en la madrugada en uno de los fosos de Montjuich. Muchos habían esperado hasta el último instante que el gobierno español, considerando el poderoso movimiento de protesta en el extranjero, desistiera de la ejecución de la sentencia de muerte. Esa esperanza no era enteramente infundada, pues, como se sabe, tres años antes, después del atentado con bombas de Mateo Morral contra Alfonso XIII, el 31 de mayo de 1906, se hizo el intento de entregar a Ferrer al verdugo. El gobierno había cerrado entonces todas las escuelas modernas, había confiscado los bienes de Ferrer y él mismo, como supuesto cómplice de aquel atentado, había sido arrestado y trasladado a Madrid. También entonces el propósito manifestó de suprimir la *Escuela Moderna* de Ferrer en Barcelona y terminar con su fundador, tuvo por consecuencia un vasto movimiento de protesta en el extranjero, y después de una prisión preventiva de trece meses fué llevado Ferrer al fin ante los tribunales, pero resultó absuelto unánimemente por los jurados. Ni siquiera el fiscal *Becerra del Toro* se atrevió a pedirle pena de muerte, sino que se contentó con proponer en su requisitoria 76 años, 5 meses y 10 días de prisión. Tal pena para el supuesto cómplice de un hecho que había costado 24 muertos y más de 100 heridos, habría sido incomprensible si los acusadores de Ferrer no hubiesen estado persuadidos ellos mismos de su inocencia. Pero entonces estaba Ferrer ante

La ejecución de Francisco Ferrer

un tribunal civil, donde se le dejó toda la posibilidad de defensa. El gobierno tuvo que devolverle sus bienes y Ferrer pudo regresar a Barcelona como hombre libre para continuar su labor educativa. Pero esta vez las cosas habían cambiado esencialmente. Se llevó a Ferrer ante un consejo de guerra, pues se había decretado sobre toda Cataluña la ley marcial y, bajo la presión de la reacción militar, habían sido detenidos al azar y sometidos a proceso más de tres mil hombres. No tuvo la posibilidad de confiar a alguien su defensa según la propia elección, pues debió nombrar defensor de sus intereses a uno de los oficiales del círculo del consejo de guerra, ni se le dio tiempo para recoger el material de descargo que tenía a disposición y presentarlo a su defensor para que lo

ridica a un asesinato planeado de antemano.

Galcerán hizo lo mejor que pudo en esa ocasión y declaró en su valiente defensa que todos los elementos reaccionarios del país que pedían unánimemente la muerte de Ferrer, no querían matar en él al supuesto promotor de la insurrección de Cataluña, sino a su obra educativa, la *Escuela Moderna*. Lo que no habían conseguido tres años antes, debía ser llevado ahora a su final sangriento. Tal era, en realidad, el objeto del proceso entero. Los representantes de la reacción clerical no lo habían simulado en lo más mínimo. Ya antes del primer proceso contra Ferrer por supuesta complicidad en el atentado de Morral, escribió el diario de los jesuitas *El Corazón de Jesús* de Bilbao:



AGOSTO DE 1909. REVOLUCIONARIOS PRESOS EN MONTJUICH

aprovechara. El capitán Francisco Galcerán era un hombre sincero, intrépido, que mostró mucho valor durante el proceso y arrojó al rostro de los jueces verdades terribles que tenían que hacer peligrar su carrera ulterior como oficial. Todas sus peticiones para que se le diese ocasión de recoger el material necesario para una defensa eficaz, fueron rehusadas crudamente por el presidente del tribunal fundándose en que no estaba sometido a las formalidades usuales en un procedimiento civil. Se llegó incluso a no interrogar personalmente a la mayor parte de los testigos de cargo, de modo que ni Ferrer ni su defensor tuvieron posibilidad de escucharles, procedimiento inaudito, incluso en un consejo de guerra. En esas circunstancias, todo el procedimiento judicial fué sólo una indigna comedia que no tenía por objetivo más que dar apariencia ju-

«Morral es un discípulo de la *Escuela Moderna*, una caverna del ateísmo en Barcelona. ¿Qué es la *Escuela Moderna*? Un sistema educativo sin dios, una enseñanza que se apoya en las doctrinas del libre-pensamiento como todas las llamadas escuelas laicas. Es el punto de partida de publicaciones inmorales y de libros asquerosos (1), de reuniones blasfemas, de espectáculos irreligiosos y de discusiones ateas... tales crímenes (se refiere al atentado de Morral) continuarán produciéndose mientras se hable en España de la libertad de prensa, de educación y de pensamiento, que tiene que engendrar esos monstruos antisociales.»

Justamente porque en el extranjero se estaba muy bien informado sobre la verdadera causa de la persecución clerical contra Ferrer y se sabía exactamente que toda la acusación sólo perseguía el propósito de suprimirle a él y supri-

mir su obra, el movimiento de protesta adquirió una proporción tan vigorosa y universal. El hecho que Ferrer se encontrase en Barcelona al producirse la insurrección de julio fué una gran casualidad. Había salido de España con su compañera Soledad Villafranca en marzo y había ido a Londres después de una permanencia de algunas semanas en París; llegó a Londres en la segunda semana de abril. El propósito del viaje era de naturaleza puramente comercial. Se trataba del entendimiento personal con editores de Francia e Inglaterra a causa de algunas grandes obras que Ferrer se proponía publicar en castellano en su editorial. Además tenía en vista deliberaciones con representantes de la *Liga internacional para la educación racional de los niños*, fundada por él, para emprender diversos trabajos nuevos. El gobierno español había obstaculizado en verdad, con todos los medios, la reapertura de la escuela matriz de Barcelona después de la absolución de Ferrer en 1907, pero no pudo impedir que desde entonces se fundasen otras sesenta escuelas aproximadamente, que utilizaban sus métodos y textos como base. Ferrer había concebido por tanto el plan de fundar en Barcelona una especie de universidad como centro espiritual de todas aquellas aspiraciones. Con ese fin deseaba asesoramiento personales de pedagogos liberales de Francia, Inglaterra y Bélgica y quería recoger experiencias que pudiese utilizar después en la ejecución de su plan. Se había propuesto, por tanto, una larga permanencia en el extranjero y se disponía a quedar unos dos meses en Inglaterra, para volver luego por Bruselas y París a Barcelona, donde quería hallarse otra vez en septiembre.

POR QUE FERRER HABIA REGRESADO A ESPAÑA

Pero ese plan fué interrumpido cuando, en la segunda semana de junio recibió la noticia que la mujer de su hermano y su sobrinita estaban gravemente enfermas y que ambas se hallaban en peligro mortal. Volvió por tanto a España por las vías más rápidas y ni siquiera tuvo tiempo para despedirse de sus amigos más íntimos en Londres, a quienes sólo comuni-

(1) La publicación inmoral era el *Boletín de la Escuela Moderna*, que se ocupaba exclusivamente de problemas de educación. Entre los libros asquerosos que publicó Ferrer en su editorial y que fueron empleados como textos en sus escuelas, mencionemos aquí: *El desarrollo del Universo*, *La historia de la tierra*, *El origen de la vida*, *El origen y el desarrollo del hombre*, *El hombre y la Tierra*, *Historia de la civilización*, *Sistema de economía*, *Geografía física*, *Historia de España*, *Mineralogía*, *Elementos de aritmética*, *Manual de historia universal*, *Psicología étnica*, etc., obras todas debidas a la pluma de sabios mundialmente conocidos, como Eliseo Reclus, Ch. Letourneau, Ramón y Cajal, Odón de Buen, Georges Engerrand, N. Estevánez y muchos otros.

có en un par de líneas la causa de su partida repentina. Llegó justamente a destino, pues su sobrina murió pocas semanas después en sus brazos.

Ferrer tenía el firme propósito de dirigirse luego al extranjero para dar término al trabajo interrumpido, cuando estalló inesperadamente la insurrección de julio en Barcelona, cuyas consecuencias pusieron fin a todos sus planes. Nadie había previsto esos acontecimientos; pues no se trataba de modo alguno de una gran conspiración, como trató de hacer creer en el extranjero el gobierno español, sino de un movimiento popular espontáneo, que estalló tan sólo por la provocación tan brutal como insensata del gobierno militar de Barcelona. El verdadero motivo de los acontecimientos de Cataluña fué la guerra de Marruecos, que había desencadenado de manera infame el gobierno de Maura. Aquella guerra era una campaña de saqueo en el peor sentido de la palabra, que solamente perseguía la finalidad de garantizar los intereses financieros de algunos grandes consorcios, entre ellos los de algunas compañías extranjeras que participaban en la explotación de los ricos yacimientos minerales de Marruecos. Cuando las cabillas rifeñas se resistieron a la construcción de dos líneas ferroviarias a través de su país, envió el gobierno español una llamada expedición punitiva contra ellas. Se había imaginado que bastaban 5.000 hombres para terminar con los bárbaros, pero fué un funesto error. Las cabillas combatieron con gran denuedo y estaban bien armadas, de modo que el general Marina se vió forzado a pedir al gobierno otros 20.000 hombres y, cuando la guerra se dilató, finalmente 40.000 y luego hasta 70.000, para poner fin a la sangrienta aventura.

CAUSAS DE LA REVOLUCION DE JULIO

La guerra produjo en el pueblo español una enorme indignación, tanto más comprensible cuanto que todo el que estaba en condiciones de pagar 1.500 pesetas podía redimirse del servicio militar, de manera que los obreros y los campesinos veían que sólo sus hijos eran llevados al matadero. En Valencia, Zaragoza, Bilbao y otras ciudades tuvieron lugar grandes manifestaciones de protesta contra la guerra. En Madrid se produjeron en la convocatoria de reservistas ruidosos incidentes. Los soldados del regimiento de Arápiles se amotinaron y se rehusaron a salir de sus cuarteles. Masas irritadas asaltaron la estación de Atocha y pusieron fuego a un convoy que estaba dispuesto para el transporte de soldados. Sin embargo, la protesta espontánea más fuerte contra la guerra se produjo entre la población obrera de Cataluña. Según las declaraciones del gobernador civil de Barcelona, desertó más de la mitad de los reservistas convocados en esa provincia. Desde el 12 de julio comenzó en Barcelona el embarque de tropas hacia Melilla. El hecho que el gobierno haya elegido justamente a Barce-

La ejecución de Francisco Ferrer

lona para esa operación, el baluarte del movimiento obrero revolucionario de España, es difícil de comprender y mostró que no tenía ninguna noción clara del estado de ánimo allí imperante o quiso tentar una prueba de fuerza. Se produjeron inmediatamente grandes manifestaciones en la ciudad, en las que participaron vivamente también las mujeres. El 16 de julio, un domingo, cuando marchaba hacia el puerto una gran columna de reservistas, se congregaron millares de personas en las Ramblas, entre ellas muchas mujeres con sus hijos y saludaron a los soldados a los gritos de «¡Abajo la guerra! ¡Que marchen los ricos! ¡Arrojad el fusil!» Las mujeres se mezclaron con los soldados y les pusieron delante a sus hijos. Cuando la rebelión se agravó, dieron los oficiales la orden de calar la bayoneta. Los soldados obedecieron, pero cuando se dió la voz de mando de hacer fuego, no se oyó un solo tiro.

Hasta entonces las demostraciones tenían un carácter puramente espontáneo. Pero desde entonces se hizo oír la *Solidaridad Obrera*, la organización sindical de los trabajadores de Cataluña, y convocó para el 23 una conferencia general de delegados a fin de estudiar los acontecimientos. El gobernador civil prohibió la conferencia, pero los sucesos habían llegado ya a un punto en que la prohibición no podría tener efecto alguno. En la noche del 24 al 25 se reunieron secretamente los delegados de los sindicatos, los anarquistas y los socialistas y resolvieron declarar la huelga general en toda Cataluña. En el Comité de huelga fueron elegidos tres hombres, Miguel Moreno, secretario general de la *Solidaridad Obrera*, Francisco Miranda por los anarquistas y Fabra Rivas por los socialistas. Fueron enviados delegados a las provincias para dar a conocer a los trabajadores las resoluciones aprobadas. El 26 la huelga era general. Ninguna chimenea de fábrica dió señales de vida en Cataluña. Todos los medios públicos de transporte, incluso los ferrocarriles, así como las comunicaciones telegráficas, fueron paralizados. El 27 declaró el gobernador militar de Barcelona el estado de guerra en Cataluña y así comenzó la llamada *semana trágica*, en la que la huelga general se convirtió en franca insurrección. En un abrir y cerrar de ojos se levantaron barricadas en las calles. Los negocios de armas y los conventos donde se suponía que había armas, fueron asaltados. Durante unos días la situación fué bastante crítica para el gobierno, tanto más cuanto que temía que al menos una parte de las tropas simpatizase con los rebeldes. Si se hubiese extendido la huelga a otras partes de España, habrían estado contados quizás los días de la monarquía clerical, madura hacia tiempo ya para la caída. Pero no se hizo así por des-

gracia y el gobierno consiguió arrojar hacia Cataluña, a toda prisas gran cantidad de tropas leales. No obstante combatieron los trabajadores con gran arrojo y numerosas barricadas sólo pudieron ser tomadas con ayuda de la artillería. Pero los rebeldes estaban mal armados y se les terminó la munición. El 1º de agosto la insurrección había sido aplastada y comenzó el *terror blanco* ante el que también Ferrer debía caer víctima.

Que la insurrección de julio fué el resultado lógico del estado de ánimo irritado del pueblo contra la campaña de Marruecos y que no pudo ser desencadenada por un sólo hombre, era cosa clara para todo el que conocía un poco las condiciones reales. Si se hubiese llevado a Ferrer ante un tribunal civil, habría sido absuelto en todo caso como dos años antes, pues no se pudo aportar la menor prueba de culpabilidad. Eso lo sabía el gobierno, por lo cual no quiso exponerse otra vez a una derrota moral como en el proceso de Madrid. El diario clerical *El Universo* escribió muy significativamente: «Los tribunales civiles tienen la costumbre de exigir pruebas determinadas y decisivas de la culpabilidad del acusado... Pero los tribunales de honor militar no necesitan atenerse a las pruebas concretas. Basta que los jueces se formen una convicción moral que corresponda a su conciencia».

De este modo, naturalmente, se puede llevar a la horca a cualquiera, pues nada es más fácil para los hombres dominados por opiniones preconcebidas y por ciegos prejuicios, que «formarse una convicción determinada», especialmente en un período de *terror blanco*, cuando pierden toda validez los conceptos generales del derecho. Mientras el gobierno clausuró de inmediato todas las escuelas laicas, confiscó más de 120.000 libros de la editorial de Ferrer y arrestó a todas las personas ocupadas en su empresa editora, y las desterró con sus familias a Teruel, antes aún de que Ferrer fuese hecho prisionero y llevado al consejo de guerra; demostró de ese modo que no le interesaban las pruebas de culpabilidad del acusado, sino que quería su condena a todo precio.

Ferrer, que se sometió con repugnancia a impulsos de miembros de su familia y se refugió en casa de unos amigos en las proximidades de Barcelona, pues el hostigamiento salvaje contra él hacía temer lo peor, abandonó su escondite un mes después, para presentarse voluntariamente a sus jueces, pues no quería exponer por más tiempo a sus amigos al peligro de que se le descubriera. En el camino a Barcelona fué reconocido y tomado prisionero. Lo demás es conocido.

INDIGNACION MUNDIAL CONTRA LA REACCION ESPANOLA

La noticia de la ejecución de Ferrer desencadenó en todo el

mundo una tempestad de indignación, como jamás se había visto antes en tal magnitud. Lo que sus verdugos querían impedir, fué alentado por el vil asesinato de su víctima de una manera que superó con mucho las esperanzas más atrevidas. La obra de Ferrer, que antes era conocida solamente en España, se convirtió repentinamente en el centro de la admiración universal. En todos los idiomas aparecieron, aparte de incontables artículos, folletos y libros sobre la vida del desaparecido y la misión que se había impuesto. Su retrato fué difundido en todos los países en millones de copias. Profesores, educadores, artistas, escritores, hombres de ciencia y conocidas personalidades en todos los dominios de la vida pública se reunieron para fomentar su obra. Cincuenta y nueve municipios de Francia pusieron su nombre a plazas y calles. La ciudad de Bruselas fué la primera que le erigió en su recinto un monumento público. Raramente había excitado en tal grado la muerte de un hombre a todo el mundo civilizado. Fué sobre todo la actitud serena y modesta de Ferrer ante la muerte lo que produjo en todas partes una impresión tan profunda. Luchó por su vida con dignidad activa, pero cuando vió que no había esperanza para él, supo morir como un hombre, sin miedo y sin falsa pose. Las últimas cartas a sus parientes próximos, su testamento, escrito en la noche de su ejecución, la manera notable con que rechazó el consuelo de sacerdotes insistentes, la última conversación con el valeroso defensor, todo eso mostró una rara grandeza de convicción y un auténtico heroísmo, que ni siquiera el enemigo más furibundo podía dejar de respetar. Había caído un hombre, un hombre que amaba la vida y amaba su obra, pero que supo morir cuando llegó la hora.

Los disparos de los fosos de Montjuich segaron prematuramente una rica vida humana, pero hicieron conocer su obra en todo el mundo e hicieron al mismo tiempo también a sus indignos verdugos. Una semana después de la ejecución tuvo que dimitir el gobierno Maura. El cobarde crimen que había planeado y ejecutado a sangre fría, fué su fatalidad. Se formó un nuevo gabinete. Fueron restablecidas las garantías constitucionales. Y se produjo en todo el país una tempestad de indignación. Por todas partes se pidió la liberación de los presos que llenaban todas las prisiones. El nuevo gobierno no pudo resistir esa exigencia. En enero de 1910 se abrieron las puertas de las cárceles y



millares recuperaron su libertad, entre ellos muchos que habían participado activamente en los acontecimientos de julio. Así la muerte de Ferrer fué para muchos la salvación de su vida y su libertad.

MI AMISTAD CON EL FUNDADOR DE LA ESCUELA MODERNA

Conocí a Ferrer personalmente durante su permanencia en Londres, un año y medio antes de su ejecución. Fué el día de la demostración del primero de mayo en Hyde Park. Como todos los años, teníamos una plataforma especial en el parque, donde solían hablar oradores en inglés y en otros idiomas. En esa ocasión me dijo mi amigo Tarrida del Mármol que Ferrer y su compañera habían llegado a Londres hacía poco y que se encontrarían entre el público. El nombre de Ferrer me era ya conocido desde hacía algunos años. Yo era lector regular del *Boletín de la Escuela Moderna* y de la *Ecole Rénovée* y tuve ocasión también de conocer algunos de los libros de texto de Ferrer. Naturalmente me era bien conocida la historia de su primer proceso en Madrid, y había escrito sobre él en el *Arbeiterfreund*. También había publicado en septiembre de 1908 en *Germinal* un artículo sobre él, junto con una carta de Kropotkin a Ferrer, que trataba de los nuevos métodos de enseñanza. Fué por tanto una grata sorpresa para mí el conocimiento personal de un hombre cuya obra le había ocasionado en España tantas persecuciones injustas.

Cuando bajé de la plataforma después del acto junto con Tarrida, me presentó éste a Ferrer y a Soledad Villafranca. Vi ante mí a un hombre de talla mediana, vestido con un traje de gris claro, con el sombrero de paja en la mano. La parte anterior de su cabeza estaba ya enteramente calva, el cabello recortado ligeramente encanecido en las sienes, como también la corta barba en punta. El rostro algo ancho daba la sensación de la decisión tranquila y los ojos fogosos, que irradiaban vivamente, traicionaban de inmediato al meridional. Soledad Villafranca era una mujer atractiva de perfecta belleza. Tarrida, al hacer la presentación había dicho que yo participé vivamente en el movimiento de protesta de dos años atrás, por lo cual Ferrer me estrechó con vigor la mano y me agradeció cordialmente. Nos fuimos luego, junto con Malatesta, Tcherkesof, Schapiro y algunos otros camaradas, a un salón de té en las proximidades de *Marble Arch* y pasamos allí unas horas de animada conversación, que giró principalmente en torno a nuestra magnífica demostración. Al despedirse me invitó Tarrida a visitarle dos o tres días después y me dijo que estarían presentes Ferrer y su mujer.

INTERESANTE REUNION DE AMIGOS

Cuando entré aquella noche en la habitación acogedora del amable Tarrida encontré a un pequeño grupo de compañeros conoci-

La ejecución de Francisco Ferrer

dos que hablaban vivazmente con Ferrer, entre ellos Malatesta, Tcherkesof, Rechioni y Lorenzo Portet, a quien Ferrer nombró la noche antes de su muerte, en su testamento, sucesor en sus trabajos educativos. La conversación de aquella noche era enteramente espontánea, es decir, se hablaba de diversos asuntos promovidos por uno u otro de los presentes. El objeto principal de las conversaciones, sin embargo, giró en torno a la situación política de España, a las experiencias de Ferrer antes y durante su proceso de Madrid y a

imprevistos que acelerasen el proceso de la disolución interior. El motivo del aplazamiento lo veía en la desesperada atomización de los partidos republicanos, que desde la muerte de Pi y Margall no habían vuelto a producir un solo hombre de visión política amplia y de idéntica hondura de pensamiento.

Ferrer era de opinión que la primera etapa de una transformación política en España tenía que conducir a una república federativa con amplios derechos y libertades de los municipios y regiones, pues



FRANCISCO FERRER Y SOLEDAD VILAFRANCA

las perspectivas de la Escuela Moderna. Ferrer era de opinión que la monarquía en España hacía tiempo que había perdido todo crédito moral y que marchaba inconteniblemente a su ruina, que no podía ser ya obstruida, pues el viejo régimen no era capaz de ninguna renovación interna. No obstante, decía, podría sostenerse el estado actual quizás diez o quince años aún, si no se producían, entretanto, acontecimientos

era la más adecuada de las condiciones y de las tradiciones del país. Pero tal descomposición de las condiciones políticas del poder por la descentralización de la administración, entrañaría por sí misma una profunda alteración de las condiciones económicas existentes, tanto más cuanto que la gran mayoría del movimiento obrero español desconfiaba de todos los partidos políticos, incluso de los republicanos y veía en sus

sindicatos el mejor punto de partida de todas las nuevas aspiraciones económicas. Por esta razón era inevitable que los sindicatos tuviesen gran influencia en un sistema de municipios y de regiones federados, lo que conduciría a ensayos del todo nuevos en economía. Una revolución puramente política, decía Ferrer, sería para España demasiado tardía, porque era probable que la abolición de la monarquía tuviese al país años y años en tensión y sirviese de punto crucial para un nuevo desarrollo social.

Habiéndosele preguntado acerca de sus experiencias personales durante su prisión antes del proceso de Madrid, dijo Ferrer que se le había tratado bastante decorosamente. Se le hizo entregar sin obstáculo todos los libros que le enviaban sus amigos, con excepción de dos ediciones francesas. Una de ellas era la «Confesión» de Tolstói, la otra el ensayo del humanista mundialmente conocido Erasmo de Rotterdam, «Elogio de la locura». Cuando preguntó al juez de instrucción sobre el motivo de esa prohibición más que rara, respondió éste con un gesto evasivo, sin concretar una explicación. Ferrer habló con gran calor de su coacusado José Nakens, el editor desde hacía muchos años de «El Motín», de Madrid, un viejo republicano, a quien Ferrer estimaba mucho por su carácter sincero y su convicción caballerescas. Nakens, decía, conquistó por su actitud varonil ante el tribunal el más alto respeto de sus jueces. (2)

(2) Mateo Morral visitó, como se sabe, poco después del atentado frustrado contra la vida del rey, a Nakens en la redacción del periódico; le puso en conocimiento de su hecho y le pidió que le señalase un refugio para pasar la noche. Nakens, que hasta entonces no había tenido noticia alguna del atentado y que era enteramente extraño al autor y a sus ideas, hizo entrar a Morral en una habitación y se puso en camino para encontrarle alojamiento. Cuando regresó, después de un buen lapso de tiempo, le condujo a casa de un amigo, Bernardo Mata, que naturalmente no tenía idea alguna de la persona a quien albergaba. Morral pasó allí la noche y a la mañana siguiente salió de Madrid disfrazado. Dos días después llamó la atención de un guardia local en una pequeña aldea a catorce millas de la capital, y le exigió que fuese con él a la comisaría. Morral disparó contra el guardia y luego contra sí mismo.

Cuando el presidente del tribunal preguntó a Nakens porqué no había advertido a la policía de esa rara visita, aunque tuvo plena oportunidad de hacerlo, respondió el anciano con visible indignación: «Sólo un villano atentaría de esa manera contra la santidad del derecho de asilo y abusaría de la confianza de un perseguido que ha puesto por propio impulso su vida en sus manos».

Nakens fué condenado a nueve años de prisión, pero fué puesto

La premeditación para una injusticia



Me han dicho que dicen que dijeron...

A PARECE al día siguiente de los acontecimientos de julio. Se sabe que los desórdenes estallaron el 27 y que duraron cinco días, es decir, hasta el 30 inclusive. El 31 de julio se comienzan a vender en Barcelona los diarios llegados de Madrid. Los telegramas enviados de Barcelona dicen que la tranquilidad es completa y la reaparición de la prensa local ha sido decidida en una reunión de sus directores.

A partir de ese momento, las informaciones van a sucederse, abundantes, minuciosas. Los periodistas recorren el teatro de los sucesos, visitan los conventos y las iglesias

incendiadas, interrogan a los testigos oculares; en una palabra, hacen el oficio de periodistas. Y bien, el 31 de julio, el 1 de agosto, en ningún periódico, en ningún momento, se pronuncia el nombre de Ferrer. El 2 de agosto, los diarios de Barcelona publican todos, in extenso, una versión oficial detallada de los acontecimientos. Esa versión comunicada por la capitán general de Barcelona, presenta los hechos en un orden cronológico. No se habla de Ferrer. No se había pensado aún que se le podía matar.

Sólo el 3 de agosto, en un diario de la tarde de Madrid, *La Epoca* (órgano de Maura), es lanzada la acusación contra Ferrer.

He aquí el artículo:

«Antecedentes de la sedición. — Algunos detalles. — Ferrer en Barcelona.»

«Como antecedentes de los graves acontecimientos que han tenido lugar, damos los detalles siguientes, extraídos de varias cartas que no publicamos íntegramente para evitar repeticiones.

El diario *El Progreso* publicó, el 25, un artículo que por razones comprensibles no reproducimos, y en el cual se anunciaba bajo una

forma velada el incendio de los conventos y el ataque de la ciudad.

El mismo periódico habla de reuniones misteriosas en la Casa del Pueblo, mediante anuncios simulados.

Decía, por ejemplo:

«Se convoca a tales y cuales obreros para un baile. Se da cita a todos los elementos para una partida campestre o para una conferencia.»

Se cree que los acontecimientos fueron maquinados en esas reuniones.

Se creía en Barcelona que el tristemente célebre Francisco Ferrer había pasado un mes en Barcelona con Soledad Villafranca y que había traído mucho dinero.

Se decía que el dinero había circulado en abundancia por la Casa del Pueblo y que con ese dinero se organizaron partidas de recreo.

Una vez preparado el movimiento y decidida la forma, se tomó como pretexto para lanzarse a la calle el envío de los reservistas a Melilla.

Los organizadores de la sedición buscaron el apoyo de la Solidaridad Obrera.

Esta consintió en declarar la huelga general, creyendo que se trataba solamente de protestar contra la guerra.

Cuando los obreros de buena fe comprendieron el alcance y las consecuencias del movimiento, trataron de retirarse, pero era ya demasiado tarde.

Persistieron en la huelga a condición de que no se incendiarían las fábricas. En efecto, ninguna fábrica fué destruida.

Los sediciosos adquirieron casi todo el petróleo que había en Barcelona y otras sustancias inflamables. Compraron ese artículo a un precio elevado.

Con el petróleo regaron las puertas y las ventanas de los conventos y de las iglesias, para luego incendiarlas.

Se hace elogios de algunas personas que se han distinguido, entre otras el ex alcalde don Domingo J. Sanllehy, que se ofreció incondicionalmente a las autoridades y permaneció constantemente en su casa, a pesar de que la plaza de Santa Ana fué el teatro de algunos acontecimientos.

Se cuenta entre otros detalles, que cuando las tropas se acercaban a las barricadas, los sediciosos, para engañarlas las recibían a los gritos de «¡Viva el ejército!»

Este es un artículo instructivo. Se vé que está compuesto con extractos de cartas que no se publican íntegramente para evitar repeticiones. Se ve que la acusación contra Ferrer se insinúa hábilmente bajo una forma vaga: se precisará más tarde. Se ve que la frase: «Se creía en Barcelona que el tristemente célebre Francisco Ferrer había pasado un mes en Bar-

por Augusto BERTRAND

celona, con Soledad Villafranca y que había traído mucho dinero», no adquiere sentido verdadero más que con la frase siguiente: «Se añadía que el dinero había circulado abundantemente en la Casa del Pueblo y que con ese dinero se organizaron partidas de recreo». Subrayamos la importancia de «Se añadía». Es el estilo de Escobar y de La Cierva. Se encuentra ese estilo en la requisitoria de don Jesús Marín Radales; en el resumen del asesor del consejo y en el del auditor general. Se le encontrará durante dos meses y medio en los artículos y notas oficiosas de 1.500 periódicos españoles y de varios diarios franceses.

Es preciso observar aún que el diario *El Progreso* es puesto en el tapete al mismo tiempo que Ferrer. Esa voluntad de confundir a los jefes del partido republicano con Ferrer, se afirmará cada vez que se trata de los acontecimientos de Barcelona, es decir, todos los días. Se trataba de desembarazarse al mismo tiempo de Lerroux o al menos de Sol y Ortega. Sin la caída de Maura éste último no lo hubiera pasado bien, por más senador que fuese. Lerroux viajaba: del Brasil a las Canarias, de Las Palmas a Londres, de Londres a París, y a pesar de los desafíos de *La Epoca* y de los reproches indignados de Jaurès, que sostenía que las revoluciones no se hacen en los cabarets a la moda, el gran hombre de Cataluña se abstenía de comparecer, limitando su actividad a descalificar y a confesar sucesivamente sus relaciones con Ferrer. Si éste lo hubiese tenido como vecino en la Cárcel Modelo, no se habría podido llegar a matarlos a uno y a otro, porque si Barcelona se cuidaba poco de hacer algo por Ferrer calumniado y desconocido, habría indefectiblemente hecho algo por Lerroux.

Al día siguiente, 4 de agosto, nueva insinuación:

«Alguien que se supone sea el tristemente célebre Ferrer (se tiene desde hace poco, la certidumbre de que se encuentra en Barcelona), llegó aquí con dinero y según informaciones que estimamos dignas de fe, en un solo día, muy cercano a la fecha de los tumultos, se embolsó en la sucursal del Crédit Lyonnais de esta plaza, un cheque de 50.000 pesetas, que fueron repartidas la misma noche en la Casa del Pueblo.

Los exaltados no faltaban, el dinero estaba listo y se esperaba, para que estallase el motín, a que la ciudad se encontrase en las condiciones requeridas.

Los organizadores comprendieron que una huelga general les daría este último elemento.»

No hay necesidad de preguntarse si el autor es el mismo; el «tristemente célebre Ferrer» equivale a una firma.

Hay una advertencia preciosa:

La ejecución de Francisco Ferrer

en libertad poco después, porque la opinión pública reconoció su hombría de bien y exigió su liberación.

En cualquier otro país, ese caso no sería imaginable. Pero en España corresponde enteramente a la conciencia del derecho del pueblo sobre la inviolabilidad del derecho de huésped.

Lo que más me llamó la atención entonces en Ferrer, fué la sencillez de sus palabras y la manera atractiva como expresaba sus pensamientos. Cada una de sus palabras respiraba un espíritu de sinceridad interior, para el cual era extraña toda pose. Se vió sobre todo cuando habló de su obra y de las personas que estaban más próximas a él. Habló con gran entusiasmo de su nuevo plan, la fundación de una universidad libre en Barcelona, aunque no se le escapaba que tendría que vencer grandes dificultades, en particular en la elección del profesorado, pero creía que lograría vencer poco a poco también esos escollos. Interrogado sobre la situación de entonces de las escuelas existentes, dijo que recibían enseñanza de ellas más de ocho mil niños. No es muy difícil tener niños para las escuelas; es mucho más grave suprimir los efectos contraproducentes que reciben a menudo los niños en la casa paterna, especialmente en familias donde existen diversas interpretaciones

de la vida entre los esposos. Para evitar eso, se han hecho reuniones regulares de padres y maestros, que se han demostrado excelentes. «Importa principalmente desarrollar seres enteros y no únicamente fragmentos», dijo sonriendo. «Un católico completo es por lo general siempre mejor que un semi librepensador.»

Fué una velada muy agradable y transcurrieron bastantes horas antes de decidimos finalmente a interrumpirla y a despedirnos. ¿Quién habría podido pensar entonces que ese hombre sincero, animado por tales ideas filantrópicas, debía terminar cinco meses después su vida laboriosa en los fosos del castillo de Montjuich?

La insurrección de julio en Cataluña, que debía servir al gobierno español de pretexto para eliminar a Francisco Ferrer, merece por lo demás especial consideración, pues fué el primer ensayo del proletariado organizado para terminar con una guerra iniciada de un modo infame por una resistencia unida. Es verdad que ese ensayo terminó con una sangrienta derrota de los trabajadores, pero el nuevo gobierno se vió obligado sin embargo, a suspender poco después la convocatoria de reservistas y terminar la aventura sin gloria de Marruecos.

● Extractado del libro
«La Borrasca» ●

La premeditación para una injusticia

se tiene desde hace poco la certidumbre de que se encuentra en Barcelona. Evidentemente, si se hubiera tenido esa certidumbre antes, habría sido mejor. El artículo de la vispera habría podido aparecer el 31 de julio y la nota oficial del capitán general de Barcelona relatando los acontecimientos y comunicada a los diarios el 2 de agosto, habría podido hacer alusión a Ferrer. Pero no se sabía. Aún el 4 de agosto no se está seguro. Es el 9 de agosto cuando es articulado un hecho preciso; y ese hecho preciso, será más tarde, en la instrucción, el objeto de la declaración del «único habitante de Barcelona que libertándose de la incalificable cobardía que reinaba» se presentó a testimoniar haber visto el 27 de julio en las Ramblas, frente al Liceo, entre siete y media y ocho y media de la tarde, un grupo a la cabeza del cual el hombre que le pareció Francisco Ferrer, a quien conocía únicamente por una fotografía. Ese testigo espontáneo, recuérdese, era un periodista corresponsal del diario católico *El Universo*. Sólo que es el corresponsal de *El Siglo Futuro* el que escribe el 9 de agosto:

«Durante la semana se vió varias veces en las calles a Ferrer, director de la Escuela Moderna, y se le vió una vez a la cabeza de un grupo, frente al Liceo, en las Ramblas».

En cuanto al cheque de 50.000 pesetas que se retiró en un solo día en la sucursal del *Crédit Lyonnais* y cuyo monto se repartió la misma noche en la Casa del Pueblo, fué un infundio aprovechable para la calificación fiscal.

Ahora el impulso está dado. Y aparece el fiscal del tribunal supremo.

EL FISCAL DEL TRIBUNAL SUPREMO

Barcelona 10 de agosto. — El fiscal del supremo tribunal ha declarado que acababa de investigar las causas que produjeron las graves perturbaciones habidas.

Dice que tenía la firme esperanza de remediar el mal.

Está dispuesto a escuchar a afectados por los acontecimientos y los lugares de los siniestros, apreciando su importancia.

Está dispuesto a escuchar a todos los que quieran proporcionarle antecedentes y noticias de los últimos sucesos. Con este fin se encuentra en contacto con todas las autoridades. Desea formar el juicio más exacto y sereno sobre lo que ha ocurrido, y favorecerá y apresurará la acción reparadora de la justicia». — (*La Epoca*).

Favoreció y apresuró la acción reparadora de la justicia. Leamos: «15 de agosto. — El señor Ugarte (este es su nombre), ha dicho, según la prensa de Barcelona, que se encuentra muy satisfecho del resultado que sus investigaciones han dado hasta ahora.

Os ruego, ha dicho el fiscal del tribunal supremo a los periodistas,

que publiquéis en nombre del gobierno el reconocimiento de éste y mío propio a Barcelona entera, por el modo elocuente con que han respondido a mi invitación acudiendo a facilitarme todas las informaciones que eran necesarias para formar un juicio referente al origen y al desenvolvimiento de los últimos sucesos. El gobierno se interesa enormemente en la suerte de Cataluña, y podemos tener confianza que de esta investigación saldrá algo práctico, no sólo para el presente, sino también para el porvenir, que es lo que debe preocuparnos más en estos momentos». — (*La Epoca*).

Es cosa práctica, no sólo para el presente, sino también para el porvenir, que debía salir de esa investigación, el señor Ugarte nos la revela trece días después.

«28 de agosto. — ... Ocupándose de nuevo del movimiento a que se acaba de hacer alusión, el señor Ugarte dice que Ferrer fué uno de los iniciadores y directores de grupos; que fué a Barcelona du-

rante los días de la agitación y luego a Mongat, donde posee una casa de campo, y que desde este último punto dirigió el movimiento...» — (*La Epoca*).

Y el 31 de agosto: — «El consejo de ministros se ocupó de la memoria del fiscal del tribunal supremo, relativa a los sucesos acaecidos en Barcelona. En esa memoria, que es un trabajo muy importante, se relatan, no sólo los hechos de la semana sangrienta, sino también su origen, el estado de las organizaciones políticas y otros puntos interesantes que servirán de guía al gobierno.» — (*La Epoca*).

La memoria del fiscal supremo se publicó casi íntegra el 13 de septiembre. Desgraciadamente, es imposible intercalarla en este estudio rápido. La forma es muy literaria y de una habilidad desconcertante. Es una obra maestra de cinismo. Causó sensación. Jamás en España se tomaron tantas precauciones para fusilar a un preso.

Ferrer había sido detenido el 1 de septiembre en las circunstancias que se sabe. Después de las declaraciones públicas del fiscal, ese arresto tuvo una enorme repercusión y el gobierno afectó atribuirle una importancia excepcional. Todos los periódicos relatan los más ínfimos detalles. La prensa respira y con ella la nación entera. Los somatenes y los guardias civiles que precedieron a la captura conocieron la celebridad. Sus nombres son publicados; reciben recompensas honoríficas y se reparten una gratificación de 3.000 pesetas. Se acabó la pesadilla de la revolución. ¡Qué lujo de precauciones, qué despliegue de fuerzas para trasladar a Ferrer hasta Barcelona! Se temía que los anarquistas fuesen capaces de las tentativas más insensatas para arrancar de las garras de la justicia al autor de la sedición; la cabeza del movimiento; el jefe del motín, Ferrer, en fin. ¡Ferrer preso! ¡Ferrer, que esta vez se tenía y no se le soltaría más!



Catálogo de las obras publicadas por la Escuela Moderna

Clemencia Jacquet: «Compendio de Historia Universal», 3 tomos.

Anselmo Lorenzo: «Cartilla filológica española». Primer libro de lectura.

Juan Grave: «Las aventuras de Nono». Segundo libro de lectura.

Federico Urales: «Sembrando Flores». Tercer libro de lectura.

Andrés Martínez Vargas: «Botiquín escolar».

Juan Grave: «Tierra Libre». Ensayo de vida futurista.

Carlos Malato: «Correspondencia escolar». Lectura manuscrita.

Ch. Letourneau: «Psicología étnica», 4 tomos.

Nicolás Estébanez: «Resumen de la Historia de España».

J. M. Pargame: «El origen de la vida».

M. J. Nergal: «Evolución de los mundos».

Jorge Engerrand: «Nociones sobre las primeras edades de la Humanidad».

Carlos Sauerwein: «Historia de la Tierra».

Bloch y Paraf-Javal: «La substancia universal».

Ruben y La Verne: «Evolución de los seres vivientes».

Juan de la Hire: «El infierno del soldado».

Victor Carbonell: «Dios, el hombre y el mono» (folleto).

Dr. C. M. Bessède: «Lo que todos deberían saber».

J. Chardon: «Floreal».

Ivetot: «ABC sindicalista» (folleto).

Edmund: «El catecismo de la ciencia».

Michel Petit: «El niño y el adolescente».

Mary Vood Allen: «Lo que debe saber toda joven».

Enrique Lluria: «Evolución superorgánica, con un prólogo de S. Ramón y Cajal».

Malvert: «Ciencia y Religión (Origen del Cristianismo)».

Camilo Pert: «Su anarquía».

Eliseo Reclus: «El Hombre y la Tierra», 6 grandes tomos.

Pedro Kropotkin: «La Gran Revolución».

F. Ferrer Guardia: «La Escuela Moderna».

André Mater: «República francesa y vaticанизmo».

Carlos Darwin: «El origen del hombre».

Pataud y Pouget: «Cómo haremos la revolución» (ensayo futurista).

Odón de Buen: «Las ciencias naturales en la época moderna. Pequeña Historia Natural. Tomo I, Geología y Botánica; tomo II, Zoología; tomo III, Mineralogía; tomo IV, Petrografía y vida actual de la Tierra; tomo V, Edades de la Tierra».

Fabián Palasi: «Compendio de gramática castellana».

Doctor Toulouse: «Cómo se forma una inteligencia».

Ignacio Bo y Singla: «Montjuich».

J. Pi y Arsuaga: «Preludios de la lucha».

Varios autores: «Biblioteca de Grandes Pensadores (10 vols.)».

Y unas «Nociones de Geografía Física» prefaciadas por Eliseo Reclus.

NOTAS: No garantizamos que este Catálogo sea completo. La Editorial de la Escuela Moderna no publicaba exclusivamente para servicio de sus clases.

Defensa de Francisco Ferrer Guardia

por Francisco Galcerán Ferrer

DESPUES que el Fiscal hubo leído su larga acusación, el capitán del cuarto regimiento mixto de ingenieros, don Francisco Galcerán, dió lectura de su informe, que dice así:

«Debo ante todo hacer presentes las circunstancias entre las cuales se ha desarrollado el proceso contra Francisco Ferrer. Durante el sumario han declarado todos los enemigos; se han recibido y unido a él cuantas denuncias anónimas podían perjudicarle; se le han amontonado pareceres de autoridades más o menos conocedoras del asunto; han sido desterradas cuantas personas podrían ilustrarnos sobre la vida, costumbres y trabajos a que se dedicaba; además, después de la lectura de cargos, me han sido negadas cuantas pruebas me solicitaba; no he podido lograr fueran oídos los testigos que yo pretendían, por haber transcurrido el plazo legal para ello, y me encuentro con un proceso terminado, sin que ni un solo momento el interés constante y extremado, en busca de cargo, se haya dirigido en busca de la claridad, recurriendo a personas del bando contrario, el que por todas clases de medios ha logrado manchar a mi defendido.

Pero esto que expongo con la mayor calma posible, y en el son de protesta, no quiere indicar de ningún modo que me presente ante vosotros desanimado ni desarmado. Los obstáculos han redoblado mis energías, éstas me han sostenido en la marcha forzada que desconocidos intereses me han hecho llevar, y apoyado como vengo por la razón, si mis facultades corresponden a mi voluntad, no me asusta lo que aquí pueda ocurrir; las acusaciones caerán por sí solas, y vosotros conmigo os impondréis y despreciaréis la indigna coacción que desde hace tiempo viene pesando sobre todos para apartar esta causa de la verdad y de la razón.

Todos los elementos reaccionarios, unidos a la clase conservadora, formando este conjunto que pomposamente se denominan a sí mismos elementos de orden, pero que quizás han provocado con egoísmo los sucesos de Julio, han querido ocultar la cobardía de aquellos días con una enérgica ilación de castigos para los contrarios, con un odio indigno al manifestar sus deseos de que sea larga y cruenta la venganza de la sociedad. Constantemente, por medio de sus órganos en la prensa, recuerdan los hechos de la semana trágica, y tomando como pedestal un cura mutilado y una monja septuagenaria ofendida en su pudor por los rebeldes, pretenden transformar su odio en noble deseo, no contando que por mucho que suba,



no puede elevarse tan repugnante pasión.

Esta campaña es dirigida principalmente contra la persona de Ferrer por odio y por temor a la educación dada a la clase obrera, sea en su Escuela Moderna, que lograron tiempo atrás cerrar, sea en la serie de libros publicados por la casa editorial por él fundada, por temor, repito, de que con la ilustración los desesperados se ennoblezcan y sacudan yugos indignos de la raza humana. Para esto, han mutilado y publicado después varios párrafos de los libros de texto; han hecho creer a los incautos que en ellos sólo se trataba de anarquía, por el solo hecho de haber suprimido en su enseñanza la religión, que debe desechar de su seno al que no sabe perdonar y tiene por norma de conducta la venganza.

Esta campaña dirigida hábilmente en unos casos y con torpeza en otros, ha dado sus frutos; ha formado una especie enorme y contraria a mi defendido y éste se encuentra rodeado de una atmósfera malsana que por sí sola bastaría para acabar con una naturaleza menos acostumbrada que la suya a las injusticias de la humanidad; ha servido para indignas denuncias que desde el punto de vista policiaco son graves y que algunos habrán tenido tiempo de meditar en el valeroso y voluntario encierro que durante la semana aquella mantuvieron con tesón.

A propósito de esto he de observar que es sensible que no se haya traído al sumario también copia de la sentencia dictada por el tribunal de Madrid que tuvo conocimiento de esta serie de documentos y actos de Ferrer antes del atentado a Su Majestad; porque así no hubiese habido necesidad de complicar esa causa con una serie de

folios llamados al parecer a contravenir a que aumente en estos sagrados momentos el estado de opinión que acusa a Ferrer como terrible por sus ideas y hechos y que puede perturbar la marcha serena de la justicia.

Aquella sentencia absolutoria quitaría toda importancia a proclamas y cartas de hace veinte años y anteriores todas al atentado, e impediría en absoluto que se hablase de ellas; sin acordarse la revisión de aquel proceso no puede volverse a juzgar sobre ello; no es posible, sería injusticia enorme que pueda servir para una sentencia condenatoria en un proceso rápidamente instruido lo que mereció la absolución en otro; no es posible lo que la ciencia jurídica absolvió sea destruido por otra jurisdicción después de lenta y sedada discusión.

Añádase a esto que un préstamo de unas cuantas pesetas hecho a la Solidaridad Obrera en ocasión en que ésta luchaba contra los atropellos que algunos de sus socios habían sufrido por la empresa de «El Progreso», que después de sostener en todas las formas posibles que las vindicaciones de la clase obrera eran la regeneración de España, seguía contra sus empleados una conducta en la cual mucho podrían aprender los tantas veces tildados en sus columnas de explotadores de la humanidad; este préstamo bastó para declarar enemigo del partido radical, al que tanto habían honrado siempre, a Ferrer, a quien debió la organización de sus escuelas, única fundación de la Casa del Pueblo de utilidad reconocida por sus mismos enemigos, y que han pagado con la ingratitud más horrenda que suponer cabe en la humanidad, contribuyendo con sus delaciones falsas y embozadas declaraciones a la obra

de sus enemigos, cuyo pago no hemos de tardar mucho en ver si la justicia no ha desaparecido de este mundo.

Ahí tenéis en breves palabras los elementos que, unidos por la intransigencia, por el egoísmo, por el odio, por la ingratitude, han formado este conglomerado antiferriesta que empezó por conseguir la prisión de mi defendido, y continúa en estos momentos su odiosa campaña para que quede en duda su inocencia y no pueda mas adelante, con su acción pacífica y educadora, turbar sus planes y librar de sus garras a los que, cada uno en su terreno, tratan de utilizar para sus fines bastardos.

¿Ha podido influir en algo en el ánimo del digno juez de esta causa tan nueva preparación? Si, y, a mi concepto, ha excitado su celo hasta la oscurección. Al tratar de poner en claro el como y por qué de los sucesos que con mano maestra nos ha pintado el señor Fiscal, ha pretendido, con el noble afán de acabar de una vez para siempre con las repugnantes escenas que han avergonzado a Barcelona y han asustado por las graves consecuencias que para esta ciudad han tenido; ha pretendido, repito, descubrir la cabeza del movimiento e inutilizarla hundiéndola para siempre. Para esto le ha sido preciso partir del gratuito supuesto de que este movimiento tenía un origen perfectamente organizado y dirigido por los hombres de ideas avanzadas, que por su talento han logrado preponderancia y aprecio entre las clases obreras y desheredadas, y se les creía capaces de arrastrar dichas masas a las mayores barbaridades, a los más inconcebibles desatinos.

No han querido comprender el juez y el fiscal y la mayoría de los que se han ocupado de los hechos que aquí nos reúnen, que precisamente el desarrollo y camino que siguió la mal llamada revolución, los daños a entidades inofensivas, las peripecias a centros protectores de los hijos de los menesterosos, indican que faltó una cabeza que dirigiera a las turbas y que conduciéndolas impidiera se dedicaran a toda clase de excesos, deshonorando los hechos de tal modo, que de haber sido revolucionarios, sin honra naciera la revolución, y sin honra, sin prestigio, sin fuerza moral para imponerse hubieran quedado sus jefes aun auxiliados por todos los resortes del poder que algunos ilusos y muchos timoratos veían tambalearse para caer en las manos tiznadas y manchadas de sangre de unos cuantos incendiarios, asesinos y ladrones.

Con este afán y ofuscación hanse dirigido las miradas de los jueces contra los que teniendo ideas

contrarias al actual estado de cosas se alicianan con modificaciones en la constitución de la sociedad y principalmente contra los que teniendo estas ideas y estas ilusiones, tienen inteligencia, tienen instrucción y conocimiento.

Por esta tendencia han sido sospechosos concejales y diputados del partido radical; por ella se ve ante este consejo mi patrocinado Francisco Ferrer y Guardia.

No os ha de ofender pues, señores del consejo, que reconocía la fuerza de esta ola de tan variados elementos compuesta, haya pretendido, antes de citar hechos concretos, llamar vuestra atención sobre ella; prevenios, si permitis la palabra, contra su empuje; ¡son tantas las decepciones que en ocho días he sufrido! ¡son tantos los desengaños que desde que me honró Ferrer con su confianza he pasado! que yo estoy completamente trastornado o hay en la sociedad actual un nivel moral tan bajo, una degeneración, una mezquindad de ideas nobles y una abundancia de viles pasiones, que necesito recurso vuestro, haberme ennoblecido con vuestro ejemplo para no perder la esperanza en vuestra rectitud, en vuestra nobleza de sentimientos y en vuestra benevolencia para que confie todavía, a pesar de todo, en que habéis de oírme con atención lo poco que en veinticuatro horas de estudio he podido entresacar de 600 folios, para poder destruir la terrible acusación que hace poco hemos oído, para que no dictéis sentencia con arreglo a «vox populi» como os ha aconsejado el fiscal, aunque en mi concepto sólo ella puede haberle guiado en su informe.»

Pasa el defensor a analizar los testigos citados por la acusación, para deducir que los de Premiá carecen de validez, y en cuanto a los de Barcelona, dice:

«Manuel Giménez Moya, testigo importante «por estar desterrado», según la acusación, explica la Jefatura de Ferrer perfectamente pero «sin pruebas en qué fundarse y sólo como afirmación personal» que de la Liga Antimilitarista y Ferrer con ella, haya salido la rebelión, pero acaba por confesar en su declaración «que nada sabe por estar ausente de Barcelona desde el 15 de julio», y don Narciso Verdaguier y Callis, enemigo político de Ferrer, sostiene que éste ha organizado el movimiento, «según noticias que no tiene modo de comprobar».

Don Emiliano Iglesias dice que ignora la relación de Ferrer con Solidaridad Obrera, y el testigo de mayor excepción para el fiscal, Baldomero Bonet, nada concreta a pesar de lo sentado en la acusación y afirma que ignora en absoluto la participación de Ferrer en los sucesos.

Juan Puig y Ventura(a) «Llarch», cree que Ferrer lo ha movido todo por el solo hecho «gratuita afirmación» de coincidir sus ideas con los excesos que se han cometido. Vea, pues, el tribunal que esta hermosa primera prueba testifical queda reducida a dos suposiciones fundadas en rumores.

En seguida pasa la defensa a analizar la declaración del barbe-

Defensa de Ferrer Guardia

rillo de Masnou, Francisco Doménech, de memoria tan original que, «si bien recuerda perfectamente palabra por palabra cuanto dijo Ferrer aquella noche», no puede recordar en qué café estuvieron, y que después de aprovechar en falso sentido cuanto se dijo para quitar asperezas entre Solidaridad Obrera y «El Progreso», encuentra facilidades, a los 22 años de edad, para ausentarse de la patria en momentos graves y de excesiva vigilancia, quizá para saborear en tierra lejana los productos que su lengua de babosa le ha valido.

Abandonemos por un momento al fiscal para que tenga tiempo de escudriñar todo y pueda presentarnos algún hecho para el día 27, pues un espacio de 24 horas sin notarse la presencia o presión del supuesto jefe de la rebelión, podría hacer creer que esta sabía lo que debía hacer, y no necesitaba para nada las indicaciones del que tranquilamente, en Mas Germinal, esperaba la calma para continuar su trabajo en la casa editorial.

Cerrada la Escuela Moderna por las presiones ya citadas como foco infeccioso y altamente perjudicial, le llevan sus aficiones a educar por medio de la publicación y funda una casa editorial y emprende con esa energía constante que es su característica, la publicación de cuantos libros ven la luz pública en el extranjero y defiende el imperio de la razón contra rancias tradiciones, y esto lo relaciona con escritores, filósofos de París, Bruselas, Londres... Así vemos miles de volúmenes en su poder, así vemos crecer en importancia su empresa editorial, y, por desgracia suya, vuelve a llamar la atención; ven de nuevo sus enemigos que sus ideas avanzadas, pero racionales, le abren paso, y si antes cerraron su escuela, hoy pretenden deshacerse de él para acabar con ella, olvidando que no es un hombre el que las impone: ellas tienen su empuje y más tarde o más temprano arrollarán cual impetuosa corriente estos diques rancios e inquisitoriales que por poco tiempo se oponen a su paso.»

Explica luego el regreso de Londres por enfermedad y muerte de un pariente, enumerando la campaña constante de que se le hizo víctima para anular su esfuerzo en pro de la casa editorial, explicando, de paso, su corta estancia en Barcelona durante el mes de julio, ajeno a los sucesos, según declaración de varios testigos, que lo vieron en fábricas de papel, tipografías, etc.

Niega validez a la afirmación de un diario católico respecto a la vuelta de Ferrer al «Mas Germinal» y a la declaración del corresponsal de dicho periódico.

Refiriéndose a «Llarch» y al alcalde de Premiá, jefes indiscutibles de la Fraternidad Republicana en dicho pueblo y de Masnou, dice que «allí nada había pasado contrario a la legalidad en los primeros días de la semana trágica. Todos habéis leído en las reseñas

de la prensa que desde el lunes secundaron el movimiento de Barcelona, sin que ambas autoridades, moral la una y material la otra, se opusieran a dichos actos, y por ello hay que suponerlos partidarios de una legalidad muy contraria a la que hemos jurado defender, y así lo comprendió la justicia desde luego, instruyéndoles un proceso, encarcelando a ambos, hasta que, en mérito a lo actuado y declarado en estas y otras causas y logrado protección e influencias de un personaje, han logrado una libertad provisional, echando el muerto a otro ser, como Ferrer, menos favorecido de los elementos hoy influyentes, odiado, mejor dicho, por éstos, que habrán visto con satisfacción que al mismo tiempo que sus favores inutilizaban por agradecimiento sus constantes enemigos, echan un peso enorme sobre unas espaldas que se encuentran solas para sostenerlo.»

Hace un minucioso relato de lo que pasó en Masnou y Premiá el día 28 y de paso expone ideas de Ferrer respecto al concepto que le merecen los ídolos políticos para justificar su alejamiento de todo partido, y en seguida, con habilidad, desvirtúa las disposiciones de los 19 testigos de Masnou y Premiá, y dice «un punto ha quedado sin dilucidar en el sumario, que podría ilustrarnos sobre si fué verdadera conferencia lo habido entre Ferrer y el alcalde de Premiá, y de quién partió la iniciativa para celebrarla. ¿Por qué fué el alcalde voluntariamente a su fraternidad republicana? ¿Fué avisado por alguien? ¿Quién sirvió de recadero? Ni una sola diligencia en este sentido he podido encontrar, que hubiera sido mucho más oportuna que tomar tres o cuatro veces declaración sobre el mismo punto a estos Cisa, Espinosa, Comas y Moragas que formando al parecer numerosas familias os habrá pasado como me sucedió a mí en la lectura de cargos que creen haber sido 200 declaraciones distintas, cuando no llegan a 50 los interrogados en Premiá. Ya no podemos asegurar que sea conferencia lo que tiene carácter de encuentro casual.»

Hace resaltar algunas contradicciones y vaguedades quitando importancia a lo declarado por los testigos de Premiá, para deducir con lógica argumentación que Ferrer no pudo considerarse en modo alguno, como jefe de la rebelión por el solo hecho de lo que declaran esos testigos, muchos de ellos por referencia y otros con parcialidad manifiesta.

Al analizar lo ocurrido en Masnou, afirma que los hechos no tuvieron allí la importancia que se pretende; y pasando luego a la prueba documental, repite argumentos del preámbulo y ocupándose de las dos proclamas, dice: «que por carecer de fecha, han sido traídas y llevadas constantemente como un cargo abrumador contra Francisco Ferrer, y hace notar tan raras circunstancias que el espeso

velo que ante ellas caerá quizá descubra otras cosas mas indignas que las citadas proclamas, por anárquicas que sean sus teorías.

Fueron encontradas dichas proclamas en un registro efectuado por la policía, único que sin presencia eficaz de persona experta se verificó en «Mas Germinal» y único de dió feliz resultado; pero estas proclamas que mi defendido no reconoce como de su propiedad, tienen errores de concepto tan garrafales que su aspecto, aunque otra cosa quiera decirse, es tan anterior a los sucesos, que en 1º de julio no podrían sospecharse, que no podrían menos de convencerlos que para otro día estarían escritas o para otro objeto.

Y para que todo sea oscuro en este asunto, han aparecido algunas de ellas en la prensa de toda España, y unas supuestas proclamas viejas e inéditas que no constituye delito el escribirlas y encerrarlas en un legajo sino el repartirlas; así el verdadero culpable, el que debió sufrir el rigor del código, es el que ha esparcido por los cuatro vientos estas proclamas destructoras e incendiarias que se han dado a la imprenta a pesar del secreto del sumario, y como juro por mi honor que ni un momento han podido salir del sumario, hay que admitir que algo extraordinario ha ocurrido en manos distintas de las nuestras y antes de pasar a nuestras manos.

Y ya indicado este terreno resbaladizo y repugnante, que no quiero ahondar, aunque creo conveniente llamar vuestra atención, y para no hacerme eco de la polvareda que esto ha levantado, sólo me fijaré en dos puntos que de refilón he tocado ya que del sumario se desprenden.

1º) Unas correcciones de las que figuran en el folio 29, escritas con máquina, han sido objeto de reconocimiento pericial, y dos muchachos formales opinan que la sílaba *va* añadida y la *t* corregida pueden ser escritas por la misma mano de unas cartas de Ferrer, que les presentan, si bien no pueden afirmarlo de una manera categórica, lo cual es muy distinto de lo que el ministerio fiscal sostiene al decir que los peritos afirman que deben ser las correcciones hechas por Ferrer, y además se ve añadir, porque vosotros mismos podéis comprobarlo que la *t* en nada se parece a la *h* de mi defendido. ➔



A cincuenta años del crimen. Francisco Ferrer Guardia, representante de la generación del 98

por Diego Abad de SANTILLAN

FRANCISCO FERRER, propulsor de la educación popular laica, no es una contecimiento aislado y único en España. La necesidad de escuelas era tal y la desidia de las clases gobernantes tan grande que no hay que asombrarse de la existencia de voces reclamando remedio a ese mal. A mediados del siglo XIX, Ignacio Cervera, republicano activo, con tintes de fourierismo, instaló en

Defensa de Ferrer

El 2º es de otro origen de ideas, y es que he de considerar inéditas dichas proclamas, o por lo menos que nada tienen que ver con la actual rebelión, pues interesado por el juez varias veces cuanto de otras causas se desprenda relación con Ferrer, no ha llegado todavía un testimonio que indique que en uno de mil reconocimientos que en casas de revoltosos se han hecho y en poder de ninguno de los presos, haya aparecido alguna copia o reproducción de estas proclamas, lo cual prueba que, o la circular no se ha repartido o que sus efectos han sido nulos.

Resumiendo, señores: Francisco Ferrer Guardia, perseguido por sus ideas racionalistas, empujado y acosado hasta el último extremo, envuelto un día en abominable crimen, cerradas sus escuelas, e insultado constantemente por los partidos de la intransigencia, ni se rinde ni pide tregua. Si en vez de acaudillar masas las educa, busca la gente, impulsa y dirige a los demás hacia el foco esplendoroso de la razón: señala el verdadero fin de la humanidad, busca, proporciona y distribuye la ciencia de los sabios, como único armamento para sus rebeliones.

Y si hemos visto detalladamente que no ha tomado parte en la rebelión militar ni como jefe ni como actor, ¿qué inconveniente hay en reconocer su inocencia? ¿Devolverse la libertad, levantar el embargo que sobre sus bienes pesa y dejarlo que entre los brazos de su familia les cuente allá en el destierro cómo se administra justicia en el ejército?

No os he de ocultar que accediendo a mi petición, se pondrá en tela de juicio vuestro valor por los que, cegados por el odio, no conciben la justicia sin castigo, pero no ha de pasar mucho tiempo sin que veamos la razón, y estos ciegos de hoy aplaudirán vuestra firmeza.

Y si por desgracia para ellos ha dejado la luz de la justicia de iluminarles para siempre, tened presente que amargan los aplausos de la opinión y fomentan remordimientos interiores y que en cambio compensan con creces su desprecio los aplausos de la conciencia.

Obrad, pues, según ella; nada más os pido.

Madrid una escuela para obreros e hijos de obreros. Su dedicación a la enseñanza no le impidió participar en cuanta conspiración antimonárquica se presentaba y la cárcel solía ser una de sus residencias habituales. En su escuela madrileña dieron lecciones los hombres más dinámicos y avanzados de su tiempo, los Sixto Cámara, Ordaz Avelilla, Pi y Margall.

Cuando se fundó la sección española de la Asociación Internacional de los Trabajadores, una de las preocupaciones permanentes fué la de la educación y la enseñanza, la apertura de escuelas, el fomento de la instrucción popular. En el congreso de Zaragoza de la Internacional, en 1870, el profesor Trinidad Soriano, miembro de la Alianza de la democracia socialista, presentó un plan de educación íntegro que aún hoy merecería ser examinado de nuevo para admirar su hondura y su amplitud. Y en todos los congresos y conferencias de la Internacional española y de la Federación Regional se insistió en la creación de escuelas laicas para los hijos de los obreros y de los campesinos. Puede decirse que la aparición de la idea de difundir la luz de la cultura entre los trabajadores es como uno de los fundamentos de la soñada revolución social.

Así fueron surgiendo en numerosas localidades escuelas libres, mejor dicho, laicas, pues de sus planes de estudio lo único que se eliminaba era la enseñanza de la religión. Eran preferidas a las escuelas sostenidas por el Estado o por las corporaciones eclesiásticas. Para el Estado y para la Iglesia, era válida la respuesta que dió el ministro de Isabel II, González Bravo, cuando se le pidió autorización para la escuela de Cervera. «¿Qué autorice una escuela para que se instruyan los obreros? Jamás en mi vida. Lo que necesitamos no son obreros que piensen, sino bueyes que trabajen». La respuesta es típica de la España monárquica y eclesiástica del siglo XIX.

El renacimiento que se fué operando se debió al esfuerzo directo del pueblo. Escuelas laicas, se les llamó más tarde racionalistas, funcionaron en Centros obreros, cooperativas, instituciones de cultura. Eran hostilizadas y denigradas porque en ellas no se infundía a los niños ninguna clase de teología, pero la dedicación de los maestros vencía todos los obstáculos y se llenaban de escolares.

Los maestros de esas escuelas eran punto de mira de todos los enconos. Cuando se llevó a cabo aquel monstruoso proceso de Montjuich en 1897 por la bomba de la calle Cambios Nuevos de Barcelona, cinco o seis de esos maestros, entre ellos José López Montenegro y Juan Montseny, fueron llevados

al castillo maldito, el uno casi octogenario, desde su escuelita de Sallent, el otro, entonces joven, desde la de Reus.

En ese clima especial, en esa lucha heroica por el renacimiento español, justamente en los años del derrumbe del imperio colonial, que representaba para España lo que después significó Marruecos, agitaba Francisco Ferrer sus ansias revolucionarias mientras se hallaba desterrado en París. Tanto habió y con tal pasión expuso el criterio de la regeneración de España por la escuela, que una de sus alumnas, la señorita Meunier, que estudiaba español, resolvió hacer a Ferrer heredero de su fortuna para que pusiera en práctica sus ideas.

En 1901 pudo iniciar la obra que soñaba. Al mismo tiempo que la escuela primaria, encaró la lucha por las organizaciones obreras libres. El valeroso semanario *La Huelga General* aparece en Barcelona al mismo tiempo que la primera de las escuelas racionalistas y el esfuerzo de aquel hombre sereno, de sentido práctico, organizador, abarcó tanto el campo de la enseñanza como el de la organización de los trabajadores, los dos puntales sobre los cuales imaginaba la reconstrucción nacional.

La preocupación de España había sido, a través de todo el siglo XIX, privilegio de algunas minorías, de algunos individuos muy contados; a raíz de los desastres coloniales, la preocupación se extendió a hombres distinguidos por su inteligencia, por su capacidad literaria, por su arraigo en la historia española y en la raíz de lo español. La generación llamada del 98 comprende a hombres que abrieron su espíritu a la esperanza por entonces, en los años de mayor decaimiento y de mayor aplastamiento, y también a los que antes ya trabajaban y sembraban en el mismo surco, como Ramón y Cajal, o que continuaron después por la senda abierta, como Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, los Miguel de Unamuno, Angel Ganivet, Azorín, Baroja, Costa, Antonio Machado, Menéndez y Pidal y otros hombres de cátedra, de letras, poetas, filósofos, etc. Entre esos hombres de la llamada generación del 98, que sintieron los problemas de España con una sensibilidad nueva, hay que mencionar a Francisco Ferrer, no inferior a ningún otro por su comprensión de las exigencias imperiosas de la hora de tragedia y de naufragio de tantas ilusiones y de tantas mentiras.

Ferrer no había salido de las aulas universitarias, sino del trabajo, pero estaba dotado de una notable capacidad de observación, de una voluntad serena y tenaz, de una intuición aguda. En su generación fué uno de los más clarividentes

y de los más abnegados. Concibió planes grandiosos para la regeneración de España y vió claro que había que comenzar la nueva construcción por los cimientos. Y para él los cimientos estaban en la enseñanza, en la liberación de la escuela de dogmas medievales incompatibles con la ciencia moderna.

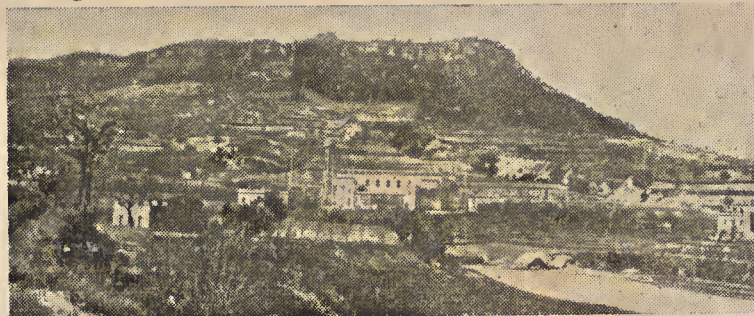
Sabía lo que quería y buscó ayuda entre los mejores de su tiempo para realizar sus propósitos, para llevar a la vida práctica su programa. Por ejemplo, para la enseñanza de la geografía pidió el asesoramiento de un Eliseo Reclus, y así por el estilo. Contó con el auxilio generoso de sabios de todos los países; en España el naturalista Odón de Buen, escribió varios textos preciosos para la enseñanza de las ciencias naturales. Pero le faltó el apoyo de la mayor parte de los hombres que pretendían aspirar a una España nueva por caminos distintos. Cuando se trató de organizar su defensa en ocasión del atentado del 31 de mayo de 1906 contra los reyes, obra absolutamente individual de Mateo Morral, costó buen trabajo hallar un defensor; el antiferrerismo hábilmente difundido por el gobierno y los jesuitas, hizo mella en hombres que estaban por encima de toda sospecha de parcialidad, como Gumersindo de Azcárate, que lo creyó complicado en el hecho de Mateo Morral. Entre muchos otros, un Melquiades Álvarez no quiso mover un dedo en defensa de Ferrer en ocasión de los sucesos de julio de 1909, convencido también de que era el ogro causante de todo lo ocurrido en Barcelona. Por un remordimiento de conciencia, al ver el ejemplo sereno de su muerte, estudió el proceso, desmenuzó todas las actuaciones y pidió en las Cortes la revisión del proceso monstruoso y de la injusticia cometida en una de las intervenciones más brillantes de ese brillante orador. Tenemos que recordar que un hombre nada sospechoso de parcialidad, porque fué desde 1872 hasta su muerte en 1925 uno de los enemigos más encarnizados del anarquismo y de los anarquistas españoles, Pablo Iglesias, defendió enérgicamente la inocencia de Ferrer en los sucesos de julio de 1909 y dijo que su asesinato satisfizo «la saña de los actuales gobernantes y el odio de la gente más vil y ruin que pisa nuestro suelo». Y en un debate en las Cortes, nada menos que Pablo Iglesias, dirigiéndose a Maura, le dijo que antes de que volviera al poder deberemos llegar al «atentado personal». Pero todavía quedaban sectores de opinión que siguieron tenaces en sus rencores y en sus prejuicios, y a ellos se sumó un Miguel de Unamuno, que aplaudió la ejecución del creador de la escuela moderna.

Las fuerzas retrógradas del militarismo, del clericalismo y del conservatismo español comprendie-

La experiencia Vives Terrades

NO tratándose de un filósofo ni de un pedagogo conocido, sino de un carpintero idealista, esta conjunción de dos apellidos despertará poco interés en los ocasionales que nos lean. Porque además de Vives Terrades nuestro recordado se llamaba José, un nombre vulgar que en la época estaba al alcance de cualquiera. «Todos nos llamamos José», dijeron veinte invitados cuando la dama más bella propuso llevarse uno para la danza. A la invitación de un inspector de policía «para unas preguntas», cada uno de los veinte José hubiese olvidado la cédula personal en casa.

Acudamos al tema. Con José Vives Terrades en «presencia» recordamos nuestros ocho años primeros, la edad de la escuela. Puestos al alcance de Vives, una docena de arrapiezos. Este hombre, al cual veíamos por vez primera en la vida y con trato directo con nuestras menudas cuan esquivas humanidades, no resultó temible cual era corriente lo fuera todo maestro «cambiado». Tal vez porque no blandía palmeta. Recién llegado, quizás la sacaría al segundo día. Motivos para hacerlo se los daríamos, *involuntariamente*, sobrados.



TOSSA DE MONTBUI, MONTE DISPENSADOR DE AGRADABLES Y NOBLES INTIMIDADES

Lejos de nuestro ánimo de párvulos y nada más que párvulos (1), estimar que se puede ser maestro sin nociones de «palografía». Así como el albañil acreditado no resiste ante el aprendiz darle tres vueltas al aire a la paleta cayéndole ésta infaliblemente en la mano, así el pegador de letras y números en el caletre de los niños sabe evolucionar el puntero con arte de malabarista. Además nuestro forastero había llegado antes

(1) A los 10 años nos absorbió la fábrica.

que nosotros a la sala. De haberlo recibido nosotros, la ventaja nos hubiese dado agallas. De todos modos, nuestro futuro arrearador no tenía trazas de zagüero con intenciones leñeras. Ora por absuración, ora por sonrisa irónica, nos dejaba a los novatos convencidos de la escuela nueva.

Sin embargo, Vives acudió a la cita envuelto en aureola terrible: la de ex presidiario. Parecía bien a «luises», «marianos» y a las Mari de misa primera que para una escuela del diablo un desamado dirigiera. De no cerrar aula al segundo día se inaugurado tal infierno... pedagógico, al cabo de un par de años en la localidad no quedaría casa sin deterioro o «chamusco».

Vives anticipó a los padres de la enquistada que generosamente le habían confiado, que sabía labrar madera, dando esto camino. Ciertamente nosotros no éramos madera y si pasta sensible, que hallaría modo de trabajarla. Sin duda nuestros mayores le advirtieron nuestra propensión a la colecta de calabazas, porque, ennoblecido por su sonrisa de obrero, le oímos responder: «Todos los niños son lo mismo. Lo importante es hacerse comprender de ellos».

Ese trato prometido, esa especie de camaradería ofrecida a los doce primeros, nos dió mayor confianza. En ese hombre no parecía asomar puntero ni plumero. A ver si él resultaría niño en tanto nosotros estiraríamos cuerpo para coger altura de personas mayores.

Infortunadamente para él, certificó haber sido prisionero; por quiotismo, no por relojes; por sentimientos, no por aspavientos. Con unos centenares de trabajadores con mentalidad anticipada fué encastillado en las postimerías del siglo XIX, en Barcelona. Hubo allí torturas y muertes, desesperos y vejaciones. Un abollamiento de la justicia que la especie franquista de hoy reclama en herencia. Vives salió de celda y castillo moralmente entero, físicamente deteriorado; y con bondad de padre de tres hijos, extensiva a los hijos de otros padres. Tal era nuestro «presidiario», nuestro maestro de circunstancias.

por Juan FERRER

Se creará que un hombre que se dedica a la escuela por incapacidad para trabajos de pulso degenerará la enseñanza; que su lugar está en el asilo y no en el púlpito. No obstante, el mundo es un complejo que eso; la vida es más movida de lo que parece, produciendo miríadas de criterios entre los nombres y sumas de voluntades no confundibles unas con otras. Vemos ejercer a maestros con título y sin vocación de alma, como vemos trabajar en peonías individuos innatamente dotados, siendo, por razones sociales o de medio, imposible efectuar el trasto que que en la circunstancia se impone, con lo cual el peón entrañable queda sujeto a profesión liberal y el profesor innato destinado a labor corporalmente dislocadora.

El maestro que nos proporcionó la suerte acudió a enseñarnos y no a ganarse el mendrugo, que, por otro lado, no se le ofreció abundante. Vives nos adoptó en materia bruta y se aplicó al estudio del carácter de cada uno de nosotros. Nos examinó la lectura, la escritura, la aritmética, la conducta, los rudimentos de eso u lo otro, certificándonos déficit en todo. Recomenzábamos. Algunos, ya en el estudio de la «Guía del Artesano», hubieron de regresar al final abecedario.

Ya los primeros días adivinamos que no habría puntero; pero con salidas de tono, recibidas con lástima por el maestro, resultábamos peor dañados. Al miedo al palo había sucedido el pánico a quedar con la boca abierta ante una pregunta responsable por un cinco años algo preparado; y el que menos de nosotros contaba siete; el que más, doce. Apareció entonces en nuestras ignaras humanidades esa cosa que quema la cara y que en adulto se llama vergüenza.

Tomándonos como cosa suya Vives nos reunía en posición de coro para someternos a lectura. Recordamos: «Lecturas instructivas», de Celso Gomis. Cada uno un pedazo, que debía explicar a sus condiscipulos, con la agravante de, si no podía hacerlo, ser explicado sobre lo mismo por un participante que hubiese asimilado el texto. Esa gimnasia cerebral, ese estímulo del miedo a quedar en atraso, atareaba al alumno más que la presión canalla del palo.

Resultaba pedagogo, nuestro carpintero.

Resultaba amigo, nuestro temido hombre venido de fuera. Un servidor leía en cotorra y llevaba un premio escolar en cada vuelta de hoja del libro preferido en la última escuela abandonada. Y aquí resultaba apeado.

Lo más importante Vives lo había conseguido: inspirar confianza en los alumnos; por el mismo camino lograría estima. Sus narra-

A cincuenta años del crimen

ron mejor que muchos hombres de la generación del 98 lo que significaba Ferrer, lo que iba a ser el movimiento pedagógico de la Escuela Moderna si se le dejaba expandir y ganar terreno. Y la verdad es que aquel movimiento no podía ser contenido ya con paños tibios.

Hechas las primeras experiencias, Ferrer comprendió que tanto como crear escuelas importaba formar maestros para atenderlas. En los últimos años de su fecunda existencia tronchada del modo más criminal y alevoso, se ocupaba de instalar en Barcelona una universidad libre para que de ella pudiesen surgir profesores adecuados, aptos para la formación de maestros capaces de transformar desde abajo, desde la escuela, el alma de su época. Quería además complementar esas iniciativas con una gran empresa editorial que inundase a España de obras científicas, pedagógicas, literarias, etc., para contrapesar la producción libresco destinada a embotar la inteligencia y a adormecer el corazón de la infancia.

La monarquía, la iglesia, las clases privilegiadas sabían lo que hacían cuando optaron por quitar de en medio a Ferrer; su obra no podría llevarla a cabo ningún otro, al menos por entonces. Y lo que importaba era ganar la batalla del día, aún a costa de sacrificar el porvenir.

No se le pudo asesinar en 1907,

aunque la jauría pedía su cabeza de apóstol y de mártir. Nada tuvo que ver con la huelga general de julio de 1909. No es que se hubiese opuesto a aquella protesta legítima del pueblo de Barcelona y de muchos otros lugares de España contra el matadero de Marruecos, pero se encontraba entonces en otro plano: el de la creación de una escuela normal para formar los maestros de sus escuelas, el de la instalación de una universidad libre para disponer de profesores, el de la organización de una gran empresa editorial, para la cual había dado ya los primeros pasos con los talleres de la Escuela Moderna. La batalla que tenía entre manos perseguía los mismos objetivos que la huelga de julio, pero iba más hondo y más allá.

El martirio de Ferrer abrió en el mundo las puertas de la llamada escuela nueva, que hoy es reconocida y alentada oficialmente en todo el mundo. Su impulso sirvió para que notables pedagogos de todos los países se preocupasen por continuar a su modo la obra interrumpida. Ferrer sacrificado en los fosos de Montjuich el 13 de octubre de 1909, acabó por triunfar, y todas aquellas desfiguraciones y caricaturas que intentaron contra él los gobiernos monárquicos, han sido desvanecidas por la luz del itinerario quebrado por su muerte, pero que a pesar de todo no ha dejado de alumbrar.

D. ABAD DE SANTILLAN

relatada por un alumno

ciones, donosas, en todo caso instructivas, nos acercaban al amigo más que al sábelotodo. Los cuadros astronómicos, botánicos, geológico-geográficos, de fauna, de fisiología, de toda naturaleza, fueron al muro enmarcados por nosotros bajo la dirección del «maestro carpintero». ¡Qué gozo actuar inesperadamente de obreros en lugar que permanecer pegados «in eternis» al alumnato!

Claro que después la clase reconocía sus derechos. Volvíamos a las letras a veces con alguna recomendación del maestro sin palmeta y con sonrisa de su cara: «Las letras en el aula, no en la sopa». Humoradamente, todos conveníamos.

La clase retomaba sus derechos, hemos dicho, pero en ocasiones en el campo, en el bosque, al arrullo de una fuente. Las lecciones de botánica allí eran evidentes, como las de física popular, de letra animada, de números amenizados, de moral sencilla, de mecánica de la vida. Había que ver al obrero, al manual, al idealista que nos educaba, practicar en pleno aire y en niño mayor ejercicios gimnásticos en los árboles, cantar y aprendernos sus canciones sobre el césped, ampliar nuestro conocimiento de los pájaros, retrazar el origen y el curso de las aguas que se deslizaban a nuestros pies, salían de caño o se condensaban en la atmósfera; improvisar un curso de geología con un guijarro al azar cogido, y así en todas las materias ausentes de la mentalidad del niño. Aquellas salidas al campo o a la torrentera, en los primeros días nos sorprendieron. Las conocíamos por cuenta propia cuando el desagrado de otras escuelas nos inducía a desertar clase, a huir de un ambiente carcelario y de un maestro carcelero. Conocíamos de la naturaleza su libertad en desorden, con plantas «destrozables», piedras arrojables y arroyos vadeables sin preocupación alguna del peligro mortal que entrañan las indiferentes aguas. Cuando era así regresábamos a casa con una rama de árbol frutal en mano, con unas libras de almendras verdes en el estómago, y con la convicción secreta de que en tal día nos habíamos encanallado. Presentemente era otra cosa. El «hermano mayor» nos adaptaba a la naturaleza, nos intimaba con ella desvelando sus secretos. Nuestros juegos eran sanos y la vuelta al hogar serena y tranquila. Además no habíamos destrozado nidos, pues ya conocíamos, por humanización, lo dramático de un nido humano violentamente dispersado.

Esa adaptación del niño a la corriente normal de la vida era observado por la ciudadanía retrasada o envidiosa con un desagrado tal que la ponía en evidencia. Nuestra Escuela Moderna, la mejor instalada de todas las es-

cuelas de la villa, resultó autoritariamente clausurada por «insuficiencia sanitaria»; la moral de la Escuela Moderna fué conscientemente tergiversada al imputarle a su maestro interés, imbécil por la blasfemia; sus educandos fuimos provocados a pelea en diferentes ocasiones para que el público nos considerase malévolos. Y todo ello salía del enemigo aglutinado en la cristomanía, y que Jesús dispense. Vives veía claro y su empeño era contenernos. Personalmente dió ejemplo no dejándose acompañar por nuestros mayores a pesar de ciertas amenazas, alguna vez confirmadas y lógicamente superadas merced a quienes no duermen cuando es necesario no dormirse. Problemas de la incivilidad dimanante del dogma, si bien el problema peliagudo era contener a nuestro alumnado, que constituía — no lo habíamos dicho — «lo mejor de cada casa», es decir, que de cuarenta alumnos de la Escuela Moderna treinta eran desahuciados de los otros enseñaderos locales por discolos y rasga cartapacios, que el profesorado escolástico no había conseguido reducir a golpes de palmeta y a punta de bota, no hallando más solución que conducirlos a la puerta para dejarlos en la situación de «hijos de la calle» duchos en pedreas y a la triste condición de niños sobbrantes.

No le sobraron, sin embargo, a Vives, que supo tratarlos y encariñarlos. Cuanto hubiesen podido tener de mal educados mis discípulos lo habrían heredado en elemento ajeno a nuestra clase. Precisamente el mérito de Vives consistía en saber rectificar esas conductas alteradas, en anudar esos caracteres desatados, en contener a la infancia impulsiva pese a los envites a la pelea dimanantes de una muchachada en edad intermedia azuzada por elementos iglesianos.

Cuando la Escuela Moderna fué clausurada por supuesta carencia de condiciones sanitarias (la higiene oficial pasaba por alto la indecencia de los excusados pios y maristas), los escolares nos encontramos en nuestro elemento natural en la alameda, en el círculo bojista, a la vera del arroyo tan límpido como el propósito del maestro. Mediando exabrupto autoritario, la estancia al aire libre ya no era ocasional sino de cada día; los tabiques de la casa-escuela se iban borrando de nuestra mente suplantados por los árboles, las aves, los perfumes, los colores no de cromó, sino vivientes. Concurría a veces el día péximo, lluvioso, en cuyo caso una sala de centro obrero nos daba cobijo. En familia resignada, y además agradecida, la clase se desarrollaba ahí sin orden de im-

sición, con adaptación al medio transitorio. Luciente de nuevo el sol, mis compañeros, Vives y yo salíamos de nuestras casas con el hatillo de la comida para reunirnos en el amplio entradón de la escuela en cierre, desde donde dirigirnos a un lugar escogido en reunión del momento y en el cual a veces, por la tarde, algún simpático acomodado nos venía a obsequiar con agradable merienda.

Hermosura del recuerdo amenizado por el mover de las hojas, el vaivén de los pájaros y la bondad de los hombres.

A Ferrer Guardia creo no tenerlo presente en aquella lejanía barcelonesa de setenta kilómetros, pero sí el espíritu de su iniciativa. Fué Cristóbal Litrán quien vino a vernos y José Casasola a conferenciarnos, en cuyos casos Vives preparaba diálogos y monólogos que varios de nosotros recitábamos previamente compenetrados del significado de los mismos, puesto que el cotorismo escolástico nos había sido eliminado, y más: pequeñas luces salían de nuestras tiernas molleras que al poco veríamos reflejadas en el «Boletín de la Escuela Moderna» de Barcelona o en «La Escuela Moderna» de Valencia. La mecha había prendido.

Un agravio que es el rutinismo oficial manifestaba era lo sin dios de nuestra escuela, a la postre reabierta. ¿Es obligado adoptar mito por herencia forzosa de nuestros antecesores? ¿Es cuerdo acatar tradiciones a ciegas, desarrollarse en ellas a tientas, con cerrazón mental, para un logro de marcha de espaldas hacia el futuro? ¿No es absurdo que el novocentista se empeñe en usar asno para cien kilómetros pudiendo utilizar tren o avión, que le darán óptima ganancia de tiempo? ¿Es obligado tener dios sin saber de qué se trata, acogerlo por pánico o amenaza o para evitar un castigo que nadie puede haber cometido a los cinco o a los diez años?

El examen de fenómenos y cosas, la adopción de razones analizadas es materia privativa de los cerebros constituidos, de las facultades intelectivas experimentadas. Nadie niega derecho a mitómanos y metafísicos a concurrir al ferri de la inteligencia, al ingente concurso de las humanas verdades. Todo el mundo tiene imprenta y auditorium a su alcance, quedando las inquisiciones morales y físicas y fuera de justicia. Así los dioses serán de aceptación voluntaria o mantendrán la enemiga de la humanidad consciente.

Vives no combatía a dios ni lo ensalzaba. Vives lo ignoraba. Amoroso de la ciencia, la explicación de ésta le cumplía. Surgía, naturalmente, la pregunta sobre ángeles, suerte de pájaros con sandalias, esto es, aberrativos. Aquí el maestro nos remitía a lo compro-

bable, visible y tocable, orillando, al efecto, la herejía. He aquí escollo, ambiente enrarecido, y compromiso de la imparcialidad ante la absurda realidad de la calle, infestada de novelaría tenebrosa, de vicios tradicionales, de cuentos de miedo, de telarañas que intentan ocultar los esplendores del día.

El ambiente externo a la escuela es lo que más daña al propósito pedagógico del profesor racionalista. La religión nacional es única e indiscutible, la patria resulta siempre vencedora en sus interminables luchas sangrientas, el dinero antes o después de dios supera en valor al hombre que lo usa, y el camino trillado y descrito en círculo es el único andable para no salirse de una moral milenaria. El maestro cabal prescinde de estas verdades onerosas, enfoca la educación mediante la razón demostrada o demostrable y, según el consorcio reaccionario, este sistema educativo conduce a la corrupción, de las conciencias infantiles.

¡Todo un drama que mantiene al hombre en la infelicidad y en un atraso de siglos! Tan importante es la verdad tradicionalista que con dos mil años de civilización cristiana la sociedad no ha conseguido eliminar las guerras, las tiranías, el hambre provocado, la miseria intelectual y física de la clase desposeída, ni la angustia del mañana, incrustada en lo más íntimo de cada hogar habiendo, hoy, abundancia de riqueza para satisfacer a toda humana criatura. «La idea de dios ha perdido la felicidad de los hombres», pudo decir el fundador de la Escuela Moderna, y hay que coger el sentido profundo de esta sentencia para convencerse del fondo dramático que encierra. Con menos prejuicios y más objetividad para un mejoramiento integral de la especie, puede conseguirse la finalidad igualitaria y de respeto común que el pánico a infiernos, y cárceles en diez mil años no ha conseguido.

Vives prosiguió ignorando el mito a pesar de las preguntas de origen. Varios continuamos ignorándolo, pocos lo han entrevisto, dejándose llevar por la rutina; que tal es la parte de la experiencia Vives Terrades meditada a cincuenta y dos años de distancia.



El racionalismo de Francisco

SUS PROPOSITOS

M EJOR que meternos en discusiones teóricas y filosóficas acerca del racionalismo que podríamos condensar diciendo: es una doctrina que trata de explicar cuanto existe por medio de la razón y que la antepone a la fe, a la teología y a la superstición, es seguir los avatares de su pensamiento, sus inquietudes y anhelos a través de su correspondencia, de sus conversaciones y de sus trabajos, ya que ello nos revelará mejor que nada cuáles eran los objetivos que perseguía, la orientación que pretendía dar a su escuela y los resultados que esperaba alcanzar de una educación libre de prejuicios...

A tal fin empezaremos por decir que el día 29 de septiembre de 1900, Francisco Ferrer escribía desde París a su amigo José Prat, anarquista barcelonés y uno de los escritores polemistas más destacados del movimiento libertario. Un fragmento de la carta, dice así:

«Tengo intención de fundar en Barcelona una escuela emancipadora, la cual se encargará de desterrar de los cerebros lo que divide a los hombres (religión, falso concepto de la propiedad, patria, familia)».

Y en otra carta de unos meses después, volviendo sobre el mismo tema, le decía a Prat:

«Mi plan es que la escuela sea de primera enseñanza mixta, es decir, de niños y niñas, como la de Cempuis y tal como entiendo que habrá de ser la escuela del porvenir...»

Y en otro lugar, refiriéndonos al mismo asunto, la fundación de la Escuela Moderna, le cuenta:

«Llegado el caso de haber de salir de las vaguedades de una aspiración no bien definida aún, hube de pensar en precisarla, hacerla viable, y al efecto, reconociendo mi incompetencia respecto de la técnica pedagógica, pero no confiando mucho en las tendencias progresivas de los pedagogos titulares, considerándoles ligados en gran parte por atavismos profesionales o de otra especie, me dediqué a buscar la persona competente que por sus conocimientos, su práctica y su elevación de miras coincidiera con mis aspiraciones y formulara el programa de la Escuela Moderna, que yo había concebido y que había de ser, no el tipo perfecto de la futura escuela de la sociedad razonable, sino su precursora, la posible adaptación racional al medio; es decir, la negación positiva de la escuela del pasado perpetuada en lo presente, la orientación verdadera hacia aquella enseñanza integral, en que se iniciara a la infancia de las generaciones venideras, en el más perfecto esoterismo científico.»

Por otra parte, el señor Heaford, albacea testamentario de Ferrer y secretario de la Asociación de Librepensadores, de Londres, en un artículo publicado el día 15 de junio de 1908 en la revista «L'Ecole Rénovée», de Bruselas, se pregunta:

«¿Cuál era el espíritu de Ferrer cuando acometió su obra...? Su pensamiento está expuesto en una de las cartas privadas dirigidas a la publicación «La Ragione», de Roma, y cuyo texto es como sigue:

EL PENSAMIENTO EDUCACIONAL DE FERRER

«Como es notorio, el niño nace sin idea preconcebida alguna, y

durante el transcurso de su vida se va empapando de las ideas de los que le rodean, modificándolas después de acuerdo con su cultura, con sus observaciones, relacionándolas con las circunstancias.

«De aquí se deduce claramente que si el niño ha sido educado en ideas positivas y verdaderas sobre todas las cosas, y se le enseña que para evitar el error es indispensable que no acepte nada por la fe, sino tan sólo lo que la ciencia pueda demostrar, el niño crecerá, aguzando sus poderes de observación y con aptitudes para toda clase de estudios...»

«Educar a los niños, libres de todo prejuicio y publicar las obras necesarias para este propósito. Tal

es el objeto de la Escuela Moderna... El valor entero de la educación estriba en el respeto a la voluntad física, intelectual y moral del niño. El verdadero maestro será el que se abstenga de imponer al niño su propia voluntad, sus propias ideas, y apele, en medida creciente, a las energías del niño mismo.»

SU PROGRAMA ESCOLAR

La misión de la Escuela Moderna consiste en hacer que los niños y niñas que se le confían, lleguen a ser personas instruidas, verídicas, justas y libres de todo perjuicio.

«Para ello, sustituiré el estudio dogmático por el razonado de las ciencias naturales.

«Excitará, desarrollará y dirigirá las aptitudes propias de cada alumno, a fin de que con la totalidad del propio valer individual no sólo sea un miembro útil a la sociedad, sino que, como consecuencia, eleve proporcionalmente el valor de la colectividad.

«Enseñará los verdaderos deberes sociales; de conformidad con la justa máxima: «no hay deberes sin derechos; no hay derechos sin deberes».

«En vista del buen éxito que la enseñanza mixta obtiene en el extranjero y principalmente, para realizar el propósito de la Escuela Moderna, encaminado a preparar una humanidad verdaderamente fraternal, sin categoría de sexos ni clases, se aceptarán niños de ambos sexos desde la edad de cinco años.

«Para completar la obra, la Escuela Moderna se abrirá las mañanas de los domingos, consagrándole la clase al estudio de los sufrimientos humanos durante el curso general de la historia y al recuerdo de los hombres eminentes en las ciencias, en las artes o en las luchas por el progreso.

«A estas clases podrán concurrir las familias de los alumnos.

«Deseando que la labor intelectual de la Escuela Moderna sea fructífera en lo porvenir, además de las condiciones higiénicas que hemos procurado dar al local y sus dependencias, se establece una inspección médica a la entrada del alumno, de cuyas observaciones, si se cree necesario, se dará conocimiento a la familia, para los efectos oportunos, y luego otra periódica, al objeto de evitar la propagación de las enfermedades contagiosas durante las horas de vida escolar.»

IDEAS GENERALES

Bajo esta égida, el día 8 de septiembre de 1901 celebróse la inauguración de la Escuela Moderna, con un efectivo escolar de treinta alumnos: dieciocho niños y doce niñas, lo cual era suficiente para un primer ensayo.

Sobre la parte ideológica pasamos a transcribir otras palabras de Ferrer:

*21, Boulevard St-Martin.
Paris le 5 Novembre 1907.*

Monsieur le Ministre,

Je regrette bien de ne m'être pas trouvé à Barcelone lorsque vous êtes arrivé pour me voir et voir l'Ecole Moderne. Il est vrai que je n'aurais pu vous montrer que les locaux vides, et les salles désertes. Le gouvernement espagnol ne veut permettre à aucun prix l'enseignement rationaliste malgré les lois qui l'autorisent. En cela, les pouvoirs publics nous donnent l'exemple de ce que la peuple doit fuir lorsque il se trouve gêné.

L'attitude gouvernementale nous prouve aussi que nous avons raison de chercher l'émancipation humaine par l'éducation, rien que par l'éducation. Si nous n'en étions, par convaincus depuis longtemps il suffirait de voir la rage avec laquelle nous traitent, persécutent, et tout l'intérêt que les réactionnaires ont à discréditer notre système d'enseignement, pour nous encourager dans la voie que nous nous sommes tracée.

Je vous félicite donc, Monsieur le Ministre, de l'avoir aussi ainsi depuis et pour avoir une bonne fraternité proposée de main.

Francisco Ferrer

LETRE AUTOGRAPHE DE FERRER A M. OTTAVIO DINALE.
(Inédit.)

Ferrer Guardia

por José VIADIU

«La Escuela Moderna obra sobre los niños, a quienes prepara mediante la educación y la instrucción a ser hombres, sin anticipar odios ni amores, adhesiones ni rebeldías, que son sentimientos propios de los adultos; en otros términos, no quiere coger el fruto antes de haberlo producido por el cultivo, ni quiere atribuir una responsabilidad sin haber dotado a la conciencia de las condiciones que han de constituir su fundamento. Aprendan los niños a ser hombres, y cuando lo sean, declárense en buena hora en rebeldía.»

En los días en que se fundó la Escuela Moderna el tema de la coeducación era debatido de manera apasionada, haciéndole una ruda oposición los elementos reaccionarios y clericales. El pensamiento de Ferrer es perfectamente claro y preciso en dicho extremo, como lo veremos en cuanto dice a continuación:

«La coeducación tenía para mí una importancia capital, era no sólo una circunstancia indispensable para la realización del ideal que considero como resultado de la enseñanza racional, sino el ideal mismo, iniciando su vida en la Escuela Moderna, desarrollándose progresivamente sin exclusión alguna inspirando la seguridad de llegar al término prefijado...»

«El propósito de la enseñanza mixta es que los niños de ambos sexos tengan idéntica educación; que por semejante manera desenvuelvan la inteligencia, purifiquen el corazón y templen sus voluntades; que la humanidad femenina y la masculina se compenetren desde la infancia, llegando a ser la mujer, no del nombre, sino en realidad, la compañera del hombre.» En otro apartado de sus reflexiones sobre la Escuela Moderna, decía:

«Una escuela para niños ricos, no hay que esforzarse mucho para demostrar que, por su exclusivismo, no puede ser racional. La fuerza misma de las cosas inclinará a enseñar la conservación del privilegio y el aprovechamiento de sus ventajas. La coeducación de pobres y ricos, que pone en contacto unos con otros, en la inocente igualdad de la infancia, por medio de la sistemática igualdad de la escuela racional, ésa es la escuela buena, necesaria y reparadora.»

Otro de los aspectos interesantes de los propósitos de Ferrer es expresado en los siguientes términos:

«Los exámenes clásicos, para los que estamos habituados a ver la terminación del año escolar y a los que nuestros padres tenían en gran predicamento, no dan resultado alguno; y si lo producen es en el orden negativo.

«Estos actos, que se visten de solemnidades ridículas, parecen ser instituidos solamente para satisfacer el amor propio enfermizo de

los padres, la supina vanidad y el interés egoísta de muchos maestros y para causar sendas torturas a los niños antes del examen, y después, las consiguientes enfermedades más o menos prematuras.

«Cada padre desea que su hijo se presente en público como uno de tantos sobresalientes del colegio, haciendo gala de ser un sabio en miniatura. No le empece que para ello su hijo, por espacio de quince días o un mes, sea víctima de infinitos tormentos. Como se juzga por el exterior, se viene a la consideración que los dichos tormentos no son tales, porque no dejan como señal el más pequeño rasguño ni la más insignificante cicatriz en la piel...»

«La inconciencia en que se vive en relación a la naturaleza del niño y a lo inicuo de ponerle en condiciones forzadas para que saque de su flaqueza psicológica fuerzas intelectuales, sobre todo en la esfera de la memoria, impide a los padres ver que un rato de satisfacción de amor propio, puede ser la causa, como ha sucedido muchas veces, de enfermedad, de la muerte moral y material de sus hijos.»

Otro aparato de su labor en la organización de la Escuela Moderna, fué la selección de sus libros de texto. He ahí sus ideas en dicho sentido:

«Tratándose de instituir una escuela racional, para preparar dignamente el ingreso de la infancia en la libre solidaridad humana, el problema inmediato al de la determinación de su programa, era el de fundar su biblioteca...»

«Si la escuela había estado en todo tiempo, desde la más remota antigüedad supeditada, no a la enseñanza en su amplio sentido de comunicar a la generación naciente la suma del saber de las generaciones anteriores, sino a la enseñanza concordada con la autoridad y la conveniencia de las clases dominantes, y por tanto, destinada a hacer obedientes y sumisos, es evidente que nada de lo escrito a tal fin podía ser utilizable...»

«Mas la severidad lógica de tal afirmación no pudo convencerme por el pronto. Resistíame a creer que la democracia francesa, que tan activamente trabajaba por la separación de la Iglesia y del Estado, que de tal modo se había concitado las iras clericales y que había adoptado la enseñanza obligatoria y laica, incurriese en el absurdo de la semi-enseñanza o de la enseñanza sofisticada; pero hubo de rendirme a la evidencia contra todo resto de preocupación, primero por la lectura de gran parte de las obras inscriptas en el catálogo del laicismo francés, en que Dios era reemplazado por el Estado, la virtud cristiana por el deber cívico, la religión por el pa-

triotismo, la sumisión y la obediencia al rey, al aristócrata y al clero por el acatamiento al funcionario, al propietario y al patrón; después por la consulta que hice a un notable liprepensador que desempeñaba un elevado cargo en el ministerio francés de Instrucción Pública quien, expuesto mi deseo de conocer los libros destinados a la enseñanza y depurados de todo error convencional, tras una completa exposición de mi pensamiento y de mis propósitos, me declaró con franqueza y con sentimiento que no había uno siquiera; todos con un artificio más o menos hábil e insidioso,

so, deslizando el error, que es el necesario cimientito de la desigualdad social.»

Y así se podrían extraer más opiniones y juicios de sus cartas y de sus artículos, pero creemos que con lo dicho es suficiente para que los lectores tengan una visión de los fines pedagógicos que perseguía Ferrer y que ello lo coloca en el justo lugar entre los hombres que han luchado por una humanidad libre de privilegios, de fanatismos y de supercherías.

NOTA: Lo acomillado es reproducido del libro «Francisco Ferrer Guardia», de Orts y Caravaca.

LA EDUCACION

¿QUE educación la nuestra! Nace el hombre, y cuando no puede decir aún su voluntad, se le hace cristiano. Apenas se desenvuelve su razón, se le enseña a recitar las oraciones de la Iglesia. Cuidase mucho de que no conozca los secretos de la generación y se le oculta su propio origen. No se le revela que salió de su madre; si viene al mundo un hermano suyo, se le dice que se le trajo de París o se le encontró en una de las plantas de la huerta.

En las oraciones de la Iglesia encuentra, aún niño, motivos de interrogación y duda. En el «Ave María»: ¿Qué quiere decir, madre, que Cristo fué fruto del vientre de la Virgen? En los «Mandamientos de la ley de Dios»: ¿Qué significa, madre, no fornicarás ni desearás la mujer de tu prójimo? En los «Pecados capitales»: ¿Qué es, madre, la lujuria? En todas partes: ¿Cómo he de entender, madre, que Jesús fué concebido por obra del Espíritu Santo?

Apurada la madre y cuidadosa siempre de que la verdad no se le escape, forja mil desatinos con que perturba y entenebrece el entendimiento de su hijo. Como el hijo sea precoz, la envuelve pronto en un mar de confusiones. Si Dios creó el mundo, ¿quién creó a Dios? Si Dios está en el cielo, ¿por qué no se asoma para que lo veamos? Si todo es bondad, ¿cómo nos amenaza con castigos eternos?

No tiene la madre otro recurso que imponerle la fe y negarle todo derecho a la duda. Antes le entenebrece el entendimiento, ahora le contiene el vuelo del espíritu.

La madre, que es la primera educadora, le pierde por completo. Ya con el fin de acallarle y dormirle, le evoca fantasmas y lo hace medroso; ya con el de primarle, le lleva a comediones de magia y le trastorna la realidad; ya con el de complacerle, le refiere o le hace referir disparatados cuentos y le exalta, a costa de la razón, la fantasía.

Adquiere de día en día el niño viva curiosidad, y pregunta el origen y la utilidad de cuanto existe y la causa de los fenómenos de la Naturaleza. Ignora la madre, y se enoja con tanto preguntar o le imbuye en todos sus errores.

¿Le manda al colegio? Allí, sobre sentirse también su hijo bajo el imperio de una fe ciega, pierde en un violento descanso sus energías y tiene embargada su atención por estudios tan ingratos y difíciles como el de la gramática y la aritmética. Lo que debería ser acceso-rio es principal y le hace aborrecibles el estudio y la escuela. Sometido a una disciplina, no goza ni siquiera del derecho a interrogar a sus preceptores. Nada oye, ni de los fenómenos de la Naturaleza ni de las aplicaciones de la ciencia.

La educación debe ser muy otra. Nada de esconder a los niños la realidad de las cosas. Nada de turbarles el sentimiento con misterios religiosos y fantasmas. Nada de confiar a madres incultas el desarrollo de la razón de sus hijos. Nada de colegios sin jardines donde puedan correr y jugar los alumnos tras cada hora de estudio. Nada de colegio donde no se alterne el conocimiento de la lectura y la escritura con el de la Naturaleza y la Ciencia por medios visibles y prácticos.

Francisco PI Y MARGALL



Discurso de Denis Forestier

NADIE podrá extrañar mi presencia en este acto. El Sindicato Nacional de Maestros es heredero tanto de la Federación Nacional de Maestros como de la Federación de Fraternidades de Maestros.

Ahora bien: Francisco Ferrer, desde el punto de vista pedagógico y social, ejerce una señalada influencia en ambas instituciones.

Directa sobre la primera: En una carta Ferrer decía: «El boletín de la Federación Nacional de Maestros sostiene esta divisa: *Seas hombre puesto que debes formar hombres*». Este lema también será el nuestro».

Indirecta sobre la segunda: «En lo íntimo de cada maestro público francés está anclada esa inquietud: ¿Qué hombre será mañana este niño que ahora tengo en presencia? ¿Le habré dado lo bastante para que se autodetermine?»

En fin, el odio que persiguió a Francisco Ferrer, la profunda emoción levantada en el mundo de la enseñanza, particularmente en los profesores de escuela, debido al ignominioso proceso y al incalificable asesinato perpetrado contra su persona, hicieron de Ferrer uno de los nuestros.

Su hija Sol escribía en 23 de marzo de 1950 en nuestra publicación, cuyo título, «L'école libératrice», tanto hubiese placido a Francisco:

«Entre los constructores del porvenir, entre los innovadores que la Historia exalta, pero que demasiado pronto sufren el ataque encarnizado del adversario político, pocos hay que hayan sido tan deliberada y ferozmente calumniados como el español Francisco Ferrer. Nada retuvo a sus enemigos cuando, tras haberlo suprimido físicamente emprendieron la otra iniquidad de esterilizar, en cierto modo, su respetable memoria.»

Yo afirmo aquí, que esos no han conseguido su propósito. Si el nombre de Ferrer puede ser ignorado de ciertos educadores, incluso compañeros de profesión, todos le rinden, tal vez sin saberlo, el más bello homenaje. Si Francisco Ferrer deseó una escuela liberada y si la misma está lejos de serlo totalmente, de todas formas los progresos son evidentes. Nuestros maestros así lo quieren: como Ferrer Guardia.

Y quieren y por ello luchan cada día, en condiciones difíciles y tal vez transitorias, por una escuela en la que puedan germinar con vigor los espíritus libres, indispensables para que la civilización sobreviva y permanezca eternamente joven y serena; por una escuela cuyo objeto esencial sea servir los intereses del niño, garantizarle los derechos, aportarle lo que corresponde a las posibilidades individuales de cada uno.

Es por este esfuerzo de cada día dentro de su magisterio que los adscritos a la organización social unitaria: el Sindicato Nacional de



Maestros, rinden homenaje, muy merecido, al gran renovador Francisco Ferrer Guardia.

Llegado a este punto, vacilo en ir más lejos. Pero...

Francisco Ferrer, con calma, con sangre fría frente a una muerte ignominiosa, injusta y criminal, calma que lo sitúa en el plan de Platón aunque ambos hombres tuviesen de la educación una concepción diferente, escribía:

«Deseo también que mis amigos hablen poco de mí, pues se crean ídolos cuando se exalta a los hombres, lo que es una inmensa desgracia para el porvenir humano. Sólo los actos, no importa de quienes procedan, deben ser estudiados, exaltados y honrados; loámosles para que sirvan de ejemplo, cuando parecen incitar al bien común. Critiquémosles para que no se repitan si se consideran nocivos para el bienestar general.»

Sin menoscabo de esta voluntad suprema, séanos hoy permitido examinar los actos de Ferrer, precisamente para sacar las enseñanzas que los mismos contienen.

★

De momento una cuestión: ¿Cómo este hijo de familia campesina acomodada llegó a una concepción de la emancipación humana garantizada por la posibilidad de elevación de cada ser humano, es decir, por una educación emancipadora que, según propia definición, «estimula la evolución progresiva de la infancia evitando los atavismos regresivos, que son los obstáculos que opone el pasado a los francos y decididos arranques del porvenir?»

A esta pregunta respondo que por unas condiciones naturales de excepción; por la sed de saber estimulada tal vez por la presencia de su tío Antonio; por esa alta concepción de la solidaridad humana que rechaza la fraternidad paternalista para alcanzar las alturas de la solidaridad fraternal aún dentro de la peor de las opre-

siones, para impulsar a los hombres hacia una sociedad fraternal y libre de sus destinos.

Sus dotes naturales en la pobre escuela pueblerina le valieron a Ferrer el mal trato de algunos de sus condiscipulos, aprendiendo prematuramente que el ser humano, incluso en su estado de niñez, no es siempre bueno, víctima como es de la pésima formación de la sociedad. Recogió, no obstante, la estima de muchos camaradas de aula, aprendiendo con ello que la criatura humana puede ser solidaria por instinto. Será más tarde que la querrá solidaria por razonamiento y para el combate social.

Su sed de saber, de aprender, de conocer por sí mismo, por reflexión propia, para, seguidamente hacer participar al prójimo de sus inquietudes, manifestóse en él en la adolescencia, precisamente en el periodo que hubo de asumir la carga de la explotación familiar; siguieron los métodos personales que ensayó en la práctica, y algo más tarde, la cooperación de un comerciante de tejidos y a la vez, republicano cuyo pensamiento adivinó y del cual fué compañero; luego fueron los clubs, donde rápidamente se afirmó por la seguridad de sus juicios, al parecer impropios de una persona joven. Seguidamente la franc-masonería, su enrolamiento en la lucha social, su puesto de controlador de ferrocarriles debían permitirle descubrir «la España terrible y exaltada», ampliar sus conocimientos de biblioteca, sociales, humanos, demostrando particular interés en el perfeccionamiento de sus conocimientos de la lengua francesa y también de la inglesa, quedando prendido en lo que podríamos llamar «biblioteca circulante». Al integrarse a la clandestinidad española sus conocimientos adquiridos a pulso dieron origen al nacimiento de sus fuerzas fundamentales. En su destierro a Francia se preparó, y maduró, para los altos

designios de su vida, llegando a reclamarse de «este ideal sublime al cual debemos acercarnos cada vez más aunque no exista esperanza de alcanzarlo completamente».

Su alta concepción de la dignidad humana iba a conducirle a un compromiso total para la lucha social y revolucionaria. El adolescente discreto y estudioso de Barcelona, el agente de relación seguro, el participante en las sublevaciones, el exilado que toma un puesto en la enseñanza, pasa a la concepción de la liberación del hombre por la educación renovada, la Escuela Moderna, y a la lucha para implantar esa escuela en donde él juzga más necesario y favorable, en esa España que ama, y al esfuerzo sin medida para difundir internacionalmente su concepción racionalista de la educación, y finalmente, a dar ejemplo afirmativo de su voluntad ante la muerte, voluntad más grande que el propio crimen que lo aniquila. He aquí el compromiso transcendental de Ferrer ante el problema de la superación humana.

Alfredo Naquet lo resume así:

«Lo cierto es que como hombre político detestó las sujeciones, los parcialismos, los capillismos; que creyó en la eficacia de la acción individual y que, partiendo de ella, e indagando en qué dominio su propia acción resultaría más fecunda habida cuenta de sus aptitudes particulares, se sintió confinado al terreno de la educación».

He aquí el grande y hermoso camino que condujo a Francisco Ferrer a ser él mismo, a querer enseñar a su semejantes para que cada uno de ellos pudiese trabajar por su propia liberación y al mismo tiempo por la de la humanidad. Ninguna necesidad había de que el odio criminal le cortara el paso al pedagogo mediante el crimen para que la posteridad retuviera la grandeza de su obra de cultura renovada. La sola vida en ejemplo del fusilado es constancia de educación, de emancipación, de consciencia revolucionaria para quienes analicen y comprendan. Es por esta causa que los perversos que estafaron un hombre a la sociedad mediante el crimen, hayan resultado ellos los estafados precisamente por su propio crimen.

¿Cómo el niño o adolescente religioso llega a la concepción de la Escuela Moderna, racionalista, humana, liberadora y liberada, es decir, en inquietud constante para la búsqueda del más allá?

Ferrer transcurrió su infancia en la escuela española, no en aulas de ínfima categoría, detestables en la época. Viajando conoció la escuela oficial vegetativa, en miseria material y metodista. Por la muestra juzgó a la escuela española como instrumento de opresión y no de liberación, sujeta a un dogma religioso, sin con-

Secretario del «Syndicat National d'Instituteurs»

tenido, y confiada a maestros que eran eso por haber fracasado en el seminario. La España católica, feudal, opresora, convertía las escuelas, malas y escasas, en instrumentos de dominación de las masas. Lo que se enseñaba en sus clases era rudimentario, y en más pongamos la resignación y la sumisión. Por consiguiente, los maestros que se prestan a tan misera labor no pueden ser sino dogmáticos y serviles.

A nadie sorprenderá entonces que la nobleza de Ferrer lo impulsara a rebelarse, lo condujera al racionalismo, lo llevara a la concepción de la Escuela Moderna, le acumulara su extraordinaria energía para convertir su centro de enseñanza en foco de luz esplendorosa.

A nadie puede sorprender que el odio que le persiguió emanara de los poderes públicos de España, de la confesión católica ferozmente agazapada a su dominación temporal, y de toda fuerza regresiva manteniendo en secular atraso a ese desdichado país.

Idear la escuela como instrumento de emancipación, realizar una escuela moderna e implantarla en el corazón mismo de las poderosas fuerzas opuestas, haciendo de la educación libre un haz de luz que despertara y entusiasmará al pueblo español; fundar una escuela normal de maestros para obtener profesores libres, crear y desarrollar la empresa de una Liga Internacional para la Educación Racional de la Infancia, haber osado amasar esa levadura de la cual ningún dato sobre educación podrá escapar merced a la integridad de Francisco, tal es el crimen, a criterio de los poderes tradicionales, cometido por este educador grande entre los grandes. Y es la requisitoria de época y a posteriori de sus adversarios, de esos sectarios que lo abatieron «sin que la instrucción procesal, empeñada solamente en la búsqueda de cargos, haya dedicado un solo momento en dilucidar la verdad», la que conduce inevitablemente a que el germen creado pueda ser por nunca más eliminado.

Francisco Ferrer determinó el valor de la educación en el respeto a la voluntad física, intelectual y moral del niño. Estimó que debían ser eliminados los medios artificiales que alejan al educando de la naturaleza, las disciplinas morales e intelectuales impuestas, las creencias o ideas prefabricadas. Exaltó el amor al trabajo por el solo deseo de recoger los frutos legítimos que de él resultan. Mas, para él la obra educativa es esencialmente social y su fe en la emancipación de cada individuo tan grande, que rechaza las *tendencias utilitarias que tratan de poner la educación al servicio de una causa o de una ideología determinada*. La educación no puede tener otra finalidad

que la de educar al individuo para el individuo mismo.

¿Cómo, ante tales principios, Francisco Ferrer no sería interpretado como revolucionario? Mejor que proceder a la reforma del Estado, reformar la moral de cada ciudadano, y el Estado quedará automáticamente transformado. La Escuela Moderna de Ferrer es la puesta en práctica de un método, tan avanzado, que ni en la actualidad podemos superarlo. No obstante, su método racionalista ha sido adoptado, no totalmente, pero sí en parte por los sistemas escolares modernos. Sin duda es por esta causa que en nuestro país la escuela laica sufra violentos ataques.

Francisco Ferrer encontró al clero español rencorosamente atravesado en su camino, ese mismo clero que hoy, por vía de un Concordato, ha podido atribuirse un predominio total en la escuela española. El artículo 3 de la ley ordenando la Unidad Española, precisa:

«La Universidad, inspirada por el catolicismo consubstancial a la tradición universitaria española ceñirá sus enseñanzas al dogma, a la moral católica y a las normas del derecho canónico vigentes.»

En esta circunstancia el Estado español volvería a fusilar a Francisco Ferrer, como ha fusilado a Federico García Lorca, poeta; a Juan Peset, decano de la Facultad de Medicina de Valencia; a José Andrés y Manso, profesor, entre muchísimos otros.

Pensando en Francisco Ferrer tenemos el derecho de asociarle a cuantos, por su actitud en vida, por su acción para alcanzar la libertad, han resultado, como el fundador de la Escuela Moderna, mártires en holocausto a la libertad misma, habiendo entrado, para nosotros, en la gran familia espiritual de la cual Francisco Ferrer es una de las más bellas ilustraciones. No hay solamente un clericalismo oscurantista que torture, fusile y asesine; hay también todos esos que, dependiendo de los regímenes totalitarios — nueva forma del clericalismo — juzgan el pensamiento crimen de alta traición y condenan a morir en campos concentracionarios.

Yo represento a una organización laboriosa y educadora cuya historia demuestra que en cada ocasión se ha erigido contra todos los sistemas opresores del pensamiento libre y que, además, en uno de sus Congresos ha declarado que el hombre como entidad natural no puede ser sacrificado a la razón de Estado; que mantiene incansablemente la batalla contra Franco, que ha protestado contra la admisión de la España franquista en la UNESCO, admisión consumada con menosprecio de los principios básicos de ese organismo internacional de cultura. Y aún más: nuestra organización se ha elevado contra toda suerte de imposturas, contra las

dictaduras, no importando los colores con que se distingan, habiéndose, en fin, declarado solidaria de aquéllos que, poetas o humildes obreros, en Budapest expusieron su vida por la libertad.

Recordándolo aquí, creo mantenerme fiel, no solamente al pensamiento profundo de mi organización sindicalista, sino coincidir incluso con el concepto de la enseñanza tal como lo concibiera Francisco Ferrer.

Conversando con compañeros españoles exilados de los que nunca claudican, frecuentemente he pensado que, de haber vivido en nuestro tiempo, Ferrer habría podido ser deportado a Buchenwald o a Karaganda.

Volviendo a la acción de Francisco Ferrer afirmo que sus enemigos han tratado de esterilizarla sin que, afortunadamente, lo hayan conseguido.

Mi amigo Rodolfo Llopis en nuestras conservaciones recuerda frecuentemente el clamor que de 1931 a 1933 en la España republicana se levantó espontáneo, magnífico e imperioso, exigiendo: «¡Queremos escuelas!» En documentos que me ha enseñado, en fotografías que ha puesto ante mis ojos, se confirma el nacimiento de algo nuevo que la opresión franquista y la dominación clerical no conseguirán asfixiar. Pueden los enemigos del pueblo aniquilar vidas cual la de Francisco Ferrer, calumniar y destruir los libros de su escuela, enlodar su memoria; puede la reacción española masacrar a militantes de la libertad, deportar a otros, fusilar o agarrar a los pensadores, reducir al silencio a todo un pueblo; pero ningún dictador conseguirá aniquilar el pensamiento ni la germinación de la simiente por los mártires esparcida.

¿Por qué cabe hoy que en este país, la Francia, en la que Francisco Ferrer maduró ampliamente



sus concepciones, en el que trabó grandes y nobles amistades; es este país en el que todo el mundo progresista se levantó airado al tener noticia del fusilamiento del maestro en España; por qué cabe en este país que creó la Escuela Laica, que ciertos elementos intenten de nuevo dar a la Iglesia un poder sobre la educación de los hijos del pueblo? ¿Por qué precisa que los poseedores de las formas del pasado intenten nuevamente detener el libre curso de las formas del porvenir? Tras haber aceptado que la democracia haya sido humillada ¿aceptará también el pueblo que le sustraigan su escuela?

La vida ardiente de Francisco Ferrer nos da ejemplo. En las circunstancias presentes, en el momento en que una profunda revolución germina en el mundo entero, recordar la vida y la acción de Francisco Ferrer, una de las más ejemplares figuras humanas de nuestro tiempo, y personalidad relevante a pesar de la muerte y el tiempo, es un acto que no se cumple en vano si el mismo comporta el compromiso de ser hombres para lograr que mañana, los niños de hoy, sean hombres como hay que serlo.

SOY LA ACCIÓN

Sin mí las concepciones del cerebro humano serían unos cuantos fósforos humedecidos en una cerillera mohosa.

Sin mí el fuego no habría calentado el hogar de los hombres, ni el vapor habría lanzado sobre dos líneas de acero la rápida locomotora.

Sin mí la casa del hombre sería el bosque o la caverna. Sin mí las estrellas y los soles serían todavía los parches brillantes que Jehová pegó al firmamento para deleite de las pupilas de su pueblos.

Sin mí Colón hubiera sido un loco; Bernard Pallissy, un demente; Keplero, Copérnico, Newton, Galileo y Giordano Bruno, embusteros. Fulton, Franklin, Roentgen, Mon-golfier, Marconi, Edison y Pasteur, soñadores.

Sin mí la rebeldía de las conciencias sería una nube de humo encerrada en el hueco de una nuez, y las ansias de libertad, los aleteos inútiles de un águila encadenada y presa.

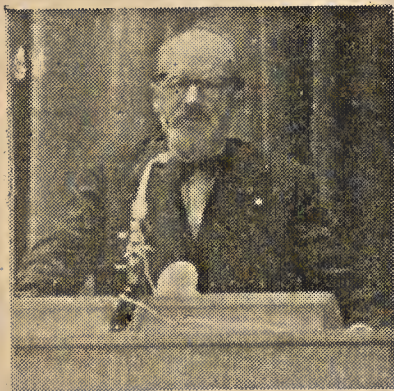
Sin mí todas las aspiraciones y los ideales quedarían en la mente de los hombres como hojarasca arremolinada por el cierzo.

El Progreso y la Libertad no pueden ser sin mí.

Soy la Acción.

PRAXEDIS G. GUERRERO

Discurso de André Lorulot de la «Libre Pensée»



Q UERIDOS amigos: He escuchado con la más fraternal atención a los diferentes camaradas que han hablado antes que yo. Ellos han dicho, bajo formas diversas todo lo que convenia decir sobre la grande y noble figura del gran apostol cuya obra y cuyo recuerdo celebramos hoy.

Varios oradores han hecho alusión a la amplitud del movimiento de reprobación que acogió, en el mundo entero, a la noticia de la ejecución de Francisco Ferrer, el 13 de octubre de 1909.

Yo soy acaso uno de los raros supervivientes de aquella época, y de ella conservo un recuerdo indeleble. Diriga yo entonces un pequeño periódico semanal en París. Tan pronto como la noticia del asesinato llegó a nosotros, en la tarde de ese día fatal, editamos un número especial que camaradas nuestros fueron a vocear por las calles. Nuestros colegas del «Libertaire» y de «La Guerra Sociale» imitaron nuestro ejemplo, y por la tarde, a partir de las ocho, varios miles de manifestantes se habían concentrado en el boulevard de Courcelles, en las inmediaciones de la embajada de España. Yo tomé parte en esta manifestación y hasta la media noche, gritando nuestra indignación, nos estuvimos batiendo. Hubo heridos, e incluso un muerto (un policía), un ómnibus incendiado, etc. A la cabeza de esta multitud que se estremecía de rabia, se veía a varios diputados socialistas ceñidos con sus fajines... ¿Dónde están hoy? ¿Cuántos renegados y cuántas desapariciones se han acumulado, ¡ay!, en el transcurso de estos cincuenta años!

En aquella época todos los hombres de vanguardia protestaron contra el asesinato del fundador de la Escuela Moderna de Barcelona.

Eran los días que siguieron al proceso Dreyfus, y el recuerdo de aquella gran iniquidad no estaba aún borrado. Fué necesario luchar durante varios años para arrancarle su víctima al Estado Mayor y a la Iglesia. Una ola de anticlericalismo había permitido barrer al Concordato y a la ense-

ñanza congregacionista que de nuevo vuelve a afirmarse hoy. Estas victorias habían sido logradas mediante la unión de hombres tan diferentes como Clemenceau, Sebastian Faure, Camilo Pelletan, Juan Jaures y otros muchos... dispares, pero todos sinceramente valcos.

Por otro lado, teníamos un odio muy particular contra la monarquía española. Ella era entonces, con el sangriento zarismo de Rusia, el régimen más bárbaro de toda Europa, y la única condena de Ferrer no era su primer crimen. Nosotros habíamos denunciado, en años anteriores, las atrocidades de la «Mano Negra», las torturas de Alcaza del Valle y muchos otros crímenes.

En fin, las condiciones del proceso habían sido verdaderamente vergonzosas. La inocencia de Ferrer era evidente; el encarnizamiento contra él, desde nacia años, era conocido de todos, y desde el principio la certidumbre fué general: nos hallábamos en presencia de un crimen jurídico.

Había habido en Barcelona motines en protesta contra la salida de tropas enviadas para «civilizar» Marruecos. Se acusaba a Ferrer de haber fomentado esos disturbios cuando ellos no habían sido mas que la explosión espontánea del furor popular contra una empresa colonial tan innoble como todas las empresas de este genero.

Se me permitiera decir que, incluso si Ferrer hubiese sido culpable, nuestra simpatía hacia él no sería menos grande. El detestaba tanto como nosotros al militarismo y el colonialismo. Pero, repitamos, era inocente y la justicia española lo sabía muy bien, mas no quería perder la ocasión de desembarazarse del gran revolucionario que la estorbaba. Fué condenado con desprecio de la legalidad, de esta legalidad que se aplica a los gobernados con tanta severidad, cuando los intereses de los dirigentes están amenazados por ellos, por muy poco que esto sea.

Atacar a Ferrer era el medio de destruir su obra. Los jesuitas habían ya obtenido, por una maquinación de la misma índole, dos años antes, el cierre de su escuela; pero Ferrer no había renunciado. Fué en esta época cuando yo tuve el placer de encontrarme con él en París, en el mes de febrero, es decir, 18 meses antes de su muerte. El salía de la cárcel — y yo también —. En casa de mi viejo amigo Alfredo Naquet, que vivía en Passy, habíamos cambiado impresiones de presos recientemente liberados; Ferrer me había dicho igualmente algo acerca de sus proyectos. Había fundado una revista («L'Ecole Renouée»), la cual se inspiraba en los principios de Paul Robin.

Fué un admirable precursor del

Racionalismo, de la educación integral, del movimiento neomalintusiano. Una Liga Internacional para la Educación de la Infancia, animada por Laisant, Naquet y muchos otros amigos de Bélgica, Inglaterra, etc., estaba en pie. Ferrer tenía también proyectos de edición. Gracias a esas obras de nuestros grandes maestros espirituales, Eliseo Reclus, Darwin, Lu, Buchner, Letourneau, Kropotkin y otros habían sido traducidos al español. Era una obra inmensa y magnífica que el modesto pequeño profesor Ferrer había podido realizar gracias a la generancia inesperada que había recibido en 1901. ¡qué gran ejemplo de desinteres y de animosa abnegación...!

Ya no volvería a verle nunca más. Pero su noble y viril figura no se ha borrado jamás de mi memoria. Yo le evoco en mi espíritu tal como era en 1908: pequeño y chaparro, la mirada profunda y viva, su choque de manos energico; él respiraba la rectitud y la voluntad, una voluntad porriana y tenaz, había consagrado su vida a una gran causa — a la más grande —. A ella no renunciaría nunca. La Iglesia lo sabía. Esta había intentado ya aniquilarle con la calumnia, como a Sebastian Faure, Robin y tantos otros. No habiendo conseguido llegar a eso, era preciso hacerle morir a cualquier precio, escudándose fraudulentamente tras un simulacro de justicia. Ante el crimen la razón de Estado no ha retrocedido nunca. El «Macaco real» (es así como nosotros habíamos motejado a Alfonso XIII, un degenerado irresponsable) no era mas que un juguete en las manos de los obispos y de los frailes.

Así acabó el sueño audaz de nuestro llorado Ferrer. Pero no murió inútilmente. Sus ideas han progresado y la reforma pedagógica se desarrolla en diferentes países. La Escuela Moderna habrá marcado una etapa decisiva en la obra renovadora de la educación infantil. Ferrer veía más lejos que nuestra Escuela Laica, hoy prisionera, con mucha frecuencia, de una pretendida neutralidad demasiado temerosa. El quería dar una enseñanza verdaderamente racionalista, sin prejuicios y sin dogmas. Ante todo, pedía que la personalidad del niño fuese respetada; acusaba a los diferentes sistemas de enseñanza de no ser en realidad, más que escuelas de domesticar, destinadas a fabricar en serie cerebros obedientes y esclavos bien estilizados y resignados a soportar todas las injusticias y tiranías sin rechistar. La Escuela Moderna tenía un alcance fecundo. A las «revoluciones» con demasiada frecuencia impulsivas y efímeras las sustituía la rebelión reflexiva de hombres conscientes de sus deberes y de sus derechos, decididos a no dejarse

burlar ya más en nombre de dogmas o de tradiciones caducas, de prejuicios estúpidos y de obligadas esclavitudes.

Pasado mañana, domingo, a las nueve y cuarto, hablaré de Ferrer por la Radio Nacional, a no ser que la censura de nuestra singular República, tan benevolente con el régimen infame de Franco, instrumento de los jesuitas, a la manera de Alfonso XIII o de Primo de Rivera, me lo impida. Diré por medio de las ondas, con toda convicción de viejo militante, lo que Ferrer representa para la España oprimida, para la Humanidad del presente y del futuro, para una democracia auténtica y universal.

... En la noche que precedió a la mañana horrible de su ejecución, el mártir fué puesto «en Capilla», en compañía de dos frailes. Es la costumbre, y esos frailes tuvieron el cinismo de importunarle con sus plegarias y sus tentativas de conversión. ¡He ahí la Iglesia romana, especulando siempre con el miedo y la debilidad de los humanos! Bien entendido, con los hombres del temple de Ferrer, estos atracadores de conciencias pierden siempre el tiempo, lo que nos consuela de los innumerables socialistas o comunistas de hoy, cuyas tres cuartas partes envían sus hijos al catolicismo, únicamente por falta de energía. ¿Cómo hacer un mundo mejor con tales egoístas, con hombres sin carácter, con borregos?

En el curso de aquella noche suprema, Ferrer dictó su testamento con una serenidad impresionante, con un maravilloso coraje, completamente desligado ya de las bajezas de nuestra mediocre sociedad, pidiendo a los hombres del futuro que se curen de ídolos y de jefes, que no crean más en los magos de la Iglesia y del Estado, y que comprendan de una vez para siempre, que la salvación no puede venir más que de nosotros mismos.

Glorifiquemos, pues, a Francisco Ferrer con todas nuestras fuerzas, aplicándonos modestamente a seguir su ejemplo, cada uno en nuestro medio, para que los pueblos puedan, al fin, romper sus cadenas y se emancipen integralmente.





Intervención de Federica Montseny

mantenían en la sumisión y en el obscurantismo a las masas humanas, era España. Y a España fué, con su idea revolucionaria y generosa, con los medios que Mlle. Maunier puso al morir en sus manos.

Su crimen fué ese: haber creado, en la España inquisitorial, en la España católica, apostólica y romana, feudo tradicional de la Iglesia, con reyes que aún esculpían en sus monedas «Rey Constitucional de España por la gracia de Dios»; en la España de los latifundios y de los burgos podridos; en la España de los torturadores de Montjuich y de los grandes señores feudales de Andalucía y de Extremadura, dueños de vidas y haciendas; en la España de los magnates de una burguesía intolerante y despótica; en la España negra, donde el proletariado se debatía contra leyes y tradiciones, siendo la única fuerza renovadora y viva; haber hecho, repito, en esta España eternamente opuesta al progreso, una obra educacional y pedagógica de enorme envergadura.

La Escuela Moderna llenó de escuelas racionalistas pueblos y ciudades de España. La Escuela Moderna inició una obra editorial que introdujo entre los trabajadores y sobre todo entre los niños, concepciones nuevas. No podrá olvidarse jamás que a las ediciones de la Escuela Moderna se debe la traducción e impresión en España de «El Hombre y la Tierra», de Reclus; que Carlos Malato, Juan Grave, Enrique Lluria y algunos de los grandes revolucionarios científicos, fueron introducidos en España gracias a las ediciones de la Escuela Moderna. Por algo el director de las mismas era Anselmo Lorenzo.

En torno a Ferrer y su obra se congregó la parte más inquieta y renovadora de España. Todos los profesores, los filósofos, los hombres de letras perseguidos y postergados por la España oficial formaron el cuadro en torno a la España nueva encarnada por Ferrer Guardia, la Escuela Moderna, el movimiento ácrata. Odón de Buen, Cossío, los hermanos Giner de los Ríos, Nicolás Estévez, Pi y Arsuaga, hijo de Pi y Margall, entre otros muchos, fueron colaboradores de la Escuela Moderna.

Por todo eso murió Ferrer Guardia. Había que destruir esa obra; había que exterminar el hombre que la animaba, que la había creado, que a ella aportaba su inteligencia, su capacidad organizadora, su voluntad encarnizada.

Un complot monstruoso, casi inimaginable, en el que se concertaron la Iglesia, el Ejército y la Monarquía — que se sentía atacada en la persona de Alfonso XIII, quien siempre creyó a Ferrer instigador del atentado de la calle Mayor de Madrid, el día de su boda, en 1907 — llevó a Fe-

rrer a Montjuich ante un Consejo de Guerra, donde sin pruebas, sin escuchar a ninguno de los testimonios de la defensa, precipitadamente, se le condenó a muerte.

Toda la protesta mundial, los grandes mítines, las manifestaciones ante las embajadas de España a todas las capitales de Europa y de América; la acción internacional de la Liga de los Derechos del Hombre y de todos los hombres libres, no pudieron arrancar Ferrer a sus verdugos.

...Sus últimas palabras, ante el pelotón de ejecución, en los fosos de la fortaleza siniestra, donde ya tantos mártires habían muerto y tantos más morirían después, fueron: «¡Hijos míos! ¡Soy inocente! ¡Viva la Escuela Moderna!»

Inocente era del delito que se le imputaba: haber sido cabeza de motín en los sucesos de la llamada Semana Sangrienta de Barcelona.

Pero si culpable de haber intentado dar luz y cultura al pueblo; de haber luchado para facilitarle las armas del conocimiento y de la conciencia, las que más temen los tiranos y los verdugos.

¡Queridos compañeros! ¡Queridos amigos! Lo terrible es que esa España negra, esa anti-España que mató a Ferrer, ha seguido matando, sigue matando millares de hombres. Que en los fosos de Montjuich, y en el Campo de la Bota, y en la plaza de toros de Badajoz, y en Sevilla, y en Madrid, y en Valencia, y en Zaragoza, y en Málaga, y en Bilbao, por todos los pueblos y ciudades de España, han ido muriendo, desde ese crimen que conmemoramos hoy, miles y miles de hombres, asesinados por la misma trilogía sangrienta, que ha hecho, a través de la historia, la eterna tragedia de España: Clero, Capitalismo y Ejército.

Lo terrible es que hoy todavía, el país que más adelante quiso ir, el que sentó los más grandes y definitivos jalones en el camino de la evolución humana; el país que hizo la más fundamental revolución de nuestro tiempo, ese país rico y miserable, magnífico y des-

graciado, sigue oprimido por las mismas fuerzas de reacción contra las cuales luchó Ferrer y que le mataron.

Hoy conmemoramos su muerte y para conmemorarla está aquí reunido, en esta Sala de la Mutualité, lo que Francia cuenta de más noble, de más generoso, de más abierto al mundo y al progreso. Hoy conmemoramos un crimen viejo de cincuenta años... Pero cuántos crímenes se han cometido todavía en España después de éste. Que lo diga el recuerdo de García Lorca, asesinado por haber escrito el «Romance de la Guardia Civil Española»; que lo diga la sombra de Carlos Rahola, fusilado a los 80 años por ser catalán y liberal, además de ser uno de los más grandes historiadores de España; que lo digan los miles y miles de obreros, de intelectuales, de hombres de izquierda que cayeron bajo los pelotones de ejecución o bajo los grupos volantes de Falange desde 1939 hasta la fecha.

Camaradas y amigos: Cincuenta años después, aún hemos de seguir denunciando al mundo los crímenes de la España inquisitorial, de la anti-España, último país del mundo donde, después de la Carta del Atlántico y de haberse vencido al fascismo, el fascismo existe y amenaza, desde allí, hasta las propias y precarias libertades de Francia.

Sólo os pido, en esta hora, en este acto que nos reúne en torno al recuerdo de ese mártir de la libertad de pensamiento, de la libertad de conciencia, de la libertad a secas, que fué Ferrer Guardia, que no olvidéis que España está aún sometida a una dictadura, sometida al absolutismo, dominada por la Iglesia y el Ejército. Que en España el fascismo existe y que, como la paz y la libertad del mundo debieron un día defenderse en el frente de Madrid, hoy al fascismo siempre vivo hay que combatirle en España, para no tener que luchar con él en los mismos países que se creen libres.



Julio de 1909. Construcción de una barriada en Barcelona

NO es, en este instante, esta sala en el corazón tumultuoso de París lo que mis ojos ven. Veo un alba livida sobre Barcelona dormida. Veo un hombre en la celda de los condenados a muerte del castillo de Montjuich. Ese hombre va a morir. Ha escrito ya las cartas para sus amigos y familiares: para su compañera Soledad Villafranca; para sus hijas Trinidad y Sol Ferrer; para su hijo Riego, nacido de su unión con Leopoldina Bonnard; para sus amigos Anselmo Lorenzo y Lorenzo Portet, ejecutores de sus últimas voluntades.

¿Cuál es el crimen que ha cometido ese hombre? Ha pretendido dotar a los trabajadores en particular y a la humanidad en general del arma que más temen los tiranos: la cultura, el conocimiento, la conciencia moral.

Era un hombre surgido del pueblo, un autodidacta, como somos la mayoría de los españoles. Un hombre dotado de una personalidad muy fuerte, con pensamientos originales y una inteligencia privilegiada. Lo que tampoco perdona los tiranos.

A través de los avatares de su vida agitada, ya de exilado político en Francia, en las postrimerías del siglo XIX, conoció y trató hombres que le iniciaron en ideas revolucionarias, dirigidas a crear entre los oprimidos movimientos de rebeldía, tomas de conciencia. Conoció y trató hombres que realizaban el ideal de una pedagogía sustraída a la doble influencia del Estado y de la Iglesia, de una pedagogía racionalista, inspirada en el pasado en lo que habían sido las ideas de Pestalozzi y orientada en el porvenir en lo que eran ya las prácticas de Paul Robin, de Reclus y de la pléyade de pensadores que quisiera servir a la evolución humana creando hombres libres, no esclavos sometidos a la doble tutela religiosa y política.

Cuando ya había generado en él este pensamiento creador, al que dedicó su voluntad de hierro y su energía sobrehumana, tuvo la suerte de que una anciana señorita, ganada a esta causa de una pedagogía libre, de una escuela moderna, muriese, dejándole su fortuna para dedicarla a esta obra.

Ferrer pensó entonces que el país donde más necesario era luchar contra la influencia religiosa, donde más preciso era enfrentarse con prejuicios milenarios que

Alocución de Hem Day

El centenario del nacimiento de Francisco Ferrer coincide con el aniversario de su asesinato. El año 1959, por este doble aniversario, marca una fecha memorable en los anales del librepensamiento.

En varias partes de Europa, en todo el mundo, el recuerdo del fundador de la Escuela Moderna ha suscitado simpatía y aprobación. Simpatía por la obra realizada en el dominio de la educación y del racionalismo; reprobación entera, total, del crimen del que fué culpable la España del cínico e insolente Alfonso XIII.

Es todo ello que, una vez más, nos reúne para la exaltación de esta figura humana que representa nuestro idealismo, Francisco Ferrer, librepensador que proclamó un día: «Tengo una fe tan grande en la educación racionalista para la regeneración humana, que sacrificaría gustoso mi vida si con ello pudiera contribuir a la implantación de ese sistema en todas las escuelas de los países que se estiman civilizados.»

Ferrer murió por su ideal, y los países que se estiman civilizados están lejos de haber adoptado la enseñanza racionalista en todas las escuelas.

Medio siglo después de la muerte del fundador somos testigos avergonzados de las comedias pífidas y solapadas que se representan con motivo de pactos escolares y concordatos de toda especie.

Ello nos incita a pensar de nuevo en la tragedia final de la vida de este hombre que intolerantes y fanáticos no vacilaron ni un solo instante en suprimir, con falsía de proceso bien intencionado.

Hoy, como ayer, nos cabe protestar y denunciar ese crimen a la par que nos es dable asociar Franco a Alfonso XIII por ser el primero siniestro continuador de la obra verduguista aplicada al pueblo español. Suprimiendo la persona y la obra de cualquiera que se yerga contra los designios fanáticos de las iglesias, de los curas de Estado y sus sayones sin conciencia, estos enemigos se dan por satisfechos.

Bélgica, el pueblo belga, fué, entre otros, uno de los que se levantó espontáneamente para condenar el crimen de sacerdotes y políticos y protestar con indignación contra la sentencia inicua que legalizó el asesinato de Ferrer perpetrado en el castillo de Montjuich. Tal protesta popular se fué amplificando más allá de lo previsto, hasta el punto de ser decidida la erección en Bruselas de una estatua para perpetuar la memoria de Ferrer y de su Escuela. Cristalizada esta idea, fué satisfactoriamente cumplida merced a una suscripción internacional abierta al efecto.

Tal vez resulte agradable recordar como la villa de Bruselas, en sesión del Consejo Comunal del 31



UNA VISTA DE LA SALA

de octubre de 1900, adoptaba por 31 votos contra 8 la proposición presentada por el doctor Depage, catedrático de la Universidad. Dice así el citado documento:

«El Consejo Comunal de Bruselas, considerando que la condena de Francisco Ferrer en las condiciones que se ha sustanciado entraña un señalado desprecio a las leyes de la civilización moderna; considerando que ningún Poder tiene facultades para suprimir a una persona porque ésta piense libremente, protesta indignado contra la ejecución de Ferrer y autoriza, en consecuencia, la erección, por suscripción pública, de un monumento digno de la capital en terreno municipal de la misma.

«El Consejo hace constar su deseo de que ese monumento adquiriera una significación elevada, marcando la condena de Bruselas a la intolerancia y glorificando al libre examen que, en el siglo XX, constituye un derecho sagrado del hombre.»

He aquí acuerdo excelente, limpio, preciso y sin reticencias de ninguna especie, y además seguido, a pocos días de diferencia, del manifiesto del Comité Internacional del Monumento a Ferrer del cual extraigo lo siguiente:

«La Humanidad cuenta con otro mártir. ¿Cómo conseguir vengarlo?»

«No insistiremos aquí en el justo castigo que merecen cuantos contrajeron responsabilidad evidente en el asesinato de Ferrer. Porque la venganza perfecta de un mártir es el triunfo de las ideas que los malos trataron de extinguir matándolo.

«Para asegurar ese triunfo precisa disponer al asalto a todos los defensores, glorificando la obra y al fundador de la misma. Y para asegurar ese triunfo solicitámonos

cómo honrar al mártir de la libertad del pensamiento y de la Escuela Laica.»

El Comité, si entrevió la necesidad imperiosa de erigir un monumento literario, es decir, de proyectar una luz estallante sobre la vida y la obra de Ferrer denunciando el atentado ignominioso de que fué víctima este hombre de cultura, decidió igualmente recordar su memoria dedicándole el monumento, idea que surgió diversamente al calor del suceso un día después de acontecido, o sea el 14 de octubre. Entonces sólo faltó coordinar los deseos para evitar una excesiva dispersión de participaciones. De varios monumentos propuestos, fué decidido que el primero sería emplazado en una plaza pública de la capital de Bélgica. Esta obra de arte recordatorio fué confiada al escultor Augusto Puttemans, que la ejecutó perfectamente, en armonía de un todo en ideal de belleza, serenidad y eclosión sentimental e idealista, en cuyo todo se encuentran el espíritu social, la elocuencia creadora y la voluntad de vencer, que tal es el personaje que empuña una antorcha levantándola hacia la eternidad. En esta obra de arte destaca una expresión profundamente realista en la que el esplendor de la carne armoniza con la gracia del estilo.

La inauguración del monumento dedicado a la memoria de la víctima de la libertad de conciencia tuvo efecto el 11 de octubre en la plaza de Santa Catalina en lugar de la plaza Surlet de Chokier, como primeramente había sido destinado. Era, pues, el monumento internacional confiado a la salvaguardia de una villa, Bruselas, que había autorizado enclavarlo en el corazón de su perímetro ur-

bano. La inscripción que lo ilustraba era como sigue:

*A Francisco Ferrer,
fusilado en Montjuich
el 13 de octubre 1909.
Mártir de la
Libertad de Conciencia.*

En las caras del zócalo estaban clavadas dos placas de bronce con otras tantas inscripciones, una de ellas del propio Ferrer diciendo: «La enseñanza racionalista puede y debe analizarlo todo situando previamente a los niños en la vía directa de la investigación personal». La otra era expresión de su defensor, Francisco Galcerán Ferrer, en la que este asegura: «Me hallo ante un proceso terminado sin que la instrucción, dedicada solamente a los

cargos, haya empleado un solo momento de indagar la verdad.»

Así se comprende mejor el doble carácter que reviste la decisión del Consejo Comunal de Bruselas, a saber:

«Un homenaje a la emancipación del pueblo y una condena infligida a la intolerancia criminal de los enemigos del Pensamiento y de la Libertad.»

El acuerdo del citado Consejo no tenía vuelta de hoja. Se comprometía a mantener ese monumento en toda su integridad y a conservarle la significación establecida por los suscriptores internacionales.

Inaugurado el 5 de noviembre de 1911 ante una multitud enorme, unas docenas de oradores enaltecieron con elocuencia la vida, la obra, el ideal de Francisco Ferrer y anatematizaron el asesinato de este precursor. Unánimemente, o con raras excepciones, la Prensa saludó con entusiasmo la descubierta del nuevo monumento.

No obstante, la estatua debía estar expuesta a ciertos avatares.

En plena ocupación alemana (guerra de 1914-18) el marqués de Villalobar, embajador de Alfonso XIII en Bruselas, solicitó del ocupante que derribara la estatua dedicada a Ferrer, dándole satisfacción los oficiales del Kaiser.

Terminada la guerra el Consejo Comunal de Bruselas tergiversó el espíritu popular negándose a reedificar el monumento destruido por el enemigo. Precizaron el estallido de numerosas protestas, la celebración de manifestaciones y mítins, las interrogaciones al Consejo, para obligar a esa autoridad a consentir el restablecimiento de la estatua. Hay que añadir que mientras tanto el burgomaestre había modificado su opinión en

el sentido de contentar a su amigo el marqués de Villalobar.

«No queremos ya más estatuas a Ferrer — afirmaba — al mismo tiempo G. Lorand —. Nada más contrario a las ideas, a la voluntad formal y a la modestia casi enfermiza del hombre que murió heroicamente en los fosos de Montjuich, que dedicarle un monumento.»

No es, concretamente, una estatua a Ferrer lo que se elevó de nuevo en la plaza de Santa Catalina, sino un monumento dedicado a honrar la memoria del mártir del Libre Pensamiento y del Libre Examen. Esta piedra noble más que nada resulta un símbolo. Como un genio de la humanidad, el personaje levanta lo más alto que puede y con su mayor voluntad de esfuerzo, la antorcha de la Libertad y del Progreso. Que ciertas gentes — los clericales en primer plano — coreados por algunos imbéciles trataran de ridiculizar lo que no está al alcance de sus entendederas, son libres de hacerlo. La Historia juzgará todo y a todos. De momento ya ha puesto en la picota a los asesinos de Ferrer y a cuantos intervinieron en la ignominia de su ejecución.

Cual lo recordó en septiembre último mi amigo Laisant al pie del monumento:

«En todas partes del mundo hay calles y plazas llevando el nombre de Francisco Ferrer. En ninguna parte existe vía pública ostentando el nombre de Alfonso XIII. Para nosotros librepensadores, o pensadores libres este monumento debe permanecer el símbolo de una estima dedicada a la memoria de un hombre libre, uno de los nuestros, mortalmente caído para afirmación y defensa de su ideal de justicia y libertad sociales.

«Enalteciendo la Escuela Moderna enaltecemos con fervor al mártir de la libertad, al impulsor del racionalismo humanista, al hombre enamorado del porvenir.

«Y es a Ferrer que exalto con ardor y entusiasmo sabiendo por qué lo hago y en toda fraternidad de pensamiento.

«Homenaje de reconocimiento, de gratitud y estima que arrebatan nuestro corazón e inspiran nuestra razón hacia Ferrer, cuyos actos reflexionados y practicados no cesan de concurrir en beneficio del progreso social.

«Exaltando la memoria de Ferrer le rendimos justicia y precisamos nuestro reconocimiento al hombre y a sus nobles inquietudes, al profesor y a su obra, gran-



OTRA VISTA DE LA SALA

diosa en acción y pensamiento; esta obra tanto más importante por cuanto en nuestros días el enemigo trata de reducir la inteligencia a los imperativos de la miseria, de la explotación, a una vida sin hermosura ni grandeza, destinada al automatismo extraordinario y amenazador.

«El homenaje que hoy aportamos a Ferrer se convierte en otro símbolo, éste de lucha contra

cuantos, religiosos o laicos, no cesan de ahogar por todos los medios el pensamiento libre. Y aquí se me acude recordar unas palabras de Ferrer pronunciadas poco tiempo antes de ser fusilado:

«Precisamente la locura de los que no comprenden la anarquía racional proviene de la cerrazón mental que les impide concebir una sociedad razonable.»

Inteligencia clara, carácter re-

cio, todo concurría al hecho de que Ferrer resultara un decidido adversario de la hipocresía y de los convencionalismos. En Ferrer el pensar y el hablar, sus actos y la acción para el cumplimiento de sus propósitos, formaban un todo armónico e indiscutible.

«¿Quién podía indignarse por tanta franqueza? Los que tenían interés en negar la generosidad de su ser profundamente humanista, los que por necesidad resistían reconocer la grandeza de alma de ese hombre siempre dispuesto a sacrificarlo todo, bienes y vida, para realizar sus ensueños de persona idealista.

Ferrer se atrajo el odio de cuantos explotan la credulidad e ignorancia de los pueblos. Los verdaderos móviles de su ejecución no son únicamente de orden clerical, sino igualmente o sobre todo de orden social.

Ferrer fué libertario, librepensador, franco-masón y pedagogo racionalista, y en él rendimos homenaje a una de las más bellas figuras contemporáneas, al precursor que nos ofrece un ejemplo de vida magnífica de acción consciente, de mentalidad serena, de filosofía generosa y de solidaridad y fraternidad universales.

La hipótesis Dios

DE todos los que hablan de Dios y creen o fingen creer en su existencia, ni uno sólo lo ha visto; no ha afectado ninguno de sus sentidos. No hay, pues, prueba de su existencia.

Eso es lo que decimos cuando *consideramos a Dios como un producto de la imaginación y del sentimiento.*

Hay a quien le agrada esta hipótesis.

No nos dirigimos a la multitud atrofiada, sino a los intelectuales.

Hay hombres de ciencia que, no consiguiendo sustrarse por completo a las impresiones profundas recibidas en su infancia, han conservado la idea hipotética de un absoluto, de un dios creador y regulador de todas las cosas; dios que también escapa a toda investigación científica y cuya admisión o no admisión no afecta en lo más mínimo a nuestros conocimientos positivos. Podemos, pues, afirmar sin que nos desmienta ninguno de esos pensadores: *La idea de Dios no tiene ninguna base científica.*

Algunos espíritus generosos han juzgado útil, para consolar los propios sufrimientos o aquellos de que son testigos, hacerse un ideal de justicia, de bondad y han creado su Dios a imagen de su corazón, del mismo modo que los hombres primitivos lo creaban a imagen de sus terrores.

Pero su Dios, aunque tan bueno y tan justo, no impide ningún mal. Los desgraciados retrasados contra los cuales se ejerce esa vieja y horrible institución llamada *vindicta pública* son casi todos

creyentes. Ni el miedo ni el amor de Dios han producido efecto sobre ellos; esos sentimientos no impiden a las naturalezas inferiores hacer el mal y son incapaces de impulsarlos al bien.

Esa creencia no tiene acción sobre el común de los mortales, y los verdaderos bienhechores de sus semejantes se cuentan lo mismo, sino en mucho mayor número, entre los incrédulos que entre los fieles.

Podemos, pues, añadir que desde el punto de vista actual la idea de Dios carece en absoluto de utilidad práctica.

Pero si, dejando la estadística social, consideramos la historia de un pueblo cualquiera horrorizan los infinitos crímenes de lesa humanidad causados por las extravagancias religiosas.

Sin embargo, ¿puede el ateísmo ser la base de una enseñanza para los niños? No lo creemos; no obstante, sus educadores deben estar penetrados de la indiscutible verdad de lo que precede.

En nuestra época de observaciones positivas no se inquietarán los niños por el problema filosófico de la existencia de Dios si no se les excita artificialmente por la enseñanza clerical. Niños educados con amplitud de miras enfrente de la naturaleza y del arte, con el máximo de libertad posible, no pensarán en Dios, y aunque se les haya enseñado esa vaga noción se les evaporará pronto ante las realidades naturales, artísticas e industriales.

Más tarde, en presencia de adul-

tos en quienes una educación falsa ha poblado sus cerebros de imágenes y de historias ilusorias, es cuando se ha de luchar con ardor para conjurar las consecuencias prácticas, reemplazando las ilusiones metafísicas por las verdades experimentales. Esa es la obra necesaria y urgente que corresponde a los librepensadores.

PAUL ROBIN

Ediciones de «Soli»

Rafael Barret: *Obras completas* (3 tomos), 2.250 frs. - Voltaire: *La revolución desconocida*, 1.350 frs. - Rodolfo Rocker: *Nacionalismo y cultura*, 1.350 frs. - M. Dommanget: *Historia del 1º de Mayo*, 1.200 frs. - Antologías: *El amor y la amistad*, *Cultura y civilización*, *La historia*, *La libertad*, 500 frs. cada uno. - Juan Rostand: *Lo que yo creo*, 300 frs. - Pedro Vallina: *Crónica de un revolucionario*, 280 frs. - J. M. Puyol Don Quijote de Alcalá de Henares, 100 frs. - Anselmo Lorenzo: *El poseedor romano y El patrimonio universal* (Edición popular), 30 frs. - Juan Ferrer: *Vida sindicalista*, 30 frs. - Luis Fabbrì: *Influencias burguesas en el anarquismo*, 100 frs.



Parlamento de Aristide Lapeyre



HACE un siglo nació Francisco Ferrer. ¡Y qué siglo! En toda Europa las revoluciones se han sucedido. Al crujir el viejo mundo, penosamente una sociedad nueva fuése dibujando. Los poderes quedaron enfrentados. Ante el capitalismo, el proletariado internacional se organizó en sindicatos o en partidos políticos; ante la Iglesia, el librepensamiento reivindicó sus derechos.

En periodos tan agitados un hombre que, como Ferrer se manifiesta sensible, inteligente, voluntarioso, no puede pasar por el caos sin aportar modificaciones profundas, a veces imperceptibles para sus contemporáneos, pero reales, aquéllas inextinguibles.

Fusilado contando 50 años apenas, Ferrer pasó como un meteoro, investigando ánimos e instituciones, tan vigorosamente, que la humanidad podría olvidar el nombre del maestro sin conseguir eliminar de su seno la marca eterna de la Escuela Moderna.

Abandonando su medio familiar rutinario, con una instrucción primaria y religiosa, a los catorce años tomó contacto con la vida real. ¿La vida real? Dependiente de comercio (ambiente restringido aún) pero con una fortuna al alcance de la mano: una biblioteca abundante, inteligentemente seleccionada, que le permitirá forjar-se una conciencia de hombre.

(El amigo Lapeyre relata cumplidamente el género de vida, los acontecimientos y las inquietudes interesando la existencia de Ferrer, que no transcribimos por existir constancia de tales sucedidos en este mismo número).

Por su contacto con el repúblico Ruiz Zorrilla, exilado y muerto en exilio, Ferrer podrá decir con fundamento de causa: «Mi colaboración con Manuel Zorrilla, persona que pudimos considerar el centro de la acción revolucionaria, me puso en contacto con muchos revolucionarios españoles y notabilidades francesas, frecuentación que me causó sensibles desilusiones. En varios de entre ellos observé egoismos hipócritamente disimulados, en otros, que reconozco más sinceros, pero con ideales insuficientes, no puede notarse

un profundo deseo de realizar la transformación radical que, yendo al extremo de las cosas, fuese garantía de una perfecta regeneración social.»

En tales contactos con los sectores republicano y socialista, Ferrer quedó convencido de que la política es inservible para la conquista de la liberación del individuo e inútil para verificar una transformación social definitiva en la que no quepan ya la explotación ni dominación de ninguna especie. En el Congreso de Londres, del que los libertarios fueron expulsados del Movimiento socialista al no querer participar en «la conquista del poder», Ferrer votó con ellos y abandonó la sala en su compañía.

Así, Ferrer evolucionó del republicanismo socializante al anarquismo. «Precisa que la obra de emancipación no sea encomendada a ninguna clase, a ningún partido, a ningún poder. Conviene que cuando piensen constituir un organismo, un poder cualquiera, los trabajadores entren en posesión de lo que legítimamente les pertenece: el usufructo de la riqueza y de los medios de producción, sin los cuales no existe garantía para la vida del obrero y su libertad consiguiente.

«Es necesario que los trabajadores, una vez triunfantes y en posesión de todos sus derechos, se constituyan en asamblea general de federados en cada localidad declarando solemnemente la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva, procediendo seguidamente a usar de los instrumentos de trabajo: tierras, minas, ferrocarriles, barcos, máquinas, etc., encargando la administración a los consejos locales de las federaciones respectivas.

«Es necesario, en fin, que el proletariado realice por sí propio la justicia (...).

«La finalidad de la revolución estimamos que debe concretarse en esos términos: 1) Disolución del Estado. 2) Expropiación de los detentores del privilegio social. 3) Organización de la sociedad sobre la base del trabajo a cargo de los aptos para la producción; distribución racional de los productos del trabajo; asistencia a los que por edad corta o excesiva quedan al margen del trabajo; educación física y científica integral de los futuros productores.»

Pero: ¿cómo se efectuará el paso de la sociedad autoritaria a la sociedad libre? Pues, mediante la huelga general, esta huelga general entonces tan debatida y de la que Aristides Briand hizo defensa tan calurosa.

Francisco Ferrer la adoptó desde otro ángulo, como la fórmula menos brutal, la más humana para derribar el poder capitalista. Para Ferrer la huelga general es esencialmente revolucionaria al

paralizar la vida del mundo viejo, dejando al pueblo que estar preparado en este sentido, pues no habría evolución real en tanto los obreros no renuncen al trabajo mercenario ni se sientan aptos para conducir de por sí mismos la organización y la administración sociales en beneficio de toda la colectividad. Mientras no alcancen ese estado de madurez sus luchas serán un fracaso o no hallarán otra suerte que arrancar el poder de unas manos para pasarlo a otras. De allí la obligación de instruirse, de iluminar, «a todos los trabajadores, o cuando menos a la minoría inteligente y activa siempre indispensable para las iniciativas transformadoras, con el objeto de que, conscientemente unidos, formulen la ciencia revolucionaria y practiquen la revolución por el único medio posible: la parálisis temporal del trabajo».

En aquel tiempo también los republicanos resentían la exagerada tiranía que ejercía la Iglesia católica sobre el país, pensando ya en un sistema escolar ajeno a la empresa religiosa. En Francia hay tanta necesidad de ello, que toda una serie de leyes y reglamentos tienden a reemplazar en la escuela oficial al catecismo religioso por el catecismo laico. Pero el mundo avanzado queda insatisfecho, emitiendo el principio de la escuela apartada a la vez del dogma religioso y del dogmatismo político estatal. Se trata ya de escuelas racionalistas destinadas al niño, creadas para el para permitirle su normal y propio desarrollo.

Precisamente el departamento del Sena en 1880 hereda una fortuna destinada a la educación de un número de niños de ambos sexos, lo más crecido posible, en un establecimiento situado en Cempuis, pequeña localidad del Oise. Fernando Buisson confió la dirección de la misma a Pablo Robin, persona de alta cultura que «... habiendo dimitido el cargo de profesor en 1856 se había instalado en Bruselas, donde fundó una asociación positivista con César de Paepe y Eugenio Hins. Seguidamente editó una pequeña revista educativa, «Le Soir», colaboró en «L'Education Moderne» y en «L'Utilité», publicó un «método de lectura» y tomó parte muy activa en la agitación socialista de entonces. Redactor científico de «La Liberté», periódico proudhoniano dirigido por Héctor Denis y Guillermo de Greff, terminó por afiliarse a la Internacional, Sección de Bruselas, en 1866.

«La minoría de esta Sección le encargó de redactar para el Congreso de Lausana (1867), un informe sobre enseñanza integral. Fué miembro del Consejo federal belga, luego secretario de sesiones y uno de los animadores más distinguidos de «La Internacional», portavoz de la Federación belga.

«Pablo Robin parecía haber escogido definitivamente Bruselas, cuya ciudad se había casado civilmente con la hija del librepensador Delasalle. Pero en la primavera de 1869 estallaron unas huelgas en Serasaing que motivaron una represión sangrienta seguida de una protesta de la internacional. Por haberla firmado, Pablo Robin fué expulsado de Bélgica, partiendo para Ginebra, donde fue acogido por Bakunin.»

He aquí al hombre al que el republicano Buisson confió la escuela de Cempuis.

Este centro educador abrió sus puertas en 1881 suscitando un escándalo inaudito al hacer sentar en los mismos bancos a niños y niñas. Por espacio de cuatro años y pese a los incesantes ataques de una escuela experimental para belicistas y clericales, Cempuis fué una pedagogía nueva, hasta el punto de que numerosos profesores públicos iban a cumplir estancia en la misma para estudiarla de cerca, siendo así como la enseñanza laica tomó cuerpo en el profesorado francés.

Cuando Francisco Ferrer vino a París en 1886 la escuela de Cempuis llevaba cinco años de existencia y estaba en plena florecencia. Fuertemente atacada y defendida, esta escuela se hizo tan popular que nadie ignoró su saludable experiencia.

Siendo franc-masón, Ferrer conoció al franc-masón Robin, quedando el primero muy impresionado por la obra de este pedagogo. «He aquí la escuela capaz de preparar al hombre libre y fraternal que anhelamos», se dijo.

Precisamente un poco más tarde Ferrer heredó un capital cuantioso, que destinó a la fundación de la escuela nueva. En varios lugares se erigían centros de enseñanza parecidos: en Bruselas la Universidad libre, las Universidades populares en Francia, después «La Ruche» de Sebastián Faure, y, en España, escuelas modernas instaladas en los sindicatos obreros, las sociedades librepensadoras y algunos centros republicanos.

Este movimiento respondía a una necesidad universal y Francisco Ferrer ocupó su lugar en hora debida. No era él el iniciador; pero cuando en 1901 abrió la Escuela Moderna de Barcelona se adelantó a las anteriores experiencias, aunque su idea verdaderamente genial fué la de establecer una suerte de federación de escuelas libres. Las de Francia funcionaban a su antojo, sin relación entre ellas, sin unidad pedagógica ni investigación común, de lo que resultó una dispersión de esfuerzos, de talentos y de dinero. Ferrer adicionó a su Escuela una editorial de la que salían los libros manuales para el conjunto de centros de enseñanza, estableciendo así un lazo de unión a la vez fuerte y libre.

Lavoisier: Reflexiones sobre la instrucción pública

Dictamen presentado por Lavoisier en la Convención en julio de 1793.

EL hombre nace con sentidos y facultades, pero no aporta consigo al nacer ninguna idea: su cerebro es una tabla lisa que no ha recibido ninguna impresión, pero está preparado para recibir las.

Esas impresiones le son comunicadas por los sentidos y se les da el nombre de *sensaciones*.

Pero si no nos llegan todas nuestras ideas más que por nuestros sentidos; si sólo por el ejercicio de nuestras facultades aprendemos a conocer las propiedades de los cuerpos que nos rodean, resulta que el niño que nace está obligado a aprender todo y a hacer, por medio de sus sentidos, un verdadero curso de conocimientos físicos. Es una cosa verdaderamente digna de la meditación de los fi-

lósofos esa formación de las primeras ideas de la infancia. Una observación atenta no permite dudar de que el niño procede al conocimiento de las propiedades de los cuerpos, pasando de lo conocido a lo desconocido, siguiendo un método sucesivo y muy aproximado al que emplean los geómetras: para esos experimentos no se necesitan máquinas costosas; todos los cuerpos que le rodean le sirven de instrumentos.

Poco tiempo después de su nacimiento comienza un curso de óptica y de perspectiva. Todos los objetos le parecen al principio colocados sobre un mismo plano; pronto aprende a apreciar los tamaños y las distancias, y rectificar por el tacto los errores del ojo, a conocer la figura de los cuerpos por la proyección de las sombras y por los efectos del claroscuro.

Estudia casi al mismo tiempo los efectos de la pesantez, los del choque de los cuerpos; no sabe, como los físicos, que todos los cuerpos se atraen en razón directa de la masa y en razón inversa del cuadrado de la distancia; que su acción, cuando están en movimiento, se mide por la masa multiplicada por la velocidad, pero esa precisión no le es necesaria. La naturaleza, que vela por su conservación, que refiere todo a sus necesidades, se contenta con enseñarle que la caída de un cuerpo es tanto más temible cuanto de más alto cae; que una piedra hace tanto más daño al que recibe con ella un golpe cuanto más gruesa es, cuanto más dura y con cuanta más fuerza ha sido lanzada.

Un poco más avanzado en edad, el desarrollo de sus fuerzas le permite hacer un curso de mecánica.

El palo que cae entre sus manos es para él la más fuerte de las máquinas, la palanca. La pelota, que le devuelve la pared o que salta sobre el suelo, le da nociones elementales del choque de los cuerpos y de las leyes del movimiento reflexivo. La reguera que practica a lo largo de un arroyo le hace conocer los principios de las leyes del equilibrio de los fluidos; le enseña esa propiedad tan notable, tan fértil en aplicaciones, en virtud de la cual se colocan siempre todas las partes de la superficie en un plano riguroso de nivel.

Tales son las primeras lecciones de la naturaleza, que les da forma en juegos; así, para los niños, jugar es estudiar y quien no haya empleado en jugar los primeros años de su infancia no llegará jamás a ser hombre. ¡Dichosa infancia!; en esa primera educación adquiere ideas justas, porque las recibe de las cosas, y los hombres no mezclan con ellas sus preocupaciones ni sus errores. Se acerca el momento en que vendrán a arrancarle de las manos de tu soberana institutriz y en que, después de haber hecho un curso de verdades físicas, comenzarán un curso de errores morales. Tal era, a lo menos hasta el presente, la suerte que te estaba reservada, y para reclamar contra la violación de tus derechos, contra esa infracción de las leyes de la naturaleza, te prestamos hoy nuestro organo.

La naturaleza ha dado al niño cierta dosis de fuerza y de facultades el máximo de sus esfuerzos es limitado; pero añadiendo a sus órganos, a sus instrumentos naturales, los instrumentos de arte, se hace capaz de producir nuevos efectos, en este punto comienza la educación del hombre. Tratemos de demostrar cómo puede concurrir con la de la naturaleza, cómo debe ser su continuación.

Un niño no puede, por la sola fuerza de sus brazos por el solo peso de su cuerpo, introducir en la tierra la estaca destinada a formar una empalizada; pero las artes le ofrecen el mazo, cuya masa, multiplicada por la velocidad que el imprime el brazo, produce enseguida el efecto deseado.

El clavo, que no puede introducirse en una tabla por la sola fuerza de sus manos ni por la presión, a menos de emplear un cuerpo excesivamente pesado, cede al choque del martillo que le empuja, y de ahí también el instrumento del arte añadido al brazo y a la mano, es decir, a los instrumentos de la naturaleza.

El martillo produce tanto más efecto cuanto es más pesado y su masa se aplica al extremo de una palanca mayor, o, dicho de otro modo, cuanto más largo es el mango: es necesario que introduzca el clavo sin estropearle, sin romperle, sin aplastarle; de ahí la necesidad de emplear martillos de diferentes masas y mangos, según el efecto

Final del mitin de París

La Editorial de la Escuela Moderna no publicó solamente textos escolares, sino que enriqueció su acervo editando las obras más relevantes de los grandes pensadores, científicos y pedagogos. Estableció además un círculo de familiares de alumnos en torno a la Escuela, y de adultos deseando ampliar sus conocimientos.

Los alumnos mayores no abandonaron la Escuela al integrarse al trabajo. Participaban a las fiestas mezclados con los educandos menores. A la vez los maestros preparaban a los alumnos más aventajados para que pudieran ejercer el profesorado en otras escuelas nuevas. En total, que un trabajo gigantesco para el cual Ferrer realizó concursos brillantes y desinteresados, se iba cumpliendo en aquella España tan rematadamente ignorante y pobre, observándose simpatía por la obra de Ferrer por doquier se manifestara la presencia de un intelectual libre de prejuicios.

En Francia los clericales necesitaron catorce años para desembarazarse de Pablo Robin. En España la lucha entablada por la Iglesia fué vil, feroz y sin cuartel. Secundado el clero por príncipes, militares y policías, el combate no debía terminar sino con el asesinato de Ferrer, este sér sorprendente en amor, abnegación e inteligencia.

En 1906, en una de las fiestas anuales de la Escuela Moderna, coincidente en viernes santo, estuvieron presentes unos miles de amigos, entre ellos 1.700 alumnos de diversas escuelas racionalistas de España. Para la reacción era demasiado.

En mayo el rey Alfonso XIII se casó, recibiendo una bomba que explotó en medio del cortejo. Los soberanos salieron ilesos del suce-

so, pero el séquito sufrió 14 muertos y unos 70 heridos. El autor del atentado, Mateo Morral, hijo de un opulento fabricante de Sabadell, consiguió salvarse; pero descubierto, se dió la muerte. Del hecho, la resultancia judicial quedaba extinta. Mas, so pretexto de que Morral había sido empleado en la Escuela Moderna, el profesorado de la misma y Ferrer fueron detenidos. La Escuela quedó judicialmente clausurada.

Tras un largo encierro Ferrer fué juzgado y absuelto. Ciertamente, había mediado una enérgica protesta universal, además de la inocencia del encausado.

Ferrer, cuyas relaciones eran ilimitadas, no perdería un solo instante. Lo hecho por la educación racionalista en España lo intentaría en el ámbito internacional. Su experiencia había tenido inmenso eco en los medios culturales europeos, en Francia particularmente, donde la separación de la Iglesia del Estado y el voto de leyes laicas habían abierto vía libre a la escuela del porvenir. En efecto, en este país de concepciones políticas y religiosas tan diversas, la idea de una escuela descargada de arcaísmos, de una escuela que no complicara a los niños en las querellas de los mayores, tomó rápidamente cuerpo. No todos los maestros tenían formación adecuada ni, generalmente considerados, una concepción limpia de la obra que les estaba encomendada, si bien los más generosos tomaron contacto con las escuelas nuevas, experimentales, por ejemplo, «La Ruche», formándose en lo que se ha dado en llamar el «espíritu laico». Esta situación particular de la escuela en Francia la hizo más receptiva que en otros lugares, pudiéndose decir que esta institución, actualmente lo suficiente madura

para tomar a su cargo la educación nacional, encontró apoyo, inspiración, equilibrio, en las escuelas aulaces y libres.

Una vez fuera de la celda Ferrer pudo abrir la E. M. y emprendió la fundación de una Liga internacional para la Educación Racional de la Infancia, apoyándose en la revista internacional «L'Ecole Renouée», con el fin de organizar en cada país la lucha verdadera contra la ignorancia, la emancipación moral del hombre mediante la libre educación del niño. En Francia presidente de la Liga lo fué Anatolio France, cuya influencia ejercida sobre el cuerpo enseñante es bien conocida. Obra inmensa, ilimitada; obra jovial y gloriosa, que debía ser terminada mediante el crimen dispuesto por el clero español, servilmente obedecido por Alfonso 13.

Coincidencia de un viaje a España con la revolución de Barcelona entablada contra la guerra de Marruecos. Detención del inocente. Proceso increíble al margen de toda humanidad y de todo derecho. Condena a muerte y, ante los soldados que se aprestan a aniquilar la magnífica y radiante vida del maestro, la última lección de éste en la mañana del 13 de octubre de 1909 diciendo, con voz firme: «Hijos míos, apuntad bien; vosotros no tenéis la culpa. Soy inocente. ¡Viva la Escuela Moderna!»

En 1912, el gobierno español reconocía la inocencia de Francisco Ferrer restituyéndole los bienes...

Cinco discursos de los varios pronunciados en el mitin celebrado el día 9 de octubre de 1959 en el «Palais de la Mutualité» de París.

Lavoisier: Reflexiones sobre la instrucción pública



que se quiere producir; de ahí las reglas relativas al empleo del martillo en las artes, desde el del relojero hasta el del herrero o el moñón del constructor.

El cuchillo divide el pan con mucha facilidad; pero si los dos planos que terminan la hoja, en vez de formar un ángulo de diez o doce grados, formasen uno de treinta, el esfuerzo del hombre más robusto no bastaría para hacerle penetrar en el pan; de ahí toda la teoría de la construcción del cuchillo, todo lo que es necesario conocer para los usos de la sociedad, de las propiedades de la cuña y del plano inclinado.

¿Está destinado el instrumento cortante a dividir cuerpos más duros? ¿Quiere emplearse en separar las fibras de la madera en el sentido de su longitud? Preciso será que el nuevo instrumento tenga bastante fuerza para soportar los esfuerzos de la masa que ha de oponérsele, y de ahí los dos lados del plano inclinado que se separan, la cabeza del instrumento que aumenta, la cuña que se forma.

¿Se quieren cortar oblicuamente esas mismas fibras de la madera? El cuchillo sería algo débil; se necesita darle más fuerza, más masa, y se presenta la podadera, cuyo aumento se halla acrecentado por la velocidad que se le imprime. Ese instrumento no es aún bastante fuerte para las obras de armadura, no tiene golpe suficiente; se le reemplaza con el hacha, que es más pesada y cuyo efecto se aumenta todavía por la disposición del mango.

Si se quieren cortar las fibras de la madera por un plano que les sea perpendicular, ni la podadera ni el hacha son a propósito para el caso; se necesita la sierra.

Tales son los principios elementales del arte de trabajar la madera; casi no hay estado en la sociedad en que no hayan de hacerse aplicaciones de ellos: sobre todo son indispensables a los que se ocupan de trabajos campestres.

Las nociones elementales del arte de trabajar los metales no son mucho más difíciles de reunir en tratados cortos y elementales; están al alcance de los niños, y es fácil, en forma de diversiones, armarlos de todos los instrumentos del herrero y del cerrajero.

El desarrollo de los principios que sirven de base a la agricultura no presentan ideas mucho más complejas, consistiendo, el objeto de este arte, en obtener, con los menores gastos, la mayor masa de producciones posible. En algunas plantas, como en las patatas, la raíz es el objeto del cultivo; en otras, como en muchas legumbres y verduras, es toda la planta; en el trigo y la cebada, es el grano contenido en la espiga; en el azarón, es el pistilo de las flores, etc. Esas primeras observaciones conducen naturalmente a la distinción de las diferentes partes que constituyen los vegetales; el examen de las raíces, de los tallos, de las hojas, de las flores y de los frutos, con cortas explicaciones sobre el uso de esas diferentes partes, esos objetos están continuamente a la vista de los niños en los campos; sólo se trata de fijar su atención sobre lo que ven todos los días.

Las diferentes plantas que produce la naturaleza no se encuentran indistintamente en todas partes: unas existen en los valles, en los prados, en los lugares húmedos; otras en los ribazos, en las montañas, en los lugares áridos. De ahí todas las observaciones relativas a la exposición, a la calidad de las tierras; los medios de corregirlas por las mezclas y de añadirles artificialmente el principio de producción que les falta y toda la teoría de los abonos. Tales son las bases principales de un curso de agricultura; ¿dónde se enseñará ese arte bienhechor de la humanidad más que en los campos y a los que han de dedicar su existencia al cultivo de las tierras?

No es quizá mucho más difícil inclinar a los niños a concepciones de un orden más elevado, hasta los conocimientos de geometría práctica. La idea de longitud, de anchura y de profundidad les es familiar casi desde los primeros días de su existencia: sólo se trata de dirigir su atención y de inducirles a reflexiones sobre lo que ya saben.

Toda la teoría de la agrimensura se deriva de las nociones más sencillas sobre la naturaleza de las superficies la ciencia de la cubicación procede de la definición del sólido. No hay peón ni jornalero que no conciba métodos para cubicar una zanja o una excavación cualquiera, para evaluar una obra; ¿por qué el mismo individuo no ha de aprender por principio lo que aprende fácilmente por rutina?

La física experimental suministra a todas las artes y a todos los

hombres, en cualquiera circunstancia en que se encuentre, los instrumentos necesarios; esta rama de las ciencias debe entrar en el plan de una educación primaria.

Todos los cuerpos aumentan en todas sus dimensiones cuando se les calienta; disminuyen en la misma proporción cuando se les enfria; hagamos sensible este efecto, de cualquier modo, y tendremos un termómetro.

Vivimos en un fluido elástico y raro, el aire, casi como los peces en un fluido más denso, el agua. Una propiedad de los fluidos contenidos en tubos que comunican juntos por su parte inferior consiste en conservarse en equilibrio a una altura que está exactamente en razón inversa a su peso específico. Treinta y dos pies de agua hacen equilibrio con una columna de aire igual a la altura de la atmósfera; de ahí la teoría de las bombas. Veintiocho pulgadas de mercurio hacen equilibrio con esta misma columna: de ahí el barómetro y todos los fenómenos que acompañan sus variaciones.

La botánica y la historia natural son también estudios que convienen a la infancia. No hay niño que no recoja flores, insectos y conchas; tocar, examinar, disecar: todo es una necesidad de la infancia; guardémoslos de contrariarla ya que podemos dirigirla de una manera útil.

La lectura y la escritura son un instrumento de las artes, y es necesario que el hombre de todos los estados sepa utilizarle. Este instrumento establece una relación entre los hombres de todas las edades y de todos los países y conserva el equilibrio entre todos los conocimientos esparcidos sobre la superficie del globo; es un preservativo contra la superstición, contra el abuso de poder; es el primer garante de la libertad. Hay diferentes géneros de conocimientos que es en extremo difícil enseñar a los

niños cuando no saben escribir; tales son las reglas del cálculo, que forman una de las partes más esenciales de la educación primaria.

Pero al poner ese instrumento en la mano del hombre, temamos hacerle un presente funesto; temamos introducir en su espíritu la idea de la palabra trazada sobre el papel, en lugar de la idea de la cosa que esa palabra ha de recordar. Que en todas partes, en los libros que se entreguen al niño, la idea principal que se intente grabar en su entendimiento se haga sensible por grabados y por imágenes; que la lengua escrita sea para él, en cuanto sea posible, la lengua de los jeroglíficos, de manera que la idea no se separe jamás de la palabra. Dirigiendo así hacia objetos sensibles todas las partes de la educación primaria, sujetándose a seguir el método de la naturaleza, no solamente se formarán hombres, sino que se operará una perfectibilidad gradual en las cualidades intelectuales de la especie humana; en veinte años, las mismas obras que se crearán hoy fuera del alcance de los niños, parecerán mucho más sencillas, porque contendrán conocimientos familiares a todos. Será preciso, pues, renovarlos, y así de generación en generación, de modo que la colección de las obras clásicas, redactadas en diferentes épocas, será la medida de los progresos de la humanidad.

Acabamos de recorrer los dos primeros periodos de la vida humana: hemos examinado cuál es la primera educación que la naturaleza da a los niños; lo que los hombres reunidos en sociedad pueden agregar. Este primer grado de instrucción social, que debe ser común a todos los hombres, debe ponerse al alcance de todos; es un deber que la sociedad cumple con la infancia; debe ser, por consiguiente, gratuito.

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948.

Giros: C. C. P. Paris 1350756 — Roque Llop, 24,
rue Ste-Marthe - PARIS (X°)

Téléfonos: Red. y Adm.: BOT 22-02 — Talleres: BEL 27-73

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

Trimestre	210 francos
Semestre	420 »
Año	840 »
Precio del ejemplar corriente	70 »



La educación del porvenir

por Francisco Ferrer Guardia

La idea fundamental de la reforma que introducirá el porvenir en la educación de los años, consistirá en reemplazar, en todos los modos de actividad, la imposición artificial de una disciplina convencional por la imposición natural de los hechos.

Considérese lo que se hace al presente: fuera de las necesidades del niño, se ha elaborado un programa de los conocimientos que se juzgan necesarios a su cultura, y, de grado o por fuerza, sin reparar en los medios, es preciso que los aprenda.

Pero únicamente los profesores comprenden ese programa y conocen su objeto y su alcance; no el niño. He ahí de dónde proceden todos los vicios de la educación moderna. En efecto, quitando a los voliciones y a los actos su razón natural, es decir, la imposición de la necesidad del deseo; pretendiendo reemplazarla por una razón artificial, un deber abstracto, inexistente para quien no puede concebirlo, se ha de instituir un sistema de disciplina que ha de producir necesariamente los peores resultados: constante rebelión del niño contra la autoridad arbitraria de los maestros; distracción y pereza perpetuas, mala voluntad evidente. ¡Y a qué maniobras han de recurrir los profesores para dominar la irreductible dificultad! Por todos los medios, algunos indecorosos procuran captar la atención del niño, su actividad y su voluntad, siendo los más ingeniosos en tales prácticas considerados como los mejores educadores.

Tiéñense por dichosos cuando logran una apariencia de éxito; pero no se llega jamás sino a las apariencias, allí donde el objeto artificial reemplaza la razón única y superior de la acción, la necesidad que se impone la necesidad. Todo el mundo ha podido sentir que el solo trabajo que determina el deseo es realmente valedero. Cuando desaparece esta razón sobrevienen la negligencia, la pena y la fealdad.

En nuestras sociedades la razón artificial del trabajo tiende a reemplazar por todas partes la imposición lógica y saludable de la necesidad; del deseo natural de conseguir un resultado, de realizar; la conquista del dinero aparece a los ojos de los hombres de nuestra época como el verdadero objeto del esfuerzo. Pero es lo cierto que la educación moderna no hace nada para reaccionar contra esa concepción perniciosa, sino todo lo contrario. Por eso aumenta de día en día la caza única del dinero en sustitución del hermoso instinto del cumplimiento que se encuentra en los únicos hombres cuyas voliciones no han sido falseadas, a quienes ha quedado la razón normal del acto y que trabajan para realizar lo que han concebido, en un noble desprecio del dinero. ¿Cómo podría

exigirse que unos individuos que han sido acostumbrados desde la infancia a obrar por voluntad ajena, bajo la presión de la ley exterior, en vista de un resultado cuya importancia no comprenden — ya que la significación del trabajo se define sencillamente por el castigo y la recompensa — fuesen capaces de interesarse en lo que hace la belleza, la nobleza del esfuerzo humano, su lucha eterna contra las fuerzas ciegas de la naturaleza?

La mala concepción de la educación ha causado la enfermedad orgánica de nuestras sociedades: la necesidad de llegar a ser algo, de gozar; el desprecio, el odio al trabajo, el ansia de la vida, que no sabe cómo satisfacerse; la bestialidad espantosa de los seres que se odian y tratan de destruirse mutuamente. Se ha olvidado que lo que es preciso defender y conservar a toda costa en el hombre es el juego natural de sus actividades, las cuales, todas, deben dirigirse y desplegarse hacia el exterior en el sentido de todo el esfuerzo social. *¡La lucha por la existencia!* ¡Cómo se ha abusado de esa frase, y qué a propósito ha venido para excusar tantas infamias: Y también ¡qué mal ha sido comprendida! Se entiende de manera que es hasta la negación de los principios naturales de la sociedad: en ninguna parte en la Naturaleza se encuentra ejemplo de la aberración que se la quiere hacer que exprese. No hay organismo, no hay colonia animal donde los elementos individuales traten de destruirse mutuamente, al contrario, todos juntos luchan contra las influencias hostiles del medio, y las transformaciones funcionales que se cumplen entre ellos son diferenciaciones necesarias, cambios saludables en la organización general, no destrucciones.

Ante todo es preciso que la vida sea tal, llegue a ser tal, que el hombre trabaje y luche únicamente para ser útil a sus semejantes, y para esto se necesita sencillamente que guarde y fortifique en sí mismo el instinto de defensa contra las fuerzas hostiles de la Naturaleza, que haya aprendido a amar el trabajo, por los goces que procuran los cumplimientos queridos, propuestos y larga y obstinadamente trabajado para conseguirlos; que comprenda la extensión inmensa y la belleza sublime del esfuerzo humano. Nuestros grandes hombres, nuestros inventores, nuestros sabios, nuestros artistas, los son porque han conservado la excelente cualidad de querer, no contra sus semejantes, sino para ellos. A los ojos de sus contemporáneos pasan por seres extraños, y, siendo los que más en consonancia se hallan en el

conjunto armónico de las leyes de la existencia, antes de alcanzar el éxito son tenidos por visionarios.

Una edificación racional será, pues, la que conserve al hombre la facultad de querer, de pensar, de idealizar, de esperar; la que esté basada únicamente sobre las necesidades naturales de la vida; la que deje manifestarse libremente esas necesidades; la que facilite lo más posible el desarrollo y la efectividad de las fuerzas del organismo para que todas se concentren sobre un mismo objetivo exterior la lucha por el trabajo para el cumplimiento que el pensamiento reclama.

Se renovarán, pues, por completo las bases de la educación actual: en lugar de fundar todo sobre la instrucción teórica, sobre la adquisición de conocimientos que no tienen significación para el niño, se partirá de la instrucción práctica, aquella cuyo objeto se le muestre claramente, es decir, se comenzará por la enseñanza del trabajo manual.

La razón de ello es lógica. La instrucción de por sí, no tiene utilidad para el niño. No comprende porque se le enseña a leer, a escribir, y se le atesta la cabeza de física, de geografía, o de historia. Todo eso le parece perfectamente inútil y lo demuestra resistiéndose a ello con todas sus fuerzas. Se le llena de ciencia, y lo desecha lo más pronto posible, y nótese bien que en todas partes, lo mismo en la educación intelectual, la razón natural ausente se reemplaza por la razón artificial.

Se trata de fundar sobre la razón natural. Para esto nos basta recordar que el hombre primitivo ha comenzado su evolución hacia la civilización por el trabajo determinado por la imperiosidad de lo necesario; el sufrimiento le ha hecho crear medios de defensa y de lucha, de donde han salido poco a poco los oficios. El niño tiene en sí una necesidad atávica de trabajo suficiente para reemplazar las circunstancias iniciales, al que basta sencillamente con secundarle. Organícese el trabajo en su derredor, manténgase en la disciplina lógica y legítima de su cumplimiento, y se llegará fácilmente a una educación completa, fácil y saludable.

No tendremos que hacer más que esperar que el niño venga a nosotros. Basta haber vivido un poco la vida del niño para saber que un irresistible deseo le impulsa al trabajo. ¡Y cuanto se hace para aniquilar en él esa buena disposición! ¿Quién osará después hablar de vicio y pobreza? Un hombre y un niño sanos tienen necesidad de trabajar; lo prueba la historia entera de la humanidad.

El niño abandona poco a poco

el juego, que no es en sí más que una forma de trabajo, una manifestación innata de este deseo de actividad que no ha encontrado dirección aún ofusca su razón de ser en el gusto atávico de la lucha subsistente desde los periodos primitivos de la vida humana; abandona el juego bajo el impulso de la necesidad que nace lentamente y del atractivo del ejemplo: se trabaja cerca de él y aspira con todas sus fuerzas al trabajo.

Entonces se interpone la influencia del educador; influencia oculta indirecta; su ciencia de la vida le ayuda a comprender lo que sucede en el niño, a distinguir sus deseos, a suplir la incertidumbre y la inconciencia de sus voluntades; sabe ofrecerle lo que pide; le basta estudiar la vida primitiva de los salvajes para saber lo que desea cumplir.

Y en la continuación todo será fácil, natural, sencillo. El oficio tiene su lógica inflexible: conduce el trabajo mejor que lo que podría hacerlo la alta ciencia; bastará que los profesores no dejen desviarse hacia las imperfecciones del trabajo primitivo, hacia un esfuerzo ignorante, sino que le impondrán tal como ha llegado a través de los progresos de los pueblos avanzados hasta la voluntad del niño, exigiendo de él el esfuerzo de una realización en la cual se entrelazarán todos los conocimientos humanos necesarios.

Fácilmente se comprende que todo oficio en nuestros días, para ser convenientemente conocido y ejercido, se acompaña de un trabajo intelectual que necesita los conocimientos que constituyen precisamente el conjunto de esta instrucción que al presente se limitan a inculcar teóricamente. A medida que el niño avance se tendrá cuidado de no ahogar esa necesidad, sino que, al contrario, una vez sentida y manifestada se le facilitarán los medios de satisfacerla, y entonces se instruirá lógicamente en virtud de las necesidades mismas de su trabajo, teniendo siempre a la vista la causa determinante de su querer.

Es inútil insistir sobre la cualidad de semejante trabajo y los excelentes resultados que necesariamente ha de producir. Por la combinación de los oficios podrán adquirirse los conocimientos necesarios a una educación mucho



La enseñanza: ¿Libertad o monopolio?

por Sebastián FAURE

EN materia de enseñanza, cuando se habla de libertad ¿de qué libertad se trata? ¿De la del padre de familia, de la del Estado o la del niño? ¿Qué intereses han de ponerse a salvo: los de los que dan la enseñanza o los de los que las reciben? ¿En qué derechos conviene inspirarse sino en los del destinado a ser beneficiario o la víctima de la enseñanza?

Como quiera que se plantee el asunto la respuesta ha de ser la misma: hay que asegurar la libertad; poner a salvo los intereses y garantizar el derecho del niño.

La figura del niño domina el problema, y en este punto de partida firme y lógico no puede haber equívoco ni confusión.

¿A quién pertenece el niño? A la familia, según unos; al Estado, según otros.

Los primeros reservan exclusivamente a los padres el derecho de darle educadores y la enseñanza de su elección. Los segundos proclaman que el niño, futuro ciudadano, perteneciendo al Estado, éste tiene únicamente la facultad de educar e instruir.

Los partidarios del derecho paternal, denominándose liberales, quieren una libertad que se convierte en la tiranía paternal y en la confiscación de la libertad del niño. Los partidarios del derecho del Estado van al monopolio, al despotismo gubernamental y a la domesticación de las inteligencias infantiles.

Pues a la pregunta: ¿a quién pertenece el niño? respondo resueltamente: ni a la familia ni al Estado, sino a sí mismo. Y el supuesto derecho de la familia y del Estado, cuyas entidades no tienen respecto del niño débil, ignorante y desarmado más que deberes, opongo el derecho del niño.

El niño tiene derecho al pan del cuerpo, desarrollo físico; al pan de la inteligencia, desarrollo intelectual; y al pan del corazón, desarrollo de su ser afectivo; en consecuencia, la educación tiene por fin: físicamente, formar cuerpos sanos, robustos y bellos; in-

telectualmente, constituir inteligencias cultivadas, y moralmente desarrollar corazones buenos, generosos y fraternales.

En lo tocante a la enseñanza, es decir, a la constitución de inteligencias cultivadas, ¿qué conviene hacer?

En este punto es deber doble: 1.º *Negativo*. Alejar la inteligencia del niño del error, de la preocupación y de la mentira. 2.º *Positivo*. Hacer que el niño conozca y ame la Verdad.

Pero ¿dónde está la Verdad, quién la posee? ¿quién puede considerarse su detentador?

A esta capitalísima pregunta

respondo: la Verdad no existe, se crea; no está detrás de nosotros, sino delante; es como la ciudad que se va edificando y que cada día se embellece e ilumina.

Únicamente los dogmáticos y los metafísicos pueden enorgullecerse vanamente con la posesión de la verdad y creerse con derecho a imponerla a los demás. Usen o no sotana, enseñen en nombre de la Religión o del Estado, esos dogmáticos son siempre peligrosos y como tales han de ser rechazados.

Ya que la verdad se halla dentro de nosotros, es necesario dejar al niño que busque por sí mismo esa verdad cada vez más grande y lu-

minosa hacia la cual nos dirigimos.

Si no poseemos la verdad, poseemos unas verdades.

Estas verdades son las nociones de las ciencias ya ciertas, demostrables y evidentes; son los conocimientos adquiridos, las realidades positivas, las proposiciones comprobadas y comprobables.

Estas verdades, en una palabra, forman el conjunto de conocimientos ciertos que constituyen en lo presente el *capital intelectual de la humanidad*.

Poner este capital-saber (comunismo cerebral) a la disposición de todos los niños, es lo que de nosotros exige el derecho de ese pequeño ser inteligente en periodo de formación y desarrollo.

Una escuela moderna

GRANDEMENTE invitados, tuvimos el gusto de asistir a la inauguración de la nueva escuela que bajo el expresado título se ha instalado en la calle de Ballén.

El porvenir ha de brotar de la escuela. Todo lo que se edifique sobre otra base es construir sobre arena. Mas, por desgracia, la escuela puede lo mismo servir de cimiento a los baluartes de la tiranía que a los alcázares de la libertad. De este punto de partida arrancan así la barbarie como la civilización.

Por esto nos congratulamos al ver que hombres patriotas y humanitarios, comprendiendo la trascendencia de esta función social, que nuestros gobiernos tienen sistemáticamente preterida y los pueblos confiada a sus eternos enemigos, se adelantan a llenar tan sensible vacío creando la Escuela Moderna, la verdadera escuela, que no puede consistir en la satisfacción de intereses sectarios y rutinas petrificadas, como ha sucedido hasta el presente, sino en la creación de un ambiente

intelectual donde las generaciones recién llegadas a la vida se saturan de todas las ideas, de todos los adelantos que aporta sin cesar la corriente del progreso.

Mas esta finalidad no puede lograrse sino por la iniciativa privada. Las instituciones históricas, contaminadas con todos los vicios y las pequeñeces del presente, no pueden llenar esta hermosa función. A las almas nobles, a los corazones altruistas, está reservado abrir la nueva senda por donde se han de deslizar las nuevas generaciones a más felices destinos.

Esto han hecho, o por lo menos intentan, los fundadores de la modesta Escuela Moderna que hemos tenido ocasión de visitar, galantemente invitados por quienes han de regirla y por los que se interesan por su desenvolvimiento. No se trata de una explotación industrial, como en la mayor parte de las exhibiciones de esta índole, sino de un ensayo pedagógico cuyo tipo sólo encontraríamos en la *Institución libre de enseñanza* que existe en Madrid, si lo hubiéramos de buscar en nuestra patria.

Brillantemente lo expuso el señor Salas Antón en el discurso-programa que en tono familiar pronunció ante el pequeño núcleo de periodistas y personas que asistieron a la pequeña fiesta de la exhibición del local donde habrá de desarrollarse el trascendental pensamiento de educación de la niñez en toda la verdad y sólo en la verdad, o lo que como tal está demostrado. Nos limitaremos a recordar, como idea culminante entre las que oportunamente dijo dicho señor, que no se trata de crear un ejemplar más de lo que hasta hoy se ha conocido aquí con el nombre de Escuela laica, con sus apasionados dogmatismos, sino un

observatorio sereno, abierto a los cuatro vientos, donde ninguna nube obstruya el horizonte ni se interponga a la luz del humano conocimiento.

Excusado es, por consiguiente, decir que en la Escuela Moderna tendrán representación proporcionada todos los conocimientos de carácter científico, servidos por los más progresivos métodos que hoy conoce la Pedagogía, así como por los instrumentos y aparatos que son las alas de la ciencia y el medio conductor más potente para obrar en la inteligencia de los educandos. Como la más compendiosa fórmula se puede decir que las lecciones de cosas sustituirán allí a las lecciones de palabras, que tan amargos frutos han dado en la educación de nuestros compatriotas.

Basta echar una ojeada por las modestas salas de aquel establecimiento incipiente para convencerse de que ofrecen condiciones a propósito para cumplir tan valiosa promesa. El material, tan descuidado en la enseñanza de nuestro país, tanto oficial como privada se halla en la Escuela representado por láminas de fisiología vegetal y animal, colecciones de mineralogía, botánica y zoología; gabinete de física y laboratorio especial; máquinas de proyecciones; sustancias alimenticias, industriales, minerales, etc., etc.; con cuyos auxiliares y la dirección esmerada de profesores empapados del espíritu de nuestro tiempo, como entre otros el ex periodista señor Columbler, puede esperarse que haya nacido, por lo menos en germen, la escuela del porvenir. Ahora sólo falta que tenga imitadores.

(Del diario «El Diluvio», de Barcelona, 9 septiembre 1901).

La educación del porvenir

más fuerte y sana que la compuesta toda de apariencias que se da actualmente.

¿Dónde queda la imposición a todo esto? El educador pedirá sencillamente ayuda a la Naturaleza, y donde quiera que halle dificultades indagará en qué puede haberla contrariado; a ella confiará el cuidado de su disciplina y le será admirablemente conservada.

Trabajando así en la educación de los hombres es como infalible-

mente puede esperarse una humanidad mejor, empeñada en su tarea; conservando todo el vigor de su voluntad, toda su salud moral; marchando siempre hacia nuevos ideales; una humanidad no mezquinamente dedicada a una lucha estúpida, no sórdidamente sujeta a la hartura de sus apetitos, miserablemente entregada a sus vicios y a sus mentiras, triste, rencorosa, depravada, sino siempre amante bella y alegre.



LA EDUCACION

por Elíseo RECLÚS

La escuela verdaderamente emancipada y libre de la antigua servidumbre no puede tener franco desarrollo más que en la naturaleza.

EL arte de la educación, como todas las demás artes, es de invención prehumana. En todas las conquistas del ingenio, el hombre ha sido precedido por los animales, y ha seguido la falsa vía siempre que se ha separado del ejemplo recibido. La educación, tal como se comprende por nuestros «hermanos inferiores», ha conservado su carácter normal, eficaz, en tanto que entre los humanos ha degenerado frecuentemente en pura rutina y a veces ha obrado en sentido inverso a su objeto: no es raro que se convierta en verdadero embrutecimiento. Una avecilla enseña graciosamente a sus polluelos el arte de evitar a su enemigo y de buscarse el sustento; después, gorjeando, les recita lo que podríamos llamar «aires regionales», les enseña a sostenerse en el vacío aparente, les hace remontar su vuelo a distancias cada vez mayores de su cuna natural, y cuando ya nada puede enseñar a su progenitura y la igualdad es completa en fuerza, destreza e inteligencia, se retira, abdicando su función de educadora. Los animales en contacto con el hombre, como el zorro, el perro y el gato, dirigen sus crías ejercitándolas en saltos y en juegos de fuerza y agilidad en los momentos en que los tiernos animalillos tienen a su disposición un excedente de energía que derrochar.

Pero esa excedencia energética se emplea siempre de la manera más seria, aunque con todas las demostraciones de la alegría, porque los juegos tienen por objeto, consiente entre los padres, aunque inconsciente entre los hijos, acomodarles a todas las obras y a la conducta de la vida que va a comenzar pronto con todo el séquito de trágicos pellicos. Según la clasificación de Groos, los juegos consisten en el examen de las cosas, la observación de los movimientos que diferencian las especies diversas, la caza a la presa viva, muerta o imaginaria, la lucha, la construcción de las cabañas, la investigación de las actitudes y de las acciones de los adultos, que, para la especie humana se refleja principalmente en los cuidados que se aplican a la muñeca como símbolo del hijo futuro; lecciones todas que son para los pequeños un ensayo de la vida.

Así es la educación entre los primitivos. Los niños permanecen cerca de los padres, de quienes imitan el lenguaje, los ademanes y las acciones haciéndose hombres sobre el modelo del padre, mujeres sobre el de la madre, pero siempre en plena naturaleza, en el mismo círculo del trabajo que ha-

brán de ocupar cuando los viejos ya no existan. Todo progreso depende de su propio genio, de su más estricto talento de adaptación al ambiente que han de utilizar para la conquista del bienestar. La escuela fué para ellos lo que fué para los helenos libres, la hora del recreo y del reposo para los padres, el descanso de la tarea diaria, y, por extensión, el período de las agradables conversaciones, de la amistad que reconforta, del paseo en que se hace expansión de las ideas. Pero en aquella época de la civilización las exigencias rompían ya la unidad primitiva de las familias y obligaban a colocar los hijos bajo la dirección de educadores especiales. Así nació la escuela. A lo menos el contraste que presentaba el tratamiento de los escolares en los diferentes países indica qué naciones se hallaban en un período de progreso y qué otras en una vía regresiva. Las esculturas y los cánticos representan a los niños griegos jugando, danzando, coronándose de flores, mirando gravemente a las mujeres y a los ancianos, en tanto que los documentos egipcios muestran con insistencia el palo que el maestro hacía resonar sobre las costillas del alumno. También usaba mucho el vergajo el educador hebreo, y de él, por mediación de los libros «santos» nos viene el dicho tan funesto para tantas generaciones de niños: «Quien bien ama bien castiga».

Durante el período histórico actual, tan notable por la amplitud del teatro en que se debaten los problemas vitales de la humanidad, se emplean a la vez todos los métodos de educación. La mayor parte han admitido por punto de partida que el maestro reemplaza a los padres, especialmente al padre, que le delega todos sus poderes como director, maestro o propietario de su hijo. Pero el padre no es el único poseedor de su hijo: la sociedad, representada según la lucha de los partidos, sea por la Iglesia sea por el Estado laico, se considera también propietaria del alumno y manda que se le enseñe según el uso a que se le destine en el curso de su vida ulterior. Al fin apoyada sobre las reivindicaciones espontáneas de los mismos niños, comienza a vislumbrarse la idea de que son iguales en derechos a las personas mayores y que su educación ha de corresponder, no a la voluntad del padre, ni a las exigencias de la Iglesia o del Estado, sino a las necesidades y conveniencias de su personal desarrollo. Débiles y pequeños, los niños son por eso mismo sagrados para los mayores que los aman y los protegen. Las escuelas, escasas aún, en que ese principio de la pedagogía se practica estrictamente, son lugares de alegre y fructífero estudio, merced a esa «reverencia extrema» a que el niño

tiene derecho y le profesan sus maestros.

A cada fase de la sociedad corresponde una concepción particular de la educación, conforme a los intereses de la clase dominante. Las civilizaciones fueron monárquicas o teocráticas y su supervivencia se prolongó en las escuelas; porque, en tanto que en la vida del exterior los hombres se desprenden de las opresiones antiguas, los niños, relativamente sacrificados, como las mujeres, en razón de su debilidad, han de sufrir por más tiempo la rutina de las prácticas antiguas. El tipo de nuestros manuales de educación existe hace ya miles de años, y se repiten casi en los mismos términos los preceptos «moralizadores» que en ellos se hallan. «¡Obedecer!», tal es en el fondo la única moral predicada en un libro del príncipe Phalh-Hotep, redactado, quizá solamente reproducido, al fin de la quinta dinastía, es decir, hace más de cincuenta siglos, conservado en la Biblioteca Nacional de París. En obedecer, para ser recompensado por una larga vida y por la benevolencia de los que mandan, consiste toda la sabiduría, de lo que el mismo príncipe autor se ofrece como ejemplo: «Así he llegado a la ancianidad en la Tierra; he recorrido ciento diez años de vida con el favor del rey y la aprobación de los ancianos, cumpliendo un deber con el rey en el lazo de su gracia», que es exactamente la misma moral reproducida después en el mandamiento puesto por Moisés en boca de Dios: «Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días sean prolongados sobre la tierra que el Eterno tu Dios te da».

La duración tenaz de las preocupaciones, que induce a confundir las relaciones afectuosas de la familia con los supuestos deberes de severidad de una parte y de estricta obediencia de otra, perturba la claridad del juicio relativamente a la dirección de las escuelas. Si la libertad ha de ser completa para cada hombre en particular, parece que los padres son perfectamente libres de dar a sus hijos la educación tradicional de castración y sumisión, lo cual no es exacto, porque el padre no puede atentar contra la libertad del hijo.

En sus relaciones sociales con sus semejantes, los hombres libres no pueden admitir en el padre un propietario legítimo de su hijo y de su hija, como, desde Aristóteles a San Pablo, y desde los padres de la Iglesia a los padres de la Constitución americana, se consideraba al amo como poseedor natural del esclavo. Los confesores de la moral nueva han de reconocer el individuo libre hasta en el recién nacido, y le defienden en sus derechos contra todos y ante todo contra el padre. No hay duda que esta solidaridad colectiva del hom-

bre de justicia con el niño oprimido es cosa muy delicada, pero no por ello deja de ser un deber social, porque no hay término medio: o se es campeón del derecho o se es cómplice del crimen. En esta materia, como en todos los asuntos morales, se plantea el problema de la resistencia o no resistencia al mal, y si no se resiste, se entrega de antemano los humildes y los pobres a los opresores y a los ricos.

Algunos educadores comprenden ya que su objetivo consiste en ayudar al niño a desarrollarse conforme a la lógica de su naturaleza, en hacer que florezca en la joven inteligencia lo que ya posee en forma inconsciente y en secundar estrictamente el trabajo interior, sin precipitación, sin conclusiones prematuras. No ha de abrirse la flor a la fuerza ni cebar el animal o la planta dándole antes el tiempo un alimento demasiado substancial. El niño ha de ser sostenido en su estudio por la pasión, y ni la gramática, ni la literatura, ni la historia universal, ni el arte pueden todavía interesarle; sólo puede comprender esas cosas bajo una forma concreta: la feliz elección de las formas y de las palabras, las relaciones y las descripciones, los cuentos, las imágenes. Poco a poco lo visto y oído le suscitará el deseo de una comprensión de conjunto, de una clasificación lógica, y entonces será lógico de hacerle comprender su lengua, de mostrarle el encadenamiento de los hechos, de las obras literarias y artísticas; entonces se apoderará de las ciencias de una manera diferente a la de la memoria y su naturaleza misma solicitará la enseñanza comparada. Como los pueblos niños, la infancia ha de recorrer la carrera normal representada por la gimnasia, los oficios, la observación, los primeros experimentos. Las generalizaciones vienen después. De lo contrario, es de temer que se desfllore la imaginación de los niños, que se gasten antes de tiempo sus facultades mentales, y que se les haga escépticos y estragados, que es el mayor de los males.

El amor y el respeto del maestro al niño deben prohibirle en su trabajo de tutela y enseñanza el empleo del procedimiento sumario de los antiguos despotas, la amenaza y el terror: no tiene a su disposición más fuerza que la superioridad natural y asegurada al educador por el ascendiente de su estatura y de su fuerza, de su edad, su inteligencia y sus adquisiciones científicas, su dignidad moral y su conocimiento de la vida. Ya es mucho, siempre que el niño conserve el pleno dominio de sus facultades, y no se disminuya por el exceso de trabajo.

(De «El Hombre y la Tierra», t. VI, c. XI, edición espa-

Cuidar el jardín de la infancia

por Domela NIEUWENHUIS

NUNCA se hará bastante en pro de los niños. Quien no se interesa por los niños no es digno de que nadie se interese por él, porque los niños son el porvenir. Pero los cuidados para los niños deben ser guiados por el buen sentido; no basta tener buena voluntad: se necesita también saber y experiencia.

¿Quién cultiva plantas, flores y frutos sin saber algo de lo que les corresponde?

¿Quién cria animales, por ejemplo, perros, caballos, gallinas, etcétera, sin saber lo que es bueno y conveniente para cada especie?

Pero la educación de los niños, cosa más difícil de lo que se cree, casi todo el mundo piensa que se tiene competencia para ello por el hecho de ser padre de familia.

El caso es verdaderamente extraño: un hombre y una mujer se conciertan para vivir juntos, procrean un hijo y hételos convertidos de repente en educadores, sin haberse tomado la molestia de instruirse en lo más elemental del arte de la educación.

No somos de los que dicen con Rousseau que es bueno todo lo que viene del creador de las cosas: que todo degenera en las manos del hombre.

Ante todo no podemos decir que todo es bueno, y después declaramos no conocer un creador de las cosas, ni menos un creador que tenga manos con las que haga como un hábil obrero que copia un modelo. Y además preguntamos: ¿Por qué se dice que todo degenera? ¿Qué significa degenerar? ¿Qué idea se tiene de un creador cuyo trabajo puede ser estropeado por los hombres que se consideran como un producto de las manos del creador? ¿Conque

es decir que uno de los productos puede estropear los otros! Si un obrero diese un producto así a su patrono, pronto sería despedido por inhábil y torpe.

Preséntanse siempre dos lados: el positivo y el negativo; y más se estropea generalmente por el lado positivo que por el negativo.

Hacer algo puede ser útil, pero también perjudicial; pero si impide algo, la naturaleza suele corregir lo que el niño hace mal.

El célebre pedagogo Froebel decía: «Vivamos para los niños».

La intención fué buena sin duda, y sin embargo no comprendía el secreto de la educación. Ellen Key, quien en su gran libro «El Siglo del Niño» nos da tanto que pensar, tiene más razón cuando dice: «Dejemos que los niños vivan por sí mismos».

Comiencese la instrucción cuando el mismo niño la pida. Todo el programa escolar, que es el mismo para todas las regiones de Francia, por ejemplo, es ridículo. A las nueve de la mañana sabe el ministro de Instrucción Pública que todos los niños leen, escriben o calculan; pero ¿tienen todos los niños y también los profesores el mismo deseo a la misma hora? ¿Por qué no dejar al profesor la iniciativa de hacer lo que le parezca, ya que ha de conocer a sus alumnos mejor que el señor ministro o cualquier burócrata y debe tener la libertad necesaria para arreglar la instrucción a su gusto y al de sus discípulos? La misma ración para todos los estómagos, la misma ración para to-

das las memorias, la misma ración para todas las inteligencias; los mismos estudios, los mismos trabajos.

Víctor Considerant, el discípulo de Carlos Fourier, escribió un importante libro, ya olvidado, pero que merece ser resucitado: «Teoría de la educación natural y atractiva», en que pregunta: «¿Qué adiestrador de perros somete a la misma regla sus perros de muestra, sus lebreles, sus corredores, sus falderillos y sus mastines? ¿Quién exige de tan diversas especies servicios idénticos? ¿Qué jardinero ignora que unas plantas necesitan más sombra, otras más sol, unas más agua, otras más aire, ni que aplique a todos los mismos sustentáculos y las mismas ligaduras, que ponde a todas de la misma manera y en la misma época o que practique el mismo injerto sobre todos los arbolillos silvestres? ¿Vale menos la naturaleza humana que la vegetal o la animal, para que dediquéis menos atención a la cría de los niños que a la de las espinacas, las lechugas o los perros?»

Acostumbramos a buscar lejos lo que está a nuestro alcance si queremos o podemos ver y observar. Las cosas suelen ser sencillas, pero nosotros las hacemos complicadas y difíciles.

Sigamos a la naturaleza y cometeremos menos faltas. La Pedagogía oficial ha de ceder el puesto a la individual. Ellen Key deseaba un diluvio que anegara a todos los pedagogos, y si el arca salvara únicamente a Montaigne, Rousseau y Spencer progresaría-



mos algo. Entonces los hombres no edificarían «escuelas» sino que plantarían viñas en las cuales la labor de los profesores sería levantar los racimos a la altura de los labios de los niños, en vez de hacer que los niños no puedan gustar, como actualmente sucede, más que el mosto de la cultura cien veces atenuado.

En el huevo hay un germen: según su naturaleza ha de abrirse; pero no se abrirá sino en el caso de que el huevo se halle colocado en una temperatura conveniente. En el niño hay muchos gérmenes de facultades industriales, de numerosas vocaciones, pero esas vocaciones no se manifestarán sino en el medio y en las circunstancias favorables a su exteriorización.

Si tenemos órganos, preciso es que se formen y se desarrollen; preciso es dejar a los niños la ocasión de desplegar la naturaleza, y la tarea de los padres y de los educadores consiste en no impedir su desarrollo. Sucede como con las plantas: cada cosa tiene su tiempo; primero las yemas y las hojas, después las flores y los frutos; pero mataréis la planta si la sujetáis a procedimientos artificiales para obligarla a invertir el orden natural de su desarrollo. Preservad, sostened, regad; he ahí la labor de los educadores.

Los grandes iniciadores del socialismo comprendieron que el principio de todo es la educación. Fourier y Roberto Owen dieron ideas originales que no han sido comprendidas o que han sido descurridas. En ningún manual de pedagogía se hallan esos hombres, y sin embargo merecen el puesto de honor, porque todas las ideas de educación moderna que actualmente se propagan se hallan en sus escritos.

La grandeza de aquellos héroes del pensamiento aumenta cuanto más se profundiza en sus obras. Admira su clarividencia; pero se explica considerando que han estudiado la naturaleza.

Una vez más: seguid la naturaleza y seguid el mejor camino.

(Extraído del «Boletín de la Escuela Moderna»)



ALFONSO XIII, INTERESADO POR LA GUERRA, NO POR LA ESCUELA



La educación por el ambiente

El primer esfuerzo de la escuela debiera dirigirse únicamente a enseñar a vivir. La educación por el ambiente (*nature study*) tiene por objeto desarrollar en el niño el interés innato que siente hacia sí mismo y hacia lo que le rodea. El mejor método de educación respecto de los niños consiste, ante todo, en guiar sus sentimientos personales, virtualidades y tendencias. No se aniquila impunemente la adaptación del nombre de mañana. Sin dirección ni brújula, su pequeña personalidad se desarrollará en energías salvajes, desordenadas y estériles. La escapatoria o falta de asistencia a la escuela, es el fruto de nuestros diligentes esfuerzos para reprimir el entusiasmo innato del niño. En su acto de rebelión contra la «escuela cárcel», el niño procura tomar la lección que el maestro inconsciente no ha sabido darle. Por montes y valles, bosques y llanuras o recorriendo calles o plazas públicas, se pondrá en contacto con el mundo, sin elección, con una avidez bien comprensible. El chicle quiere vivir su vida, perseguir las mariposas, merodear con las abejas, frecuentarse con vecinos y vecinas, mientras en el interior del establecimiento sus compañeros languidecen con los brazos cruzados, momificados, sin moverse ni hablar, o se forman en filas por orden de estatura en el triste patio de árboles enfermizos, o son condenados a copiar diez veces un verbo.

La educación por el ambiente ha de comenzar con cosas y fenómenos que tengan un carácter general y común. Antes de la hora en que haya necesidad de definir y clasificar, dejemos al niño todo tiempo y toda la latitud necesarios para conocer y observar. Definir y clasificar resultará naturalmente de una experiencia largamente acumulada; no debe ser un medio, un método de educación primaria. En nuestras actuales pedagogías se da la ciencia en píldoras. Se atesta al niño de drogas en lugar de nutrirle. La educación racional es ante todo la vida, no las definiciones y las clasificaciones, que son cosas secas y muertas. Con el tiempo seguramente, cuando el entendimiento del joven humano se haya abierto suficientemente sobre el mundo, la definición podrá ser un cólorio útil a la experiencia adquirida, una fórmula cómoda que cada cual podrá retocar a su gusto, según su personal manera de ver.

El objeto de la educación por el ambiente consiste en desarrollar la simpatía natural del hombre por ese mismo ambiente, en darle de él una comprensión amplia y positiva, cosa que apenas se hace en nuestro siglo en que reina el Vellocino de Oro. Hoy se comienza por dividir la fauna y la flora en animales y plantas útiles o perju-

diciales al *homo sapiens*; como si todo eso hubiera sido creado y puesto en el mundo para nuestro uso. En nuestra era de mercantilismo sólo nuestro inmenso egoísmo se interesa en la naturaleza, considerándola una mina explotable o a veces como un espectáculo a propósito para suscitar sensaciones agradables. «Después de mí el fin del mundo», piensan nuestros amos modernos, productos dignos de una educación para uso de capitalistas.

El objeto de la educación por el ambiente, al contrario, es desarrollar la simpatía natural del hom-

Ante las miradas del niño se desarrolla todo el panorama del mundo como una unidad inmensa ante su variedad multiforme: el aire libre le da salud, el astro del día esparce la alegría en su rededor, y, rompiendo con la monotonía y el formalismo seculares, cesa la escuela de ser esa institución ilógica y bárbara que conocemos, convirtiéndose en la primera célula de un organismo social racional, basado en el estudio científico, sobre la evolución normal de la raza.

Así la educación por el ambiente se ocupará de todo lo visible y de lo actual, de lo tangible y de

nero de trabajos, escolares o no escolares, rurales o urbanos, terrestres o marítimos, hasta puede decirse que será la base de la ciencia misma, porque permitirá en lo sucesivo reunir cada una de las partes más ínfimas de ella a la vida universal. Si todos los maravillosos descubrimientos recientes en el dominio científico metamorfosean profundamente muestras hartas estrechas e indeterminadas concepciones sobre la constitución del mundo; si las especulaciones que podemos permitirnos respecto de la naturaleza íntima del substratum material son ya muy suficientes para satisfacer nuestra necesidad de saber, la transformación de la escuela en un organismo vivo, en que el ser adquiere una noción concreta de la naturaleza, es evidentemente la primera etapa que se ha de erigir para marchar hacia ese conocimiento integral del mundo y de la vida. ¿No es ya un curioso y bien sintomático espectáculo de nuestra época transitoria esa soldadura inesperada de dos pedagogías tan diferentes aparentemente?

Sobre programas y exámenes, escuelas, cuarteles y cárceles, la educación racional de la primera infancia va a unirse a la ciencia más alta y trascendente que podamos adquirir.

¿Cuánto incomparablemente más sabios que nosotros serán nuestros hijos! Siempre jóvenes, en toda edad de su vida, sabrán fraternizar con plantas y animales, piedras y elementos, amar los paisajes, querer a todos los hombres, unidades diversas de una misma humanidad de hermanos. Entonces su ciencia formará verdaderamente cuerpo con la vida social metamorfoseada; será parte integrante de ella, y hacia horizontes siempre más extensos y elevados se dirigirán las miradas conscientes del humano normalmente desarrollado por el contacto de las realidades terrestres.

por A. PRATELLE

bre por su medio, provocar el conocimiento de ese mismo medio, de un modo algo semejante a la manera candida con que el primitivo mira lo que le rodea. Claro es que el libre examen y la meditación ejercida por un conocimiento maduro o en vías de madurez no han de ser desechados, pero ¿a qué apresurarse? ¿No tiene el hombre de mañana toda la vida para especular sobre su medio? En Oriente, el hábito de la meditación apoyado en las costumbres es quizá más precoz que en Europa; pero nosotros somos occidentales, indígenas de la zona templada, y, como tales, predestinados a vivir una vida activa en el seno del ambiente universal.

La educación por el ambiente será, pues, una reacción saludable contra el método y el formalismo de nuestras pedagogías; será una eficaz revolución contra el uso prematuro de los procedimientos de laboratorio, una feliz rebeldía contra la tendencia a aplicar la enseñanza de los sabios ya formados a obras de educación elemental. Por respeto a la completa individualidad del niño, por la excitación de su espontaneidad natural, despertando su entusiasmo juvenil, se impedirá que nuestros escolares se transformen en efigies fundidas en un mismo molde, en otras tantas medianías tiradas a miles de ejemplares. La educación por el ambiente es eminentemente propia para desarrollar en el niño los múltiples modos de expresión de que podrá disponer en el porvenir palabra y ademán, escritura, dibujo colorido, y música. Toda su pequeña humanidad se expande, se abre sobre el mundo, y sobre todo germina en él la flor bellísima del sentimiento poético.

Con tal sistema la escuela deja de ser una reunión de clases discordantes, para simplificarse y armonizarse tendiendo hacia la unidad de su programa, dándole así la razón de ser que parecía faltarle hasta ahora.

lo concreto. Definir, clasificar, dar un estudio profundo sobre un asunto no son cosas que razonablemente podemos exigir de un niño que todavía no conoce nada del mundo y de la vida; dejémosle adquirir una adecuada experiencia, y la prudencia necesaria se le presentará indispensablemente cuando haya tentado y gustado lo que le rodea. Después veremos: si un día siente avidez para instruirse, siempre tendrá a mano libros para calmar su ansia de saber. Añadamos que este método es preferible a la aparición de un cambio en la escuela actual. El niño, hecho ya hombre renovado, lo llevará consigo en la vida y sabrá aplicarlo en todas las situaciones posibles; mirará el panorama del mundo con el candor de la infancia y se mezclará en la actividad social en el sentido que mejor convenga a sus facultades innatas.

La educación por el ambiente viene a ser en cierto modo el lazo de unión entre la escuela, por una parte, y la vida real y la actividad social, por otra; prepara naturalmente al alumno para todo gé-

JULIO DE 1909. HUELGA GENERAL EN BARCELONA



EL HOMBRE Y SU IDEA

por Sol FERRER

No es tarea perdida, en la época actual, inclinarse a estudiar el pensamiento de Ferrer, no con el fin de servir a fines particulares, sino con miras a disipar la leyenda en la que le mantiene relegado buena parte de nuestra generación, puesto que el mensaje de Ferrer hoy como ayer es valioso en variados e importantes aspectos.

Una batalla sin cuartel se está librando con motivo de la cuestión escolar, revistiendo aquélla carácter de un verdadero combate ideológico en el que otra vez las fuerzas reaccionarias han tomado la iniciativa del ataque. La neutralidad de la escuela está en peligro.

Como todos los hombres de un cierto valor, Ferrer previó los problemas a resolver en adelante. En efecto, muchos de entre ellos hoy son objeto de nuestras más vivas preocupaciones.

A comienzos del siglo XX, ante la lentitud de penetración de una nación a otra, los progresos científicos y técnicos no planteaban directamente el problema de la solidaridad humana a la escala mundial; la concepción tradicional del Estado progresista basado en los principios de la Revolución francesa estaba sólidamente anclada en los espíritus, no situando aún a los hombres sedientos de libertad intelectual frente al peligro creciente del todopoderoso Estado. Ferrer, que, no lo olvidemos, fué víctima de una razón de Estado, presintió esos problemas que resolvió a su manera de acuerdo con las circunstancias económicas, políticas y sociales propias de España, pero teniendo presente la universalidad de su misión, particularmente después del fracaso de 1907, es decir, la clausura gubernativa de su Escuela Moderna.

Des estudio de este tema, durante años, nos han ido apareciendo los fundamentos de su ideología política y social descansando sobre la base de un ideal de libertad heredado de los filósofos del siglo XVIII y de los revolucionarios de 1789.

Este ideal parece haber penetrado a Ferrer desde muy joven debido a su espíritu de justicia y de haberse precisado luego de su experiencia adquirida en Francia, para tomar cuerpo definitivo con la creación de la Escuela Moderna de Barcelona.

Republicano sincero, no dejó de pensar que esa profesión de fe no le cumplía, puesto que si la República es cosa deseable frente a regímenes reaccionarios, no puede, por ella misma, resolver el problema social de España dado el sólido impase en que el problema tradicionalmente se halla.

A partir de esa reflexión suya, Ferrer ya no se contentará pre-

dicando la excelencia de ser ante todo buen ciudadano (1), sino que irá más lejos. Según él, cada hombre tiene además el deber — sin dejar de vivir plenamente su propia vida — de jamás olvidar cuanto debe a la inteligencia precedente y lo que ha de aportar indefectiblemente, de propio concurso, al mejor bienestar de las generaciones presentes y futuras.

Ferrer orientó su pensamiento, por convicción personal decidida, hacia las tendencias filosóficas del acratismo, de acuerdo con el racionalismo de su época. Ferrer quedó influenciado por esos movimientos tanto como parece, por contra, haberlos marcado con el sello de su pensamiento por intermedicación de la Escuela Moderna.

La madurez de Ferrer nos revela, en efecto, un hombre que no acepta dejarse arrastrar por una ideología edificada. Tal sentimiento lo apunta en la correspondencia — inédita — cruzada con Carlos Malato, cuya substancia forma parte integrante de nuestra tesis (2).

Ante todo a Ferrer le preocupó la finalidad que se asignaría: la liberación intelectual del hombre. Nunca aceptará propagar ni menos emplear métodos que pudiesen chocar con este determinado propósito, incluso cuando en principio permanecía solidario de los partidos considerados de izquierda. A éstos los ayudó lo que pudo, si bien su actividad se consagró, esencialmente, y en España más que en otras partes, a libertar al pueblo del flagelo de la ignorancia, verdadera causa de su esclavitud. Por lo demás, Ferrer no hará ninguna exclusión, admitiendo pobres y ricos en su Escuela en aras de la educación renovada di-

rigida ante todo a formar hombres capaces de discernir por sí propios lo justo de lo injusto, la belleza de la fealdad. Este método, que deseó «integral» e «imparcial», debía, a su modo de ver, dar el fundamento moral necesario a toda sociedad deseando sinceramente garantizar la libertad individual y colectiva de sus miembros.

Concibióse, a partir de aquí, que este punto de vista debía provocar tomas de posición inconfundibles en la enseñanza practicada por la Escuela Moderna. Ciertamente, Ferrer no cubre de elogios a una sociedad cuya organización no aprueba. Su sentido de libertad lo precisa sin preocuparse de las condiciones históricas de su época y las de un país impreparado para comprenderlo y para coger el alcance benéfico del ideal de la Escuela Moderna.

El problema de la imparcialidad de la enseñanza con respecto a los niños lo resolvió en racionalista, convencido de las inmensas posibilidades de la ciencia y de la razón.

Contemporáneo del desarrollo de las ciencias físico-químicas y biológicas y de la resonancia social de las mismas, Ferrer halló en ellas la justificación de la libertad de los individuos por nacer éstos en igualdad de condiciones moral y biológicamente considerados. Así se esforzaba en España para conquistar definitivamente la libertad de expresión y del libre examen para terminar con el embrutecimiento de las multitudes mantenido por los métodos de enseñanza anacrónicos y vigentes.

Al dotar a su escuela con los sistemas de higiene y profilaxis médicas necesarios para la protección física de sus alumnos, Ferrer introdujo, al propio tiempo, los métodos de profilaxis intelectual debidos para la formación del espíritu científico, por estar, la verdadera ciencia, cimentada en la prudencia, en la probidad y en un método experimental riguroso.

Abordando el aspecto social, Ferrer añadió el vasto programa escolar científico, el de los principios de la moral racionalista fundamentados en el sentido de la responsabilidad de cada individuo con respecto a sí mismo y a sus semejantes. Es lo que parece proponer en su proyecto de moral racionalista, documento manuscrito inédito incluido en nuestra tesis, obra la suya para escuelas laicas y racionalistas después de la primera clausura gubernamental de la Escuela Moderna. En este libro su autor condena el orden social existente en razón de una nueva orientación materialista filosófica, rigurosamente científica, cuyas normas engloban todas las relaciones humanas, sean ellas sociales, familiares o individuales.

A los comentadores de Ferrer y de su obra les ha faltado el conocimiento de los escritos inéditos del maestro, siendo quizá por esta razón que muchos de ellos no han conseguido perfilar la personalidad entera de Ferrer en su originalidad profunda. Los manuscritos inéditos descubiertos en Llansá — a escasos kilómetros de Port-Bou — en la buhardilla de la casa rural de José (3), hermano de Francisco, no dejan de ser de una grande importancia para la comprensión de las ideas definidas de Ferrer, puesto que tales escritos nos libran la clave de las mismas. Entre esos manuscritos inéditos el más interesante es el proyecto de *Principios de moral racionalista* que Ferrer redactó en la cárcel en su primera detención de 1906-1907.

En los esbozos de estos principios moralistas, Ferrer puntualiza la forma de adaptarse a las modernas condiciones de trabajo y de vida que aportará la próxima era técnica, consecuencia de la que se desarrolla a pasos de gigante y que terminará por imponer la noción de una más amplia solidaridad humana ante la evidencia de los problemas nuevos universales. Esa situación próxima no produ-

(3) Que heredó la casa de Francisco Ferrer, el «Mas Germinal».

(1) «La Escuela Moderna», páginas 27 y 27.

(2) Tesis presentada por la autora de este escrito en la Sorbona sobre Francisco Ferrer y su obra. (N.D.L.R.)



1900. EL CASTILLO DE MONTJUICH. ESPERA DE LOS FAMILIARES PARA VER A LOS PRESOS



EL PRECIO DE UNA CABEZA

RACIONALISMO: *Doctrina filosófica fundada en la omnipotencia e independencia de la razón humana. — Sistema filosófico que funda sobre la razón las creencias religiosas y excluye la revelación y los misterios del dogma. (De un diccionario cualquiera.)*

El movimiento pedagógico inaugurado en España por Francisco Ferrer, bien que reflejo del movimiento racionalista científico-filosófico que embargó y atosigó a ciertas élites a últimos del siglo pasado y principios del primero, es un movimiento militante en las acepciones activa y práctica de la definición. He aquí el gran valor de este movimiento. He aquí, también, su pecado. De él no perdonaron a Ferrer ni los mismos racionalistas compatriotas. Puede afirmarse sin exageración que el movimiento ferreriano obtuvo mejores auspicios en el extranjero que en el propio solar ibérico donde naciera. Los próceres del 98 conspiraron contra él con el silencio y el menosprecio. ¡Y cuidado que se las daban de racionalismo los Unamuno, los Azorín, los Madariaga y demás dioses del Olimpo generacional!

Por oportunismo más o menos los compadres de la patria fueron los únicos próceres en explotar el acontecimiento trágico de 1909. Hasta Alejandro Lerroux,

que directa o por persona interpuesta (Emiliano Iglesias), le diera a Francisco Ferrer, ya en la cima del calvario, lanzadas de moro zurdo, creyó pertinente llegado el momento, dedicarle algunos ramilletes de esos de Todos los Santos.

Para nuestra crema intelectual de primera línea Ferrer no era más que un testarudo anticlerical, y su sistema pedagógico un barullo antipedagógico y sectario. El mismo trato recibieron de los estirados doctores cuantas realizaciones llevase a cabo el pueblo en España, en el plano social, sindical y revolucionario. No perdonan los tales dioses olímpicos que haya quien haga en vez de charlar por los codos.

Y sin embargo, Francisco Ferrer no hizo más que traducir de cierta manera a la enseñanza llana las mismas reivindicaciones que en las altas cimas académicas y universitarias pugnaron por introducir los racionalistas de la Institución Libre de Enseñanza, cuando barridos de las cátedras

por la reacción restauradora hicieron de aquella Institución una aguerrida barricada. El feroz clericalismo no se atrevió a pasar por las armas a Francisco Giner de los Ríos, bien protegido que estaba por los pelotones del 98. Estos mismos pelotones dejaron al otro Francisco en la estacada. El vacío que hicieron alrededor con sus implacables diatribas de campanario hizo mucho camino por los siniestros fosos de Montjuich, llevando a Ferrer por delante.

Ambos movimientos, el de Francisco Ferrer y el de Francisco Giner de los Ríos, responden a la misma consigna: emancipar a la cátedra y a la baja aula de la dictadura medioeval a recaudo del fanatismo dogmático. Ambos nacen, más o menos, en la misma época, los dos se apoyan en los mismos principios: el vuelo o auge de la ciencia que pregonaba el libre examen, que reivindicaba para la enseñanza la libertad sin hipotecas ni monopolio de clase. Uno y otro tienen por marco el mismo país agarrado por una tradición que ya sin asideras populares, ya sin ascendente en el espíritu de los españoles, recurre a la zancadilla, a la trampa y al coscorrón traumático para seguir cabalgando.

La revolución universitaria ha tenido sus combates en el Alma Máter, ha cedido paso a paso ante la avalancha, ante la presión del alto clero, ante la «Gaceta», ante el gobierno de sacristanes reaccionario y retrógrado, siempre beligerante. Y barrida, desalojada de los últimos reductos, se insurge contra el fallo de la adversidad y acaba plantando sus propias tiendas a campo abierto. No es otra cosa la Institución Libre de Enseñanza.

En el aula escolar la perspectiva es todavía más trágica. La escuela oficial languidece a la sombra de los soberbios caserones donde dómines con sotana o sayal frailuno, instalados a lo grande, narcotizan a la infancia desarrapada. La escuela oficial, ella misma, es una potente sucursal dogmática: rezos y doctrina cristiana abriendo y cerrando marcha. Historia sagrada y patriótica guardan los flancos contra posibles escapadas. Pocas de estas escuelas y pésimamente instaladas. El profesorado, chato y cerril: poca letra y mucho zurriago. «La letra con sangre entra». La profesión de maestro oficial anda en chistes y aforismos sarcásticos: «Más hambre que un maestro de escuela». Los que no sirven para sayones devuelven su título al ministro y truecan la chupa por la azada.

Ferrer reagrupa este ejército disperso y les brinda locales, material escolar dedetizado, hecho

quizás demasiado aprisa, como todo lo que hay que hacer sobre la marcha, a marchas forzadas. La Escuela Moderna planta también sus tiendas al aire libre. Ni una peseta le cuesta al Estado. Los padres son libres enteramente de llevar a ella a sus niños. No hay banderines de enganche, ni catequistas, ni señuelos ni bombones. La Escuela Moderna es libre de entrada y por dentro.

El maestro ferreriano no es dómine bilioso sino un amigo, un compañero. No hay allí premio ni castigo: el primero envanece sin estimular; el segundo humilla y desata complejos. La coeducación rompe con el hechizo de los sexos, preserva a los educandos contra las desviaciones de los apetitos subterráneos.

El método racionalista no es un dogma. Pone a disposición del educando las verdades científicas comprobadas, la suma y compendio del saber humano. Con estos elementos de base el alumno tiene que formar por sí mismo su personalidad. Hay que ayudar al niño a revelar esa personalidad. Entre las ideas hechas elementales las más solventes son las emanantes del libre examen, del gabinete, del laboratorio, del observatorio astronómico.

No va más allá la Escuela Moderna. Su evolucionismo es una revolución en las consecuencias. Cierta, una revolución profunda. Porque lo es, la clericalada y sus asimilados del gobierno condenan a muerte a Ferrer. Cualquier pretexto es bueno. A tuertas o derechas se empalmará el caso Ferrer con el motín popular de 1909. Hay que montar un tinglado espectacular y proceder sumarisimamente, antes de que la opinión internacional se dé cuenta. Cuando reaccione, ya no habrá remedio. Consumada la venganza, que se hunda el mundo.

No se ha dado en la historia un crimen más insolente. La Iglesia española ha puesto en el asador toda la carne. El filón de su poderío es la escuela, donde se asfixian en capullo las conciencias. Otro de sus filones es la propia incrustación en las instituciones del Estado. Incrustada al Estado, la Iglesia lo domina y afirma sus regalías: la principal, la de la educación de la infancia. La insurrección militar de 1936 fué profundamente clerical. Dos solas medidas de la República: la separación de la Iglesia y el Estado y la secularización de la enseñanza, pusieron fuego a la pólvora. En 1909 la Iglesia sabía lo que se jugaba. La cabeza de Ferrer tenía para ella un alto significado. La obtuvo a cualquier precio.

JOSE PEIRATS

El hombre y su idea

ciró efectos bienhechores sino mediante la unión de todos, previamente opuestos a la tutela abusiva del Estado o de toda otra sujeción, viniere de donde viniere. Esta nueva moral necesaria facilitaría el saneamiento de los espíritus intoxicados por la moral en curso, vetusta y contaminadora —según Ferrer— de errores fraudulentos más satisfactorios para los fines abusivos del Poder, bien entendido, en detrimento del pueblo (4).

Para no finalizar en un rigorismo afirmativo, de todas maneras ajustado al pensamiento de Ferrer, citaremos, para concluir, las líneas siguientes tomadas de su dia-

(4) En esta obra Ferrer reproduce las palabras pronunciadas por Clemenceau en el Senado francés el 17 de noviembre de 1903:

«Los franceses hemos hecho la revolución. Nuestros padres creyeron que fué para libertarse. Nada de eso: fué por cambiar de amo. Ciertamente, hemos guillotinado al rey; ¡viva el Estado-rey! Hemos destruido al Papa; ¡viva el Estado-Papa! Hemos echado a Dios de las escuelas, como dicen esos señores de la derecha; ¡viva el Estado-Dios!»

rio íntimo, del cual sólo algunas páginas han sido encontradas después de los registros policíacos del Mas Germinal en 1909. Estas líneas demuestran que Ferrer también era capaz de prudencia, de no sobrepasar la medida.

«Precisa aceptar la idea de que en toda sociedad tienen derecho a coexistir ideologías diversas, talentos y temperamentos distintos, y, en fin, que una tolerancia completa se impone a todos, en Francia como en Inglaterra, pero aún más, desdichadamente, en España. Y añadido no creer que competa al pueblo gobernar a la nación. Acordémonos de los tribunos romanos. Ellos no gobernaban, pero en nombre de la plebe ejercían el derecho de oponer su veto obligadamente respetado.

«Preferible que el pueblo ejerza un poder de constante vigilancia, de crítica, de control sobre la fiscalización y de resistencia a los elementos gubernamentales, puesto que todo poder tiende al abuso. Esta garantía de control positivo sería una fuerza ante la cual todo gobierno tendría que rendirse, ya que la potencia popular, no solamente cuantiosa, si que también cualitativa, resultaría tan potente como reguladora.»

Porvenir de la Escuela Moderna

A SOCIADO a la obra de Ferrer desde algunos meses antes de la creación de la Escuela Moderna a título de traductor para su biblioteca, estuve en feliz disposición para conocer la grandeza del pensamiento de aquel hombre singular, que me distinguió y honró con su amistad y confianza.

En una fiesta de los profesores racionalistas de Barcelona, en honor de Ferrer, para celebrar su absolución en la causa del atentado regio de mayo en Madrid, exprese mi concepto sobre la enseñanza científica y racional, que aquí reproduzco en los siguientes términos:

En este acto celebramos un triunfo del progreso humano y una caída del poder del privilegio.

Conviene que nos demos bien cuenta de ello para precisar la fuerza que nos apoya, la razón que nos asiste y la influencia que personal y colectivamente podemos tener en las futuras causas del mundo y en la serie infinita de triunfos que en la vida de perfección, en el conocimiento de la verdad y en la práctica de la justicia nos esperan.

En una nación de masas analfabetas en que el tanto por ciento de los literatos acusa una de las mayores proporciones de Europa y de América, se ha planteado la enseñanza racional, cuyo objeto se expresa claramente en estas palabras del programa de la Escuela Moderna:

«Ni moldes ni sistemas, moldes que reducen la vitalidad a la estrechez de las exigencias de una sociedad transitoria que aspira a definitiva; soluciones comprobadas por los hechos, teorías aceptadas por la razón, verdades confirmadas por la evidencia, eso es lo que constituye nuestra enseñanza, encaminada a que cada cerebro sea el motor de una voluntad y a que las verdades brillen por sí en abstracto, arraiguen en todo entendimiento, y aplicadas en la práctica, beneficien a la humanidad sin exclusiones indignas ni exclusivamente repugnantes».

Esta enseñanza no existe en España ni existe oficialmente en las otras naciones, por adelantadas que parezcan, por grandes que sean las cantidades que sus presupuestos destinan a la enseñanza. Es más: esa enseñanza no la dará jamás el Estado, ni aquí, ni en nación alguna del mundo, porque mal puede tender a que cada cerebro sea el motor de una voluntad esa cantidad concreta en leyes y quiere eternizarlas como opresión de la verdad y de la justicia los errores de cada época y los intereses de las castas superiores, y que, por consecuencia, amasa los cerebros en la uniformidad de una creencia y en la inícia aceptación de un despojo, es decir, en la fe y en la obediencia.

Pero lo que el Estado no puede hacer, porque contraría la base

fundamental de su existencia, puede hacerlo la Sociedad, y aquí he de observar que el Estado y la Sociedad son entidades que si para muchos son sinónimas, en realidad son antitéticas. El Estado, en teoría, representa la suma de negaciones de las libertades individuales, o el sacrificio que todos sus miembros hacen renunciando a una parte de su libertad en pro del bien común, y en la práctica resulta esta definición de Bastiat: «El Estado es la gran ficción por medio de la cual todo el mundo se

ce social, revolucionario, humano, de la enseñanza racionalista. Por lo pronto recojo este dato: en la reciente campaña «Pro Ferrer» sostenida por la prensa internacional, se ha leído constantemente, afirmado por notabilidades americanas y europeas, que la Escuela Moderna de Barcelona, representa «una iniciativa original».

Y aquí recojo la idea del triunfo representado por este acto, de que hablé al principio.

Los privilegios en general, ya no únicamente los caracterizados por

gativa significan el término de una evolución y el principio de una nueva era. Luego nacia considerarias mas transcendentales que algunos sucesos históricos a que se ha dado el nombre de revoluciones. Por ellas pasa la enseñanza, superada a la iglesia, que, según feliz expresión de Bakunin, quería hacer del hombre un santo, o del Estado, que quería hacer de él un ciudadano, moldeando cada cual en su lecho de Procusto, sera el hecho natural de dar a la infancia, a la que, como continuadora de las generaciones pasadas o que van pasando, formará la humanidad futura, su participación en el tesoro de la sabiduría humana. Es la ruptura del exoterismo, o creencia para los ignorantes, para aquellos de quien se dijo que se necesitaba un dios para la canalía, y la iniciación de todos en el esoterismo, o doctrina hasta aquí secreta para satisfacción de los poderosos.

Vosotros, profesores racionalistas, sois los llamados a realizar el principio de una justificación a la Sociedad, que no parará hasta poner a disposición de todo el mundo el patrimonio universal, formado por los bienes naturales y por los adquiridos por cuantos, sin distinción de países a través de todas las épocas, han observado, estudiado, pensado y trabajado hasta constituir esa riqueza con la cual podría vivir con satisfacción y holgura una humanidad de triple número de habitantes.

Habéis de emancipar y generalizar la enseñanza, que no ha de ser, como hasta ahora, un plantel de estúpidos creyentes, o un picadero para domar energías rebeldes, o un negocio industrial para sacar rentas a costa de mixtificación de las inteligencias; estáis destinados a fundar el verdadero equilibrio entre lo que se cree y lo que se sabe, y con esa laudabilísima tarea daréis a la Sociedad aquel fundamento sólido que en vano ha buscado hasta el presente.

Hermosa misión la vuestra; no hay ya otra en el mundo que la supere. Mientras los restos del privilegio forman tratados internacionales para garantizar contra los innovadores, refuerzan su legislación con leyes excepcionales para perseguir a los revolucionarios, dan a sus ejércitos nuevos y más poderosos instrumentos de destrucción, inventan nuevos sofismas para justificarse, ahí estáis vosotros para destruir atavis-

por Anselmo LORENZO

esfuerzo en vivir a expensas de todo el mundo; o esta otra de Renan: «El Estado es un autócrata sin igual que tiene derechos contra todos y nadie los tiene contra él». La Sociedad, por el contrario, es el modo natural de existencia de la humanidad; se rige por las costumbres o por los hábitos tradicionales, pero no por leyes escritas impuestas anteriormente; progresa con lentitud por el impulso que le dan las iniciativas individuales, no por el pensamiento ni la voluntad de los legisladores. Las leyes a que se somete son las leyes naturales inherentes al cuerpo social como a los cuerpos físicos, que la ciencia descubre y que el legislador y el gobernante desconocen o contrarian por sistema.

En la situación de evolución progresiva en que nos hallamos, lo que el Estado no quiere hacer y lo que la Sociedad por el obstáculo opuesto por el Estado no puede hacer todavía, ha de hacerlo la iniciativa individual, y éste es nuestro caso. Sin negar lo que en otras naciones se haga por la enseñanza racional, superada en gran parte a ese laicismo que si emancipa la enseñanza de la tiranía de la Iglesia, la deja sometida al Estado, que si desecha de la escuela el fetiche religioso pone en su lugar el símbolo patriótico, hemos de reconocer que la enseñanza racional pura, la típica, la que puede servir de modelo, es la planteada por la Escuela Moderna de Barcelona fundada por la iniciativa de Francisco Ferrer. Y no quiero hacer aquí una manifestación de vanagloria patriótica, ni menos la adulación personal; voy más lejos; pretendo exponer, lógrelo o no, el alcan-

el dogma, sino aquéllos que representan la usurpación de la riqueza social, se concertaron contra la Escuela Moderna y su fundador, y a la primera ocasión cayeron sobre una y otro con todo su poder, y su poder se ha estrellado contra esa fuerza que, inconcreta al parecer, sin trabazón ni combinación orgánica, sin otra manifestación que el artículo o la información periodística, el mitin y la conferencia, producto casi siempre de una actividad personal, y esto expresado en francés, en alemán, en inglés, en italiano, en portugués, en español, uno y otro día, con constancia admirable, ha bastado para aplastar y aniquilar el poder de Loyola, que, como sabéis, es un puño inmenso que extiende sus viscosos y absorbentes tentáculos por todo el mundo. Es decir, lo reconocidamente débil, apoyado por la razón, ha triunfado de lo tenido por fuerte que quería consumir una iniquidad. Se han trocado, pues, los papeles: somos fuertes ya por la razón y la justicia; son débiles por la injusticia y el sofisma.

Con la absolución de Ferrer adquiere mayor esplendor la enseñanza racional, que hoy desde Barcelona irradia al mundo y no puede menos de ser universalmente adoptada; con la negativa a la petición Becerra del Toro se inicia la separación completa de la infancia de la creencia en el dogma, de la sumisión a toda la tiranía, del hipócrita convencionalismo que pone la ficción sobre la realidad y se crean esas generaciones despreocupadas y conscientes que han de enaltecer a la humanidad.

Aquella absolución y aquella ne-



Perennidad de la Escuela Moderna

SE dice con demasiada insistencia que las cosas de ayer han caducado, omitiéndose con ligereza excesiva la aportación de pruebas. Siendo la vida del hombre diversa y compleja, es justo considerar que los fenómenos dependientes de nuestra existencia en muchos casos no se igualan unos a otros; que si una consecuencia de progreso puede envejecer en el transcurso de un cuarto de siglo, otra a los cien empieza a adquirir desarrollo y lozanía, tal como le ocurre al sistema ferroviario, seguro y alado sobre sus carriles a pesar de las concurrencias aéreas y carreteriles. En el orden artístico la pictórica moderna no consigue superar, ni siquiera igualar, las escuelas de Rubens, de Velázquez, de Goya, y sin Bach, Mozart, Beethoven y una cincuentena más de clásicos las emisoras, los auditorios y las editoriales verían comprometida su existencia porque la música del día en un noventa y ocho por cien será incapaz de afrontar la actualidad de 1970. Y en todos los órdenes se podrían citar causas y efectos parecidos. Si lo bueno de hoy no tiene negación posible y por encima se reserva una posibilidad futura, igual suerte le adjudicamos a la Escuela Moderna, que no es vieja porque naciera en 1901, pero que es nueva porque no se han agotado sus posibilidades ni se han puesto en juego todos sus recursos y previsiones a causa de la acción corrosiva de las fuerzas reaccionarias que martirizan a los pueblos y arrasan la cultura con la barabrie de las guerras y las represiones periódicas.

La escuela racionalista ideada

por Pestalozzi y en parte por J. J. Rousseau y que tan escasos pero abnegados reformadores ha tenido (Robin, hermanos Reclus, Sebastián Faure, Ferrer Guardia...) se ha visto sistemáticamente perseguida, dramáticamente condenada y arruinada hasta su desaparición completa. La Iglesia católica, que tanto gime y mendiga so pretexto de «la Iglesia perseguida», en la Edad Media no tuvo reparo en quemar vivo al astrónomo Giordano Bruno castigando así a la sabiduría popular; en el siglo XIX

bajo, se emplea actualmente en escuelas en ocasiones oficiales; pero no con la amplitud debida, con el tesón y la sencillez que el ciclo escolar del alumno y la sucesión de olas escolares o, en síntesis, el curso educacional ascendente de la sociedad exige. Por elevado que sea el programa educador del maestro, su noble interés chocará siempre con la oposición formal del Estado y de las fuerzas tradicionalistas, que le restarán medios económicos y facilidades culturales, asustarán a los



llarse. Es incomprensible que, habiendo adelantado la pedagogía tal como los detractores de la Escuela Moderna explican, las fosas de Kattin, de Buchenwald y del Campo de la Bota hayan encontrado quienes tranquilamente las llenaran. Si es verdad que la escuela da la tónica civilizada a las sociedades, ¿cómo explicar tanta desigualdad, tanto fratricidio, tanto dolor, tanta vejación, tanta desnudez, tanta ostentación y derroche y tanta humildad y miseria? ¿Y cómo explicar, *pedagógicamente*, este tremendo fracaso de las escuelas oficial y religiosa *superadas*?

Por así decirlo, la Escuela Moderna apenas si ha funcionado; no puede, en consecuencia, haber caducado. Durante cinco años llegaron a sostener clase en los tres mil y pico de municipios españoles, la mínima cantidad de 63 escuelas y aun contando con profesores ocasionales. Cuando Ferrer preparaba una Normal de Maestros fué detenido y las 63 clases clausuradas. En 1907 reincidió en su propósito, y sus enemigos lo fusilaron. Más acá la Escuela Moderna tuvo escasos, pero excelentes rebotes. En la Escuela Natura de Barcelona el profesor Juan Puig Elías pudo actuar quince años seguidos con resultado admirable, del cual queda constancia. Contando con más y mejor elemento que el que puede dar de sí un sindicato obrero protector propenso a persecuciones y clausuras abusivas, el fruto proporcionado por la citada Escuela Natura hubiese avergonzado, por calidad y hermosura, a los cosecheros de la pedagogía oficial más pagados de sí mismos.

Repetimos: la Escuela Moderna no ha caducado. La Escuela Moderna, por inédita y futurista, guarda íntegras sus inmensas posibilidades.

«Francisco Ferrer pensó que nadie es voluntariamente malo y que todo el mal integrado en el mundo humano procede de la ignorancia. Es por ello mismo que los ignorantes le asesinaron y la ignorancia se perpetúa aún hoy día a través de nuevas e incansables inquisiciones. No obstante, frente a éstas algunas víctimas—entre ellas Ferrer—vivirán eternamente.»

ALBERT CAMUS

por J. Coll de GUSSEM

cumplió en España el sacrificio del maestro Ripoll y del poeta tagalo Rizal; en el XX mató a Ferrer y cerró a veinte vueltas de llave su escuela, y en 1939 ha derramado la sangre de más de un millar de profesores y no ha respetado siquiera las escuelas Montessori, con su sistema educativo universalmente aceptado.

En estas condiciones ¿cómo puede haber fracasado la Escuela Moderna cuando no ha pasado de ser, en cincuenta años, un intento, una promesa en embrión? Fantasiosamente, desenfadadamente, se ha dicho por ahí que cualquier sistema escolar laico de los hoy empleados anula el propósito docente que animó a Ferrer a implantar su Escuela Moderna. Ciertamente la enseñanza al aire libre, por imágenes plásticas o animadas, por lecturas abreviadas, por simbolismos recreativos, por estímulo de tra-

padres de los educandos, lo dejarán en suspenso y agregarán a la familia de los hambrientos. Precisamente Ferrer, poseedor de medios económicos, se propuso independizar al maestro, ahuyentarlo el temor a la sociedad y desenfrenarlo en la carrera de la escuela del porvenir.

La Escuela Moderna vino con el propósito de cambiar la vieja moral colectiva que tantos miles de años de infelicidad le ha costado a nuestra especie. Se propuso inocular a la humanidad una moral nueva, de libertad y estima entre los individuos, de igualdad en obligaciones y derechos entre los mismos, al fin conscientes de su misión en la vida, en su existencia de 70 años, pongamos en más o menos; emancipados de ignorancias y supersticiones, de pánicos a la fuerza bruta y de la inseguridad del pan de mañana. La Escuela Moderna no se propuso fabricar sabios, sino ciudadanos con voluntad y pensamiento propios con destino a la sociedad renovada, a la sociedad reencontrada, al fin limpios de egoísmo, de bajezas, ya no propensos a lo ruin para la defensa de su *yo* siempre en apuro. Ferrer ideó la más hermosa de las teorías escolares en vista de la increíble fealdad de las escuelas rutinarias iglesias y estatales. Probó en país atrasado, feroz y vengativo, y cayó, inevitablemente, en pleno siglo de la luz, en las llamas persistentes del trágico y fanático Torquemada.

Que la escuela oficial supere a la racionalista, redondamente lo negamos. No vemos, por mucho que indagemos y observemos, el resultado de instrucción tan elocuente. La escuela del día destaca por los servicios que rinde al comercio, a la patria, al arte práctico (no rehusable) y a otros convencionalismos que mantienen a la sociedad clavada, salvo diferencias de comodidad, en la misma incapacidad moral de hace sesenta años. No se comprende que, habiendo evolucionado la escuela común, las guerras generales de 1914 y 1939, más las parciales afectando innumerables países hayan podido desarro-

Porvenir de la Escuela Moderna

mos, enseñar verdades, formar caracteres, impedir la formación de masas sectarias e inconscientes y hacer de cada hombre y de cada mujer un ser pensante y activo, de positivo y de idéntico valor, sobre el cual no pueda sostenerse falso prestigio ni autoridad indebida, de modo que la justicia entre las relaciones humanas sea un resultado sencillo y práctico de las costumbres.

Para llevar adelante vuestra obra no volváis la vista a los poderosos, como tales poderosos, porque esencialmente serán vuestros enemigos, sin negar por eso que podáis hallar auxiliares individuales: bien lo demuestra el caso de la iniciativa del fundador de la Escuela Moderna. Procurad interesar al proletariado, que es hoy la clase social eminentemente progresiva, porque, a diferencia de la burguesía usurpadora de la riqueza social, y viviendo en la opresión y en la miseria, tiene sus bienes en lo porvenir, y vosotros

sois los principales dispensadores de esos bienes.

Si así comprendéis vuestra misión y si por ella se desarrollan vuestras energías, animadas por vivificador entusiasmo secundado por la poderosa virtud de la constancia, a vosotros estará encomendada la realización de este sublime ideal formulado por la poderosa inteligencia de Pi y Margall:

«El hombre no está condenado a sufrir eternamente los males que le afligen. Su inteligencia disipa de día en día las nieblas que le oscurecen y confunden, su voluntad está mejor determinada, su libertad se educa. Vendrá, a no dudar, tiempo en que, conocida ya la ley de la humanidad, sus relaciones marcharán perfectamente de acuerdo con los destinos de su raza. La libertad y la fatalidad serán entonces idénticas, no habrá motivos de lucha, y una aureola inextinguible de paz circundará ya la frente del niño al saltar del seno de su madre.»

Carta de Kropotkin a Ferrer

Sr. D. Francisco Ferrer.

Querido compañero y amigo:

VEO con placer que lanza usted a la publicidad *L'Ecole Rénovée* y siento no poder dedicar a esta publicación todo el apoyo que desearía prestarle.

Todo está por hacer en la escuela actual. Ante todo la educación propiamente dicha, es decir, la formación del ser moral, o sea el individuo activo, lleno de iniciativa, emprendedor, valiente, libre de esa timidez del pensamiento que caracteriza al hombre educado en nuestra época, y al mismo tiempo sociable, *igualitario*, de instinto comunista y capaz de sentir su unidad con todos los hombres del universo entero, y, por tanto, despojado de las preocupaciones religiosas, estrictamente individualistas, autoritarias, etc., que nos inculca la escuela.

En todo esto, no hay duda que la obra de la escuela más perfecta será dificultada siempre mientras la familia y la sociedad obren en direcciones opuestas; pero la escuela ha de reaccionar contra estos dos factores. Y puede hacerlo, por la influencia personal de los que enseñan y por el modo de enseñar.

Para esto se necesita evidentemente crear poco a poco nuevas

exposiciones de todas las ciencias concretas en lugar de los tratados metafísicos actuales, societarios —«asociacionistas», permitaseme la palabra— en lugar de individualistas; y de los tratados «populistas» hechos desde el punto de vista del pueblo, en lugar del punto de vista de las clases acomodadas, que domina en toda la ciencia actual y sobre todo en los libros de enseñanza.

Respecto a la historia y a la economía social, es evidente, nadie lo duda. Pero lo mismo sucede respecto a todas las ciencias la biología, la fisiología de los seres vivos en general, la sicología y hasta respecto a las ciencias físicas y matemáticas. Tómese, por ejemplo, la astronomía: ¡qué diferencia cuando se enseña desde el punto de vista geocéntrico, de la que resulta concebida y enseñada desde el heliocéntrico, y de lo que será enseñada desde el punto de vista de los infinitamente pequeños que recorren los espacios, cuyos choques en números infinitos producen a la larga las orminias celestes! O bien tómese las matemáticas cuando se enseñan como simples deducciones lógicas de signos que han perdido su sentido original y no son más que signos tra-

tados como entidades, y cuando se enseñan como expresiones simplificadas de hechos que son la vida infinita e infinitamente variada de la misma naturaleza. Jamás olvidaré la manera con que nuestro gran matemático Tchebycheff nos enseñaba en la Universidad de San Petersburgo el cálculo integral. Sus integrales, cuando al escribir los signos convenidos decía: «Si tomamos, en tales límites, la suma de todas las variaciones infinitamente pequeñas que pueden sufrir las tres dimensiones de tal cuerpo físico, bajo la influencia de tales fuerzas». Cuando hablaba así sus integrales eran *signos vivos de cosas vivas en la naturaleza*, mientras que para otros profesores esos mismos signos eran materia muerta, metafísica, y carecían de todo sentido real.

Ahora bien; la enseñanza de todas las ciencias, desde las más abstractas hasta las ciencias sociológicas y económicas y la sicología fisiológica del individuo y de las multitudes exige ser reconstruida para ponerse al nivel de lo que impone ya la misma ciencia actual.

Las ciencias han progresado de una manera inmensa durante el último medio siglo (1), pero la enseñanza de estas ciencias no ha seguido el mismo desarrollo.

Ha de marchar al mismo paso, y esto, de una parte para que la instrucción no sea un obstáculo al desarrollo del individuo, y también porque el ciclo de la instrucción necesaria en este momento se ha ensanchado de tal modo, que con el esfuerzo de todos es preciso elaborar los métodos que permitan la *economía* de las fuerzas y de tiempos necesarios para conseguirla en la actualidad. En otro tiempo, los que se dedicaban a una carrera de cura, de sabio o de gobernante, eran los que estudiaban, y no reparaban en emplear en sus estudios diez o quince años. *Ahora todo el mundo* quiere estudiar, desea saber, y el productor de las riquezas, el obrero, es el primero que lo exige para sí. Pues sí: puede estudiar, debe saber.

No debe quedar un sólo ser humano a quien el saber —no el semi-saber superficial, sino el verdadero saber— se le niegue por falta de tiempo y de medios.

Hoy, gracias a los progresos inauditos del siglo XIX, podemos producir todo lo necesario para asegurar el bienestar de todos. Y al mismo tiempo podemos dar a todos el goce del verdadero saber.

Más para esto han de reformarse los métodos de enseñanza.

En nuestra escuela actual, formada para hacer la aristocracia del saber, y dirigida hasta el presente por esa aristocracia bajo la vigilancia de los clérigos, el derroche del tiempo es colosal, absurdo. En las escuelas secundarias



PEDRO KROPOTKIN

inglesas, al tiempo reservado para la enseñanza de las matemáticas se le cargan *dos años* para los ejercicios sobre la transformación de los *yards, perches, poles, miles, bushels* y otras medidas inglesas. En todas partes la historia en la escuela es tiempo absolutamente perdido para aprender nombres, leyes incomprensibles para los niños, guerras, mentiras convencionales... Y en cada ramo, el derroche del tiempo alcanza proporciones vergonzosas.

En último término habrá que recurrir a la *enseñanza integral*; a la enseñanza que por el ejercicio de la mano sobre la madera, la piedra y los metales habla al cerebro y le ayuda a desarrollarse. Se llegará a enseñar a todos el *fundamento de todos los oficios lo mismo que de todas las máquinas*, trabajando (según ciertos sistemas, ya elaborados) sobre el banco y el tornillo, modelando la materia bruta, haciendo por sí mismo las partes fundamentales de todas las cosas y máquinas, lo mismo que las máquinas sencillas y las transmisiones de la fuerza a que se reducen todas las máquinas.

Se deberá llegar a la *integración del trabajo manual* con el trabajo cerebral que predicaban ya el obrero y la Internacional, y que se realiza ya en algunas escuelas, sobre todo en Estados Unidos, y entonces se verá la inmensa economía de tiempo que se realizará con los jóvenes cerebros, desarrollados a la vez por el trabajo de la mano y del pensamiento. De este modo, en cuanto se piense seriamente en ello, se hallará el medio de economizar el tiempo en toda la enseñanza.

El campo del cultivo en la enseñanza es tan extenso, que se necesita el concurso de todas las inteligencias libres de las brumas del pasado inclinadas hacia el porvenir. Todas hallarán en él una inmensa tarea que realizar.

Mis vehementes deseos de éxito a *L'Ecole Rénovée*.
Saludo fraternal.

PEDRO KROPOTKIN



FRANCISCO FERRER

(1) Segunda mitad del siglo XIX.
(N. de la R.)

La Historia en función de lo actual

¿QUE HACER?

NO el afán de conmemorar lo memorable, sino la añeja aspiración de transmitir un mensaje de «la casa de los muertos», en donde los fascistas españoles me tuvieron enterrado diez años, es lo que me animó a escribir el presente artículo dedicado en particular a los profesores, alumnos y amigos de la Escuela Natura de Barcelona, dispersos por el mundo a causa del perjurio de portaentorchados reos convictos y confesos de Rebelión Militar y Alta traición.

por Liberto SARRAU

ción soñaron tantos en épocas diversas; y los tan temidos como detestados tricórnios de charol, arma en mano, hubieron de volver a patrullar noche y día, a pie y a caballo por calles y plazas de la indómita capital catalana.

El orbe entero hizo patente su repulsa al execrable exceso del bandolerismo español y romano gobernante. En la mayor parte de capitales del mundo muchedumbres de personas recorrieron sus principales vías en imponentes manifestaciones de protesta. Con esta finalidad se realizaron centenares de actos públicos en todos los países. Multitud de obreros, técnicos, campesinos, artistas, sabios, médicos, físicos, intelectuales, políticos, diplomáticos, etc., etc., se pronunciaron abiertamente contra los asesinos de Ferrer Guardia.

El sanginario gobierno Maura cayó derribado por el justo e irreprimible clamor de la opinión pública nacional e internacional.

Sembrada en tierra fértil —en el corazón del pueblo— la semilla de Ferrer, inmortal, rebrotó. Se produjo una rápida proliferación de discípulos de Ferrer. Por toda España se improvisaban escuelas inspiradas en la suya. La antorcha por él encendida alumbró de nuevo. Muerto, Ferrer Guardia resultaba más peligroso que en vida.

Los «espirituales» servidores con mando de la iglesia cuya doctrina proscribía mentir y matar, ya alarmados por las proporciones que alcanzó el movimiento de simpatía y solidaridad que se produjo, a raíz de su desmán, hacia su víctima y las ideas por éste sustentadas, más inquietos todavía ante el pujante resurgir de las realizaciones ferrerianas, se interrogaban a sí mismos:

—¿Qué hacer?

No había que consentirse la pérdida de una sola ventaja sobre el

Un nuevo amanecer está próximo a ser anunciado por las libres avecillas anidadas bajo los aleros de los tejados de la dormida prisión. Todavía no ha sonado la indiscutible corneta ordenando con su imperativa voz metálica que los presos abandonen el petate. Los hay, sin embargo, despiertos. Uno de éstos, al despertar, ha pronunciado en voz baja, como para darse a sí mismo fe de existencia, la fecha del nuevo día de cautiverio que va a comenzar:

—13 de octubre...

Todos los años, esta fecha hace evocar a nuestro preso una página de la Historia Negra de España. Todos los años, la infausta efeméride le sugiere al sepultado en vida el mismo interrogante:

—¿Qué hacer?

Nuestro preso rememora y medita. Va a cumplirse medio siglo del fusilamiento, en los fosos del maldito castillo de Montjuich, del abnegado fundador de la Escuela Moderna, del esclarecido innovador Francisco Ferrer Guardia.

El historiador que escribiera la historia fundándose en la adulterada versión de los hechos y los dichos que ofrece la lectura de las actuaciones del proceso Ferrer, como las de no importa que otro proceso, podría creer que relataba la historia verídica; pero al condenado por un tribunal de justicia militar franquista que haya leído algunos folios de su propio sumario y algún que otro testimonio de sentencia de compañeros de reclusión, la lectura del a todas luces monstruoso proceso Ferrer no puede servirle más que para formarse una idea aproximada del abismo existente entre la realidad y lo consignado por la justicia histórica. Nada hay de más falso que un expediente judicial. Cuanto en el mismo consta, en cualquier caso ha sido necesaria, voluntaria o involuntariamente falseado. Faltando los antecedentes que podrían explicar las causas, los datos más precisos pueden inducir a error. Resultandos obtenidos a base de falsas declaraciones arrancadas al temor, al odio, a la indiferencia, al deseo de terminar pronto, etc., de los testigos o del acusado —único conecedor de la realidad—, quien, amenazado por todas partes, sabe a ciencia cierta que si declara la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad no se salvará aún siendo inocente y perjudicará a otros inocentes, y a base de «hechos probados» tenidos por tales sólo porque así lo afirman la acusación y

la parcialidad y que ni siquiera se trató de comprobar, únicamente pueden ser considerados como incontestables fuentes históricas por el historiador oficial, jamás por el aficionado.

Lo actual suele proporcionar a nuestro preso la clave de la Historia, porque ésta le interesa ante todo en función de lo actual.

Por esto nuestro preso rememora y medita.

«Medio siglo! Medio siglo ya que Ferrer, el apóstol de la Razón, fué condenado a muerte y ejecutado merced a la sinrazón de los seculares amos del país, los hipócritas sicarios de el Salvador, predicadores incansables de humildad y resignación. Medio siglo que la Inquisición española, recién abolida, mostró de nuevo al mundo que, reconocida o no por la ley, puede llevar a efecto sus abominables autos de fe siempre que lo estime conveniente. Medio siglo que los esclavizadores ignorantisas ganaron a traición otra lid a los defensores de la libertad y la justicia, la ciencia y la cultura; que la fuerza pisoteó al derecho; que la brutalidad, una vez más, derrotó a la humanidad...

La modesta escuela sita en el número 56 de la calle Bailén de Barcelona significaba una esperanza para los ilotas. Era la promesa de un amanecer que disiparía el espesor de tinieblas que a todo trance procuran mantener en Iberia los inquisidores para mayor gloria y poder de las castas privilegiadas. La Escuela Moderna, sus sucursales y su Editorial, los principios pedagógicos racional a disputarle al obscurantismo castrador sus víctimas propiciatorias, infancia y juventud, al objeto de que los hombres de mañana no vivan sometidos a la superstición, a la impostura, a la rutina, a la injusticia y al miedo. Ferrer tuvo la osadía de atacar al mal en su raíz. No tenía perdón de Dios: Había que eliminarlo.

A la hora aproximada en que hoy, 13 de octubre de 1959, tras los fastidiosos sonos de la apremiante corneta, ladridos de funcionarios anunciarán a la población reclusa que otra jornada penal ha comenzado, el 13 de octubre de 1909 se cumplió la sentencia dictada por el Consejo de Guerra que, sin disponer de tiempo material para examinar siquiera el sumario de la Causa en méritos a la cual se pretendía juzgar a Francisco Ferrer —civil infundadamente acusado por militares de haber

incurrido en delito de Rebelión Militar—, de acuerdo con el deseo expreso de las más altas jerarquías de la Iglesia y del Estado, decidió condenar y condenó a muerte al más esforzado renovador de la enseñanza en España. «¡Muera la inteligencia!»

Los infortunados hijos del pueblo, los soldados del Rey, fueron el obediente brazo ejecutor de la Justicia Militar. El plomo arrojado por los mortíferos fusiles de un piquete de autómatas —pobres soldaditos de carne!— segó la vida del Hombre. A la irrevocable voz de ¡fuego! del oficial que mandaba el pelotón, la sangre del generoso Francisco Ferrer fué derramada sobre cristianas aras ad majorem Dei gloriam.

Consumado el crimen, irreparable, los asesinos imaginaron haber terminado con Ferrer. No contaron con que si fácil es matar a un hombre no lo es tanto aniquilar a una idea. Ferrer encarnaba la conciencia de un pueblo. Asesinado, el eco de su voz ya no se apagará nunca:

—Hijos míos, apuntad bien. Soy inocente. ¡Viva la Escuela Moderna!

Enterados de la iniquidad cometida, aun sintiéndose impotentes, los trabajadores barceloneses —cuya reciente revuelta contra los abusos del Poder sirvió de pretexto para prender y procesar al mártir— no dejaron de elevar airados puños y dirigir amenazadoras miradas contra la tétrica fortaleza que corona el Monte de Júpiter, la aborrecida Bastilla, cuya destruc-



Por «España una, grande y libre» esa terrible cosa que aún perdura

¿Qué hacer?

enemigo, por fortuna, enterrado. Por esto decidieron matarlo de nuevo, esta vez definitivamente: «¡Calumnias, que algo queda!»

No contentos con poner de relieve las antiguas injurias y difamaciones, multiplicaron los ultrajes y fraguaron mayores y más viles calumnias. Fabricaron bolas de todo tamaño y las echaron a rodar. Ni lo más respetable respetaron. Se atizó la furia de las más viperinas lenguas. Se llenaron de baba montañas de papel...

Todo en vano. El pueblo siguió guardando fiel memoria de su paladin. Nada logró matar el afecto y la lealtad de las gentes de bien al héroe sacrificado. A Ferrer, convertido en símbolo, ya no se le puede suprimir. Menos aún a su obra.

A pesar de la derrota sufrida por los defensores de los derechos del hombre en 1909, a despecho de la España retrógrada, racista, antisocial, belicista y supersticiosa, la otra España —la fraternal, la progresista, la libertaria—, la España humana siguió avanzando con el siglo, en incesante conquista de luz, libertad y bienestar para todos.

Sindicatos obreros y ateneos populares organizados al calor del movimiento de emancipación que en breve tiempo se desarrolló en el país constituían y protegían nuevas escuelas forjadoras de conciencias libres. La lucha contra el «demonio» de la instrucción, sostenida por los acumuladores de riqueza interesados en mantener embrutecidos a los que la producción, resultaba inútil. Clausuradas las escuelas, un día u otro reabrían sus puertas. Hasta los serviles dispuestos a combatir por sus amos en tanto los creen poderosos empezaron a ver clarear sus filas...

Aires renovadores soplaron de extremo a extremo de la península.

Las castas privilegiadas, temerosas de perder sus prerrogativas, su poder y su gloria, temblaban.

—¿Qué hacer? ¿Qué hacer? —se preguntaban unos a otros, militares, obispos y banqueros.

La matonería de que hacían gala a la menor oportunidad explotadores, gobiernos, gobernadores y ejecutores de órdenes de todo grado, terminó por no asustar a nadie. Ni barbaridades semejantes a las llevadas a cabo en 1909 lograban hacer recular por mucho tiempo a las auténticas fuerzas vivas del país, a sus verdaderos representantes, a los ciudadanos conscientes de sus deberes y de sus derechos, a los hombres libres de Iberia.

—¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Ya no era cuestión de fusilar a un hombre ni a una docena de hombres; nada había de conseguirse con ello. Los campeones del pueblo se habían asombrosamente multiplicado. Eran muchas las tesis pensantes. Las represiones se

evidenciaban contraproducentes. Ni siquiera asolando una región se obtenía la eficacia apetecida. La amenaza al privilegio alentaba por doquier. En España, por fin, amanece.

—¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Se concertaron para la acción todas las potencias maléficas del universo. Aliaron a Dios con el Diablo. Reunieron en un haz a las banderas más opuestas. Movilizaron a las más feroces hordas del mundo. Invadieron la patria de extranjeros sin honor, perros «infieles», cerdos, lobos sedientos de sangre, fascistas, nazis, futuros criminales de guerra.

Y al frente de tales manadas salvajes, a la cabeza de esas jaurias desatadas pusieron al genio nacional digno de acaudillarlas: El portaentorchados que declaró sin rubor *estar dispuesto a pasar por las armas a media España para alcanzar su objeto*.

Sembraron de metralla, de terror y de muerte el suelo hispano; lo cubrieron de horrores, lo anegaron

en lágrimas. Destruyeron, incendiaron, robaron, violaron, escarnecieron, asesinaron. Cometieron todos los delitos previstos y penados por su Código y muchos más. Desde el cielo y desde el mar escupieron fuego sobre la tierra indefensa. No reconocieron bandera blanca ni cruz roja. Mutilaron niños y mujeres. Arruinaron campos y ciudades. Mataron millares y millares de inocentes. Se hincharon de matar; mataron sin piedad, sin freno. Mataron con el sable y con la guma, con la cruz gamada y con la cruz de Cristo.

Clavaron en la cruz a todo un pueblo. Y añadieron al suplicio ensañamiento.

Ejecuciones. Torturas. Prisión. Hambre y humillaciones.

Veinte años de calvario. ¡Veinte años lleva el pueblo español crucificado!

—¿Qué hacer?

Hoy es nuestro preso quien se formula el angustioso interrogante. Nuestro preso anhela muchas cosas; anhela, sobre todo, la liber-

tad. Pero nada reclama. Apenas osa esperar algo — no se tiene definido *qué* — de los hermanos de extrarreas.

En el cincuentenario del fusilamiento del fundador de la Escuela Moderna, como todos los años, nuestro sepultado en vida evoca sus felices tiempos de escolar y compadece a los niños y a los jóvenes de hoy. Su impotencia es un buitre insaciable que se nutre de su espíritu.

—¿Qué hacer?

¿No podemos, no deberíamos intentar algo, compañeros? ¿No hemos de hacer un supremo esfuerzo? ¿No lo hizo Ferrer aún a costa de su vida? ¿Hemos de consentir que el sacrificio de tantos como han sucumbido resulte estéril? ¿vamos a permitir que nuevas generaciones se malogren?

¿Toleraremos por mucho tiempo aún que sigan convirtiendo en simples autómatas a los hijos del pueblo, reduciendo los hombres del futuro a infelices soldados para la exportación?

Liberto SARRAU

LA INSTRUCCION

UNO de los problemas que más deben apasionar a los que desean un cambio radical en el modo de ser de la sociedad, es indudablemente la reforma de la instrucción. Por de pronto esta reforma no podrá nunca llegar a ser tan radical como las otras; aun cuando se llegue a la libertad absoluta, a la abolición del principio de autoridad, este principio deberá hallarse siempre en la instrucción.

«Hay —dice Malato— una institución que exige, aun en la sociedad más libre, cierta cantidad de autoridad, y es la instrucción.» Atrás los sistemas que se basan en los castigos corporales, en las amenazas terroríficas, etc., pero alguna autoridad deberá existir entre alumnos y maestros, porque no es posible conceder a niños ignorantes la misma libertad ilimitada que a los hombres ya formados.

Miguel Bakunin opina que los niños deben ser sometidos a una disciplina que debe ir desapareciendo a medida que vayan creciendo, de modo que al terminar la adolescencia sólo encuentren en sus maestros consejeros y amigos.

Así como la educación debe inspirar en los más latos principios de libertad, pues sólo se reduce a una asimilación de principios sociales, la instrucción, por el contrario, supone un plan, un método que por muy perfeccionado que sea, será siempre autoritario a un momento dado. León Tolstói, uno de los fillántropos más generosos

de nuestro siglo, ha hecho en Yasnáia Poliana (Rusia) una tentativa de enseñanza sin autoridad, y los resultados, positivos en algunas asignaturas, han sido negativos en otros muchos.

Insistimos algo en este punto, porque conviene de una vez huir de todo criterio absoluto que, en vez de servir a las ideas nobles, las ridiculiza muchas veces. No es la pasión o el deseo lo que ha de guiar nuestras afirmaciones, sino la convicción y el análisis. Lo que sí debe hacerse indudablemente, es reformar de un modo completo la instrucción. El estudio debe hacerse agradable a la vez que útil: las matemáticas deben ser aprendidas insensiblemente y de una manera práctica que disimule su aridez; la geología debe ser estudiada sobre el terreno, en el transcurso de excursiones agradables; el estudio de las lenguas vivas debe sustituir definitivamente al de las lenguas muertas y completarse con viajes que han de servir al propio tiempo a la enseñanza práctica de la geografía; la historia debe aprenderse en la vida de los pueblos más que en la vida de los reyes, y sus enseñanzas deben inspirarse en la verdad, no en el patriotismo, y en un criterio moral, pero no sanguinario. Y es que actualmente, el patriotismo de los autores, y aun de los maestros, hace que no se aprendan hechos históricos, sino verdaderas leyendas; leed las luchas de Francisco I y de Carlos V en un autor francés

y encontraréis las derrotas de aquél muy atenuadas y exaltadas sus más insignificantes victorias; leed lo mismo en un autor español, y os parecerá que el francés no ha podido levantar cabeza mientras se ha encontrado en lucha con los españoles. El mismo efecto se notará leyendo la guerra de cien años en un autor inglés o un autor francés, etc., etc. Pero lo que más subleva en la actual enseñanza de la historia, es que se da a los niños un verdadero curso de perversidad mostrándoles como héroes a los bandidos que más sangre humana han derramado para satisfacer las ambiciones personales. Alejandro Magno, Julio César, Napoleón I, son considerados ejemplos de grandeza, y no hay niños que al leer sus hazañas no sientan deseos de imitar a aquellos homicidas al por mayor. ¿Y eso es culpa del niño? No, porque si le habláis de un asesino condenado al patíbulo por haber matado a una sola persona, sentirá un movimiento de repulsión hacia el criminal. Y es que gracias a la dosis considerable de asimilación que tiene la infancia, el niño se ha *asimilado* los sentimientos de admiración del autor o del maestro hacia el matador de miles de personas, así como los de desprecio del vulgar asesino. Y lo peor es que este criterio, adquirido durante la infancia, forma luego la base de sus preocupaciones tan difíciles de desarraigar.

Fernando Tarrida del Mármol

Impacto de la personalidad de Ferrer

en nuestra formación ideológica

Recordamos que el «caso Ferrer» provocó un impacto emocional en los que empezábamos a iniciarnos en las lides sociales que tuvieron por roja aura la protesta insurreccional contra la guerra de Marruecos en la llamada «Semana Trágica» del mes de julio de 1909, con una fortísima dosis de sano y estimulante romanticismo que iba a darnos como lógica consecuencia el mantener viva y ardiente en nuestros corazones la llama del ideal ácrata; llama inextinguible que sigue alimentando a nuestra fe de ojos abiertos, desde que tras pasamos por vez primera los umbrales de la Escuela Moderna, donde vimos esculpidos en su fundador todos los rasgos característicos del hombre heroico e incorruptible que, arrancando de unas firmes convicciones y sólidos principios doctrinales, sabe enfrentarse con todos los riesgos y consecuencias que de los mismos se derivan.

Naturalmente que en aquel entonces los «viejos» luchadores, ellos mismos se hallaban inflamados por el fuego del ideal redentor que el acratismo significa, con revolucionarios propósitos de dar fin a la explotación y dominio del hombre por el hombre, por lo que su ejemplaridad era contagiosa y nos predisponía a los jóvenes educandos y noveles militantes del mundo obrero, a admirarlos y verlos como a auténticos héroes que sabían desafiar las iras de las fuerzas del mal, encarnadas en los tiranos y explotadores, aunque en ello les fuera la vida o su libertad personal; ofrendadas una y otra en aras de las ideas que sustentaban con toda integridad y valentía.

¿Qué de extraño tiene, que prendiese en nosotros los imberbes el afán de emulación y que también quisiéramos ser algo sobresaliente en el capítulo inédito de las próximas jornadas reivindicadoras de las clases oprimidas y despojadas? Clases de cuyos sufrimientos éramos copartícipes por vía directa o por inclinación de tipo moral a que nos predisponían los dictados de la razón que se nos impartía en la Escuela Moderna, Institución libre de enseñanza en que se formaba nuestra incipiente personalidad y el futuro de nuestro guión ideológico al llegar a la edad adulta. Edad en la que el niño, al hacerse hombre, cambia; pero continuándose y deviniendo en motor de su libre voluntad por los cauces de las ideas escogidas y bien asimiladas.

Tanto es ello así que, hoy día, al recordar la fatídica fecha del 13 de octubre en que se consumó el sacrificio del mártir racionalista, se nos viene a la mente y al corazón, con la misma capacidad de emoción de aquellos luctuosos días en que, estando en todo su auge la inquisitorial represión comandada

Al juzgar la conducta de la actual juventud, los que pertenecemos a la generación de los comienzos del siglo XX, notamos en ésta una total carencia de admiración y entusiasmo por los ideales que encarnaban quienes fueron nuestros precursores en los anhelos de justicia social y de auténtica liberación humana.

por los funestos y odiosos Maura y La Cierva, el vivo interés con que acogíamos cualquier noticia que llegase a nuestros oídos, proveniente del otro lado de la raya de Francia, que estuviese relacionada con Francisco Ferrer y su obra pedagógica. Versión que hacíamos correr entre los condiscípulos y familias respectivas que más cerca teníamos.

Recordamos que la noche en que Ferrer permaneció en capilla de sentenciado a muerte, sin que en ningún momento titubease su férrea voluntad y la firmeza de su racional ateísmo, ante el acoso del ensotado jesuita que mandó el obispo barcelonés para poner a prueba la entereza de su espíritu, en el duro trance de enfrentarse a lo «desconocido», nosotros que lo habíamos visto valiente y seguro de sí mismo en otros trances de peligrosa responsabilidad para él, al ocurrir el atentado de Morral contra el rey Alfonso XIII, en su fastuoso casamiento, no se nos escapaba el menor detalle de lo que, no se sabe por qué desconocido conducto, trascendía a la afligida población obrera de Barcelona, de lo que acontecía en torno a nuestro amado maestro. Auténtico y valioso mentor de nuestros fervores idealistas, que iba a dar una demostración irrefutable de lo que puede sobre la flaqueza de la carne, la sólida conformación espiritual de las ideas fincadas, no en lo que se cree, sino en lo que se sabe positiva y científicamente.

Uno de los profesores de la Escuela Moderna, que permanecía oculto en aquellos aciagos días de persecución, nos contó que Ferrer tenía tres hijas y un hijo menor, y que su mujer, fanáticamente imbuida de prejuicios y aconsejada por los curas, le había disparado un tiro, en disputa familiar, por la lucha anticlerical que sostenía éste, lo que ocasionó la consiguiente separación de ambos y que las hijas, ya mayores, siguieran al lado de su padre por ver en él mayor cariño y sensata mentalidad que en la protagonista de la desavenencia familiar; quien no había reparado en poner en peligro de muerte al propio padre de sus hijos. ¡A qué extremos de demencia llega el fanatismo religioso!

En nombre de un mito, de una mera abstracción metafísica, que

no es otra cosa sino que pura fantasía y temor a lo desconocido, se llega incluso hasta el límite de posponer y negar los auténticos sentimientos humanos y familiares.

Recordamos que una de las hijas de Ferrer era actriz del Teatro Odeón de París, y que al saberse que la sentencia de muerte contra su padre se iba a cumplir, trató de pasar la frontera y llegar hasta él en aquellos trágicos momentos; pero que no pudo realizar su propósito y tuvo que permanecer retenida hasta que precipitadamente se adelantó la hora de la ejecución, por temor de que estallase la protesta europea y les arrancase también, esta vez, su codiciada presa a los ensotados y reaccionarios, como aconteció al enjuiciarlo en ocasión del atentado cometido por Mateo Morral en la calle Mayor de Madrid.

Paz Ferrer, eminente y destacada artista, no consiguió, pues, dar cumplimiento a su deber filial de llegar hasta su padre, para consolarlo en sus últimas horas de amargura, y únicamente cuando se supo cierto consumada la sentencia de fusilamiento, fué autorizada por la guardia civil fronteriza a que prosiguiera su viaje a Barcelona y pudiese ofrendar un ramo de flores en la fosa de su progenitor y guía educativo.

Con posterioridad a estos recuerdos que vamos pergeñando, supimos que en circunstancias de protocolo oficial en Pau, al estar de visiteo el rey Alfonso XIII con el Presidente de la República Francesa, asistió aquél a una función de gala en el Teatro de la Municipalidad, dada por el Odeón de París, y que el rey de España, para dárselas de galante, mandó a su ayuda de cámara desde el palco de honor con un ramo de flores ofrendado a la actriz que estaba actuando. Dándose el caso de que los periodistas que hacían información en el teatro, sabían bien quién era la eximia actriz del Odeón de París, no se perdieron el más nimio detalle de lo que ocurrió en el camerino de la artista y en el retorno del servidor del rey con el devuelto ramo.

Paz Ferrer iba ya a entrar de nuevo a escena, caracterizada de nihilista rusa en el desempeño del principal papel de una obra tolstoyana, cuando se le presentó el



ayuda de cámara regio con el ramo de flores, y al leer el tarjetón de entrega con las insignias reales del maldito Borbón que había firmado la sentencia de muerte de su padre, reaccionó con toda la energía de su temperamento catalán y dignidad filial que en tales trances debe sobreponerse a toda otra orden de convencionalismos sociales, y rechazó el obsequio mayestático (sic), reflejando en sus ojos la infinita tragedia que evocaba en su mente el nombre del rey de España.

Al regresar al palco el ayudante de Alfonso XIII, y verlo éste con el ramo de flores en la mano, palideció y se puso súbitamente en pie, preguntando

—¿Cómo, lo ha rechazado?

—Sí, majestad.

—¿Y quién es ella?

—Paz Ferrer, contestó el servidor palaciego.

Los periodistas captaron la referida escena, tanto o más dramática que la que en aquellos mismos instantes estaba representando magistralmente en el proscenio del teatro la distinguida actriz del Odeón parisino, hija predilecta del inmortal en los fosos del Castillo de Montjuich por haber fundado la Escuela Moderna e impartir en ella y en sus publicaciones materias de enseñanza a la infancia y a la clase trabajadora, fundamentadas en lo que es verdad probada y aceptado universalmente.

Como si la fatalidad persiguiera a la hija que más compenetrada estaba con las convicciones de Francisco Ferrer Guardia, Paz, todavía tuvo que apurar el cáliz de la amargura en parecido trance como el que hemos narrado suscitadamente. Fué ello en otra fecha de visiteo a Francia, al que era muy dispuesto el llamado Alfonso el Africano o por otro apodo burlesco en los madriles, «Llapseira patas largas».

por José ALBEROLA

Conferencia sobre la Escuela Moderna

Madrid, 14 junio (9 noche).

A las siete y media de la tarde ha dado en el Ateneo el doctor Antich una conferencia sobre la «Nueva Pedagogía fisiológica».

Empieza diciendo que el hablar mucho de Pedagogía a nada conduce mientras no se modifiquen los planes actuales.

La escuela es una cárcel, y todo lo que sean modificaciones de ella no serán más que modificaciones en el sistema carcelario. Lo importante es romper esta cárcel. Si no, no hay Pedagogía.

La escuela ha de crearse sobre la base de la fisiología y el maestro ha de estar dotado de amplia libertad. El pedagogo que llegó a plantear la Pedagogía es Francisco Ferrer y de él voy a hablar sólo en el aspecto pedagógico.

Las ideas de Ferrer me parecen las más fundamentales y claras. Es falso el concepto difundido por ahí de que Ferrer no era pedagogo ni escritor. Ferrer ha escrito mucho y yo tengo en mi poder todo lo que ha escrito. En el *Boletín de la Escuela Moderna* están contenidos sus escritos sobre renovación de la escuela.

Los artículos con continuidad insertos en el número 70 de este Suplemento serán proseguídos en el número del mes de enero.

Dispensen los autores y los lectores el lapsus obligado del presente número.

Alude a trabajos de Ferrer publicados en el *Boletín* número 1 y dice que están escritos con sencillez y claridad. Lee fragmentos de Ferrer, en los que explica cómo debe ser la escuela moderna para crear ciudadanos libres. Es natural que la escuela vieja ponga el veto a la nueva, porque ésta lesiona muchos intereses. Por eso Ferrer cree que se ha de prescindir de todo lo viejo.

Habla, refiriéndose siempre a textos de Ferrer, de que los Gobiernos imponen la enseñanza al niño de acuerdo con ellos. Esto no se evitará hasta que la escuela se haya emancipado de toda tutela. La escuela actual obliga al niño a creer y pensar según el dogma que impera en la sociedad de hoy. Esta educación no puede conducir a la emancipación.

La escuela nunca ha sido renovadora, sino conservadora. Hoy los sabios pueden decirlo todo, si saben guardar las formas, pero en la esfera ética y religiosa ya no se goza de libertad.

Sigue leyendo textos de Ferrer que desarrollan este concepto, afirmando que es muy sensible que el mito invada la escuela, porque el cerebro del niño es como la cera blanda. Cuando se endurece quedan perdurables en él los prejuicios que adquirió. Esto lo saben las sectas religiosas y por esto quieren adueñarse de la escuela. Así se logra que no se llegue a descubrir la verdad por el único cami-

no posible: la ciencia. (Aplausos.)

Habla de la escuela tal como la describe Ferrer y dice que la enseñanza mixta penetra por todos los pueblos cultos. La mujer ha de ser de realidad y en verdad la compañera del hombre para llegar a ser un hecho el matrimonio moral, según Ferrer.

Se refiere a la explicación que éste da sobre la creación de la Escuela Moderna de Barcelona y por qué no creó una escuela gratuita para niños pobres, pues quería apartar al niño de todo prejuicio y ni la escuela de niños pobres ni la escuela de niños ricos pueden ser una escuela racional: lo necesario es la coeducación de pobres y ricos.

Lee los conceptos más fundamentales del programa de Ferrer sobre la enseñanza racionalista.

A continuación lee lo que dice sobre la voluntad del niño en la citada obra de la Renovación de la escuela, encontrando en estos conceptos el ideal de la pedagogía. Veamos si, como dice Ferrer, es posible respetar en la práctica la voluntad física, la moral y la intelectual del niño.

Para respetar la voluntad física hay que estudiar las aptitudes del niño y el pedagogo no debe educar de igual modo a todos los niños. Al inclinado a la inacción no se le debe molestar con ejercicios violentos. ¿Quién sabe si resultará un pensador y esto lo revela por su inclinación a la inercia!



Hay que enseñar al niño en un régimen mixto para que no resulte un hipócrita, respetando su voluntad moral. El respeto a la voluntad moral consiste en no violentar al niño llevándolo a aquello para lo que no tiene vocación. Hay la costumbre de obligar al niño a que sea lo que quieren los padres y con esto no se hace más que perder un tiempo precioso. Una de las principales misiones del maestro debe ser descubrir las inclinaciones del niño y comunicárselas a sus padres. Hoy impera la moral cristiana, pero nunca —dice— me atreveré yo a afirmar la superioridad de la moral actual sobre la de los primeros hombres del cristianismo. La ética social es una gran mentira y expone argumentos para demostrar que la moral cristiana sirve para desarrollar el egoísmo de que está saturado el corazón del niño. Para combatir esta moral es preciso que la sinceridad sirva de base a la renovación social.

Por esto es partidario de la teoría de Ferrer, pues cree que hay que respetar la voluntad física, moral e intelectual del niño, secundándole para conseguir que aquellas inclinaciones no le lleven a la violencia y al mal. Al niño no hay que darle pensamientos hechos, sino ponerle en condiciones, desterrando las lecciones de palabra.

Ferrer ha tenido muchos detractores. No era un intelectual al uso. Vió lo que era el niño y quiso trabajar por su emancipación para que el egoísmo individual no se convirtiera en egoísmo colectivo. Ya no vivimos en los tiempos en que Moisés escribía el Pentateuco; vivimos en otros tiempos y queremos gozar de la realidad de la vida. El niño aspira a esta vida y es preciso no desviarle del camino para conseguirlo. Esto no se hace por miedo a la renovación. Hay que matar el régimen para poder vivir.

Cuando el hombre sea valiente y sincero —termina diciendo— reinará la paz en el mundo. (Aplausos.)

(Del diario «El Diluvio», de Barcelona, año 1919).

Impacto de la personalidad de Ferrer...

Esta vez aconteció el hecho en Fontainebleau, lugar histórico, en cuyo castillo de los reyes de Francia, es costumbre escenificar ciertos compromisos y tratados oficiales con los mandatarios de otros Estados.

Paz Ferrer, extremadamente delicada de salud, estaba en tratamiento curativo en la antedicha población, y como sea que, sin parar mientes en tal coincidencia, iba a pernoctar en el consabido castillo de Fontainebleau, el principal responsable legal del crimen jurídico que se cometió con el fundador de la Escuela Moderna, el Prefecto temiendo que los periodistas reactualizaran el «caso Ferrer», si empeoraba u ocurría el deceso de la actriz del Odeón parisiense, durante la estancia de Alfonso XIII, no tuvo escrúpulo alguno en flagrante delito de ciudadanía al mandar salir de la localidad a la hija del pedagogo fusilado por la reacción española, sin tomar en cuenta que una gravísima lesión pulmonar la tenía postrada en cama y sin esperanzas de curación.

Se cumplió la orden draconiana, y en un automóvil fué llevada a la población inmediata, donde ni quisieron admitirla en ningún hotel ni residencia en tan grave estado, teniendo que permanecer en el auto cuarenta y ocho horas, en plena carretera y expuesta al relente de la noche, lo que agravó su enfermedad pulmonar y le ocasionó el deceso a su regreso a Fontainebleau; seguramente con la angustiosa obsesión del trágico final a que tiene que enfrentarse todo aquel que como le cupo a su padre, por entregarse de lleno a una causa de verídica redención humana, acaba crucificado.

La servil y reaccionaria disposición de la Prefectura de Fontainebleau, nos prueba las profundas raíces de prejuicios monárquicos que tenían la magistratura, la burocracia y el ejército francés, con todo y sus tres grandes revoluciones hechas por el pueblo, pero que sistemáticamente han sido burladas por los altos estamentos centralistas y burocráticos.

Es por todo lo dicho anteriormente, que la herencia pedagógica que nos legó el fundador de la Escuela Moderna, no pierde ni un solo ápice de actualidad al transcurrir de los años, sino que, de vez en más, se comprueba lo acertado que estuvo al marcar las directrices de su fundación racionalista, con vistas a que el niño hecho hombre, no sea materia maleable y víctima de los rutinarios atávicos que esclavizan a la humana especie.

Por consecuencia de todo lo dicho, se deduce que precisa, hoy más que nunca, el proporcionar a la infancia una verdadera «instrucción moderna, en el auténtico sentido de la función didáctica que la palabra moderna expresa en pedagogía, y el formar concienzudamente el carácter del educando, de acuerdo con lo que debiendo ser, no es aún, y frente a lo que sin justicia ni razón alguna sigue imperando como rancios anacronismos.

JOSE ALBEROLA

México, 11 de septiembre de 1959.

Dos maestros españoles

Por eso no me explico el que los maestros españoles sean tan contumaces con el error; que constituyan sociedades inspiradas por la Iglesia, para combatir la escuela laica; que se dirigieran individual y colectivamente a los periódicos católicos, y éstos al gobierno español, protestando del intento de suprimir la religión en la escuela, que levantarán su voz, la voz de la inconciencia y el fanatismo, en contra de la de Giner de los Ríos, Cossío, Cajal, Simarro, Salillas, Azcárate, y otros doctos profesores, honra y prez del profesorado universitario de España; que pongan a cada instante de manifiesto su ignorancia defendiendo una causa que no es la suya, que no es la causa de la cultura, sino la del obscurantismo, la de sus enemigos; de una causa que es la que tiene sumido al magisterio en la miseria. No tiene esto otra explicación que el escaso bagaje cultural del magisterio hispano. Lo más florido, lo más competente se ha pronunciado a favor de la escuela laica.

La indignación de Nakens, los adjetivos duros que ha empleado cuando se ha ocupado de tan cerriles labradores de la cultura humana, están en su punto; nadie se explica más que en necios, el trabajar para aumentar el poder del enemigo.

Pero obrar de un modo contrario, supone el haber profundizado en el problema de la educación; supone el haber llegado a la entraña de la Pedagogía moderna, amar la verdad y tener valor para defenderla; y esto no es patrimonio de todos. Además, el enaltecer la escuela laica, el esforzarse para hacerla triunfar, puede traer contratiempos en un país donde la Iglesia tiene de hecho el poder temporal; donde el rey lo es en primer lugar por la «gracia

ESCUELA E IGLESIA. He aquí dos vocablos antitéticos, dos instituciones de fines opuestos. La primera pelea como Ayax por la luz; la segunda pelea por las tinieblas. La primera quiere descubrir la verdad, penetrar los secretos científicos, desvanecer todas las sombras; su lema es o debe ser la célebre regla cartesiana: «No creas sino lo que se te demuestre con evidencia.» La segunda condena el libre examen, la autonomía de la conciencia, vive poniendo trabas al pensamiento, entenebreciendo el ambiente, oscureciendo el espacio para que no se palpe la verdad; su lema es: «La ignorancia es la madre de la piedad.»

de Dios». El fin de la jornada del maestro que se decida a marchar por el camino que le traza la Pedagogía moderna, que es el contrario del que le señala la Iglesia, puede ser el de Ripoll y el de Ferrer.

¡Ripoll! ¡Ferrer! He aquí dos hombres, dos maestros españoles que tuvieron el valor de morir por sus convicciones pedagógicas; dos maestros que en cuestiones de educación se atuvieron a los principios de los grandes pedagogos y que prefirieron morir antes que claudicar.

¿Qué delito había cometido Ripoll? Absolutamente ninguno. Se le suponía descreído, volteriano, y se hizo un registro en su casa. Entre otros libros y papeles, se le encontró un capítulo de «El Emílio», de Rousseau, el titulado «Profesión de fe del vicario saboyano», es decir, el capítulo del libro que ha sido calificado por los pedagogos como el mayor monumento del pensamiento humano en materia de educación; un capítulo de un libro, que es un sistema de Pedagogía general, un tratado de psicología y de moral; un libro que

por Nemesio ALVAREZ

Ripoll fué ejecutado en Valencia en 1814. El tribunal de la Inquisición, aquel padrón de ignominia para la Iglesia católica, se había hundido en el abismo de las cosas malditas y execrables: las hogueras inquisitoriales se habían apagado en España, porque así lo habían querido las gloriosas Cortes de Cádiz. El 22 de enero de 1813, en votación solemne, era abolido el bárbaro Tribunal por 90 votos contra 60, y un mes después, la Regencia elegida por las Cortes, promulgaba el decreto aboliendo la Inquisición en España y sus colonias. En el debate que precedió a la votación, habían vociferado como energúmenos Yuguán y el inquisidor de Llerena, fray Francisco Riesco, que dijo, entre otras brutalidades, «que Dios había sido el primer inquisidor cuando expulsó del cielo a los ángeles rebeldes»; pero las razones que exponían estos defensores del Santo Oficio, eran pulverizadas por la formidable dialéctica del divino Argüelles, de Muñoz Torrea y Ruiz Padrón.

La Inquisición se había abolido; pero Fernando VII de Borbón, el que cerraba la Universidad y abría cátedras de tauromaquia en Córdoba y Sevilla, aquel traidor a la patria que desde Bayona felicitaba a Napoleón por las victorias que obtenía su ejército sobre el español que se batía para recuperarle el trono perdido, cuando volvió a España levantó de nuevo el patíbulo en Valencia para el gran maestro Ripoll.

es el mejor análisis que se ha hecho de la naturaleza humana.

Pero era un libro de Rousseau, de Rousseau, que amaba la libertad y era republicano; que odiaba a los opresores del pueblo, que odiaba la mentira y se mofaba de la religión, que era para él otra mentira; de Rousseau, entusiasta de la Naturaleza. «Alma mater», bondadosa; adorable, risueña, a la que hay que rendirse, pero con lo que no transige ninguna religión positiva; de Rousseau, que aunque en su libro no habla de los jesuitas hacia una revolución en la enseñanza, y viendo la luz «El Emílio» en 1762, dos años después, en 1764, el Parlamento de Francia decretaba la expulsión de los jesuitas, de esa sociedad perturbadora, que poco a poco va minando los cimientos del Estado, que conspira contra las instituciones liberales, que se ve envuelta en todos los conflictos sociales y va su nombre unido a todas las maldiciones de la historia; de los jesuitas, que habiendo sido expulsados de Portugal cinco años antes, poco después se felicitaba el rey de Portugal de haber desterrado «la moral corrompida, la superstición, el fanatismo y la ignorancia que la Compañía de Jesús había introducido allí.»

Por eso no se perdona a Rousseau la revolución que trajo al campo de la educación, el que introdujera aquellas innovaciones de preparar al hombre para la vida terrena en vez de prepararlo para la vida de ultratumba; de que

proclamara que la educación del niño debía ser obra del común y no de la Iglesia, de que había que hacer al hombre ciudadano y no santo. Por eso Rousseau ha sido el pedagogo y el filósofo a quien se le ha combatido con más saña, porque sentó los jalones que habían de seguir los revolucionarios de 1789 en cuestiones de educación, porque preparó el terreno a La Chalotais y a Rolland; por eso se le ha negado capacidad, se le ha llamado plagario, se ha pretendido sacar consecuencias desfavorables por el hecho de que fuera sucesivamente obrero, lacayo, preceptor, escritor y filósofo, y porque su vida fuera interrumpida a cada momento por tantos incidentes novelescos.

La otra víctima de la intolerancia religiosa ha sido Ferrer. Murió porque así lo quiso esa colectividad política, mil veces maldita, que habiendo tomado el nombre pomposo de «La Defensa Social», recibió directamente las inspiraciones de Loyola, casa matriz de todas las escuelas reaccionarias. «La Defensa Social», que tuvo sus representantes en el partido conservador, exigió la inmolation de Ferrer a sabiendas de que no era el caudillo de la revolución de Barcelona; lo exigió porque era el director de «La Escuela Moderna», de una escuela laica admirablemente instalada, que contaba por cientos sus alumnos de ambos sexos, y que empezaba a producir el vacío en las escuelas congregacionistas. Había que forjar una leyenda para consumir la hazaña, y se empezaron a escudriñar los textos de la «Escuela Moderna»; se pasaron por alto los pasajes morales, las páginas donde se predicaba el bien, donde se columbraba un rayo de poesía. En algunas descripciones se cortaban hábilmente algunas líneas que se reunían con otras; con las frases cercenadas se construían cláusulas; las cláusulas se fundían para componer un concentrado, y el trozo de prosa que se obtenía de esta manera, se colocaba a continuación de otro; luego se ponía una etiqueta, un título horripilante, para acabar de condimentar el plato, y se lanzaba a la publicidad en los periódicos católicos. Esta táctica daba sus frutos; para las gentes sencillas, para una gran parte de la masa social, Ferrer era un monstruo y había que sacrificarlo. Murió como un justo y antes de desplomarse sobre las losas del castillo de Montjuich, pronunció sus últimas palabras, un «¡Viva la Escuela Moderna!», expresión que es todo un programa de regeneración nacional, y que le abrió de par en par las puertas de la inmortalidad.



El monumento a Ferrer en Bruselas



Erigido por suscripción popular internacional en 1911. Invadida Bélgica en 1914 por las tropas alemanas, la estatua fué derribada por indicación del representante de Alfonso XIII en Bruselas. Nuevamente levantado cuando el Kaiser hubo perdido la guerra, el monumento fué otra vez demolido por el ejército alemán — esta vez hitleriano — en el año 1940. Ganada al fin la guerra por los aliados, el liberalismo belga levantó el monumento por tercera vez simbolizando al pensamiento libre y a la Escuela Moderna, que es tal como aparece en esta magnífica fotografía.

Le Directeur: JUAN FERRER.—Imprimerie des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Cholsy-le-Roi (Seine)